

CAZADOR Y PRESA

HOMBRE LOBO



GHERBOD FLEMING

HOMBRE LOBO
EL APOCALIPSIS

CAZADOR
LA VENA

Lectulandia

Cuando dos mundos colisionan.

La tierra está enferma. Las aguas bajan turbias de corrupción. Arroyo Negro, hijo de una unión prohibida, es un desterrado tanto entre los hombres como entre los Garou. ¿Por qué entonces los espíritus, que hacen oídos sordos a las súplicas de todos los demás, lo han elegido como su emisario?

Kaitlin ha huido de la ciudad, ha huido de los horrores muertos que caminan por sus calles, buscando el solaz (y la terrible soledad) del campo. Pero antes de que pueda adaptarse a las criaturas sobrenaturales que parecen querer llevarla a rastras hasta su mundo, debe reclamar su puesto en la humanidad. ¿La ayudará el misterioso y violento extraño que se cruza en su camino a recuperar el equilibrio entre los mundos o la arrojara al abismo?

«*Hombre Lobo*» es la tercera novela en una serie de seis en la que se explora la reciente llegada de los Cazadores al Mundo de Tinieblas y su relación con los adversarios sobrenaturales a los que se ven impelidos a combatir. En el transcurso de la serie, la línea entre cazador y presa se hace cada vez más imprecisa.

Lectulandia

Gherbod Fleming

Hombre lobo

Cazador y presa - 3

ePub r1.1

TaliZorah 17.11.13

Título original: *Predator & Prey: Werewolf*
Gherbod Fleming, 2001
Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano
Retoque de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah
Corrección de erratas: Basabel (r1.0)
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE:

Capítulo uno

El vaso se deslizó como una bala sobre la lustrosa madera de la barra en dirección al cliente que esperaba en un extremo. Éste observó cómo se le acercaba sin disimular su impaciencia. Cuando llegó a quince centímetros del borde de la barra sin haberse frenado visiblemente, su mano temblorosa y mugrienta y de dedos gruesos se adelantó hacia el vaso y lo detuvo derramando una sola gota del güisqui^[1] de color pardo.

—Estás perdiendo tu toque —gruñó. No resultaba fácil pronunciar la palabra «Toque» después de tantas copas. La *t* se vio acompañada por varias gotas de saliva que salpicaron la limpiísima barra y la *q* sonó más suave de lo normal, como una especie de *g*.

—¿Que estoy perdiendo mi toque? —dijo el camarero—. Vete a la mierda. No se habría derramado una sola gota si no te hubieras puesto en medio.

—Se hubiera caído al suelo.

—Vete a la mierda —el camarero, con su pelo negro y su barba recortada y cuidada, estaba tan molesto como borracho y desaliñado su único cliente. El hedor que despedía el hombre inundaba el diminuto establecimiento. Le hubiera importado más si hubiera habido otros clientes o si los hubiera esperado. Pero no a aquella hora de la noche ni tan lejos del centro del pueblo—. No habría derramado una gota.

—Se hubiera caído.

—Vete a la mierda, Chepa.

El borracho levantó el vaso. El movimiento acentuó por un instante la fea curvatura de su columna vertebral y como consecuencia de ello su omoplato derecho se elevó y se extendió hacia fuera, parecido a una joroba, aunque en realidad la protuberancia se debía más a la postura y alineación del esqueleto que a la presencia de un cuerpo extraño en su carne.

—Vete *tú* a la mierda —escupió Chepa.

Su discurso se vio interrumpido por la aparición de la luz de unos faros al otro lado de la ventana delantera, la que sostenía el cartel de neón del bar. El camarero entornó la mirada. Chepa se volvió hacia su vaso vacío. No era raro que pasara gente por allí pero sí que pararan sus vehículos; éste frenó y giró a la izquierda sobre la gravilla del aparcamiento. Los faros estaban a bastante altura: era una furgoneta. El camarero siguió sacando hielo de la nevera y tirándolo al fregadero, que era lo que había estado haciendo antes de que Chepa exigiera otra copa.

Un portazo. El crujido de unos pasos sobre la gravilla. La puerta se abrió con una bocanada del helado viento del enero de Michigan.

—Buenas —dijo el camarero a los dos recién llegados.

El primero era una caricatura de hombre, flacucho y de ojos saltones; el segundo

tuvo casi agacharse para cruzar la puerta.

—Buenas —dijo el flaco con una sonrisa—. ¿Está abierto?

—Lo está, lo está —dijo el camarero—. Y con una clientela bulliciosa, vivaz e intelectualmente sugerente. Debe de ser porque fui a la iglesia el pasado domingo.

—Sí, vale —dijo el flaco—. Dos cervezas. ¿Cuáles tienes de barril?

—Ninguna. Los grifos están estropeados.

El flaco frunció el ceño; su rostro se arrugó como una calabaza podrida.

—En el cartel dice que hay cerveza de barril.

—¿Y dice algo de que los grifos funcionen?

—Joder.

—Tengo cerveza en botella y güisqui.

El grande bajó un banquillo y arrugó la nariz.

—¿Se ha muerto alguien por aquí?

El flaco, aún de pie, dio una palmada a su amigo en el hombro y señaló a Chepa con el dedo pulgar. De repente pareció como si el bar estuviera atestado, lleno a rebosar con tres clientes, de los cuales uno llevaba semanas sin tomar un baño.

—Eh, tú —dijo el flaco al silencioso Chepa—, ¿por qué no sales y te rebozas en algo? Olerías mejor.

El camarero se inclinó hacia delante sobre la barra.

—Eh, no empecéis a molestar a mis...

—Vale, vale, lo que tú digas. Dos cervezas *de botella*. La mejor que tengas. ¿Tienes alguna de importación?

El camarero aspiró profundamente. Se inclinó hacia la hielera.

—Sí. Importada desde San Luis.

—Joder, menuda basura.

—Eh, tú —dijo el hombre grande dirigiéndose a Chepa—, apestas. ¿Sabes una cosa? Apestas. Mucho.

—¿Tú eres Murphy? —preguntó el flacucho al camarero—. ¿De la Casa del Barril^[2] de Murphy? ¿O es que el cartel miente también sobre eso?

—Soy Ryan Murphy.

—¿Es irlandés?

—Eso explicaría el trébol del cartel.

—No pareces irlandés.

—Unas pocas generaciones entre los bárbaros bastan para conseguir eso —dijo Murphy—. Es probable que hace varias generaciones *tú* tuvieras un antepasado que no fuera un capullo Lunático, pero nunca lo hubiera dicho —Murphy puso con un golpe las dos cervezas sobre la barra. Las abrió—. Y ahora, caballeros, les sugiero que se beban su cerveza, me dejen seis pavos, no se molesten con la propina... algo me dice que dice que no son de los que suelen dejar propina... y luego saquen el culo

de mi bar.

El hombretón rió entre dientes.

—Te ha llamado capullo.

El flacucho cogió su cerveza. Daba la impresión de que si Murphy no se la hubiera abierto, le habría arrancado la chapa con los dientes.

—Eh, apestoso —dijo el grande—. ¿Por qué no te das un baño?

Chepa tenía la mirada fija en el fondo de su vaso vacío.

El flaco tomó un largo trago de cerveza.

—Supongo que te crees muy listo —dijo a Murphy.

—Sólo según con quien me compare —respondió éste.

—¿No me oyes, apestoso? —dijo el grande en voz alta.

El flacucho tomó un nuevo trago de cerveza y con un fuerte golpe dejó la cerveza sobre la barra.

—¿Y comparado con esto? —metió la mano en la chaqueta, sacó un Magnum Smith & Wesson .357 y apuntó con él a Murphy—. ¿Ahora quién es más listo?

Disparó.

La detonación del revolver derribó al camarero, que salió despedido contra el mostrador. Cayó al suelo con un ruido sordo. El flacucho se volvió hacia Chepa, que tenía los ojos muy abiertos y por primera vez parecía haber advertido la presencia de los otros clientes. Otra explosión y fue derribado junto con su banco.

—Tío, te los has cargado a los dos —dijo el grande.

—¿Qué es lo que te digo siempre? Nada de testigos. Rápido, echa un vistazo a la caja.

Pero la gruñente masa de pelaje gris y afiladas garras que se encaramó un segundo más tarde a la barra tenía otras ideas. El grande no echó un vistazo a la caja. Ya no tenía ojos para hacerlo. El flacucho volvió a disparar, un tiro a bocajarro en pleno pecho de la bestia... que no tuvo el menor efecto. Empezó a gritar pero un golpe desde su costado lo interrumpió. Se volvió y se encontró de cara con una segunda monstruosidad que se erguía gigantesca sobre él, toda pelo y ojos dementes, músculos y garras y colmillos. Entonces el hombre bajó la mirada... y vio que sus intestinos se desparramaban sobre el suelo desde la profunda herida de su vientre.

El revolver cayó de su mano. Se tambaleó de forma precaria, pero antes de que pudiera caer de rodillas, la negra bestia que tenía delante cerró las fauces alrededor de sus entrañas y dio un tirón. Varios centímetros más de intestino cayeron al suelo. Mientras el flacucho ponía los ojos en blanco y cedía al fin a la gravedad, lo último que vio fue al monstruo devorando sus tripas.

Capítulo dos

Kaitlin tenía la cabeza dentro de la nevera cuando oyó el primer disparo. Al menos ella pensó que se trataba de un disparo; había vivido el tiempo suficiente en la ciudad como para que un sonido como aquél en mitad de la noche no le resultara extraño. Fue lo bastante parecido a un disparo para que el siguiente, pocos segundos más tarde, hiciera que se golpeará la cabeza contra la balda superior. Ésta era la única balda que tenía la nevera; la de en medio se había roto hacía mucho tiempo, de modo que ahora quedaban un par de espacios cuadrados, ocupados en su mayor parte por sobras en diferentes estados de lo que a Kaitlin le gustaba llamar «reciclaje final», que era como decir descomposición.

El olor no resultaba agradable. Al abrir la puerta de la nevera se había recordado que tenía que limpiarla, del mismo modo que lo había venido haciendo cada vez que la había abierto en los últimos meses. La balda de la nevera estaba llena de latas de cerveza barata. Kaitlin no bebía cerveza ni alcohol de ninguna otra clase; las cervezas eran un monumento a sus dos años de sobriedad. Sobriedad y soledad. Ella nunca había *querido* beber y normalmente habían sido otras personas las que habían hecho que *necesitara* beber. El aislamiento le había parecido la mejor solución.

El tercer disparo, inmediatamente después del segundo, era sin la menor duda un disparo. El sonido no resultaba tan aterrador allí en el campo como lo había sido en la ciudad. Allí había gente que cazaba. Había veces en que un cazador hería a otro o una bala perdida se colaba por la ventana de una cocina pero al menos existía la tácita asunción de que, a diferencia de la ciudad, la gente no disparaba a otra gente intencionadamente. Kaitlin había perdido uno de los reflejos que le debía a su vida en la ciudad: dejarse caer al suelo al oír un disparo. Después de todo, para cuando uno oía el disparo, ya era demasiado tarde para reaccionar. Si la bala iba dirigida a ti, ya te habría encontrado. Pero había ocasiones en que se producía más de un disparo y tirarse al suelo al primer indicio de tiroteo podía salvarte la vida. En aquella región tan boscosa, el ruido de las armas de los cazadores formaba parte del paisaje.

Pero normalmente no se trataba de varios disparos en rápida sucesión y a tan corta distancia. Y normalmente no se producían en mitad de la noche.

Kaitlin se dejó caer al suelo. En el proceso tiró la única sobra presumiblemente comestible que quedaba en la nevera, un cuenco de macarrones con queso de hacía varios días.

Permaneció inmóvil contra el frío linóleo. La vieja y ruinoso casa de madera no estaba bien aislada: por eso se la había podido permitir. Estaba acostumbrada a llevar un suéter de lana raída, una camisa de franela, vaqueros, botas, y una manta sobre los hombros para no helarse, pero el linóleo le absorbió todo el calor a su pequeño cuerpo. Al cabo de varios minutos sin oír nuevos disparos, volvió a meter los

macarrones en el cuenco con los dedos y lo dejó en la nevera. El aperitivo podía esperar. Ahora que no había sido herida, su imprudente curiosidad le picaba.

Kaitlin no ignoraba el hecho de que en el transcurso de sus veintitrés años de vida, muchos de los objetos de su curiosidad habían sido poco recomendables: el alcohol, las drogas, el sexo, los hombres en general, el Cristianismo fundamentalista, el Islam fundamentalista, el partido Demócrata, el partido Republicano, el anarquismo, el socialismo, el rap... Pero por muy insólito que fuera el debate en particular —y eran tan insólitos como numerosos— por muy desilusionada y escaldada que saliera de la panacea de cada mes, había descubierto, a menudo para gran sorpresa suya, que uno de los aspectos de su personalidad recobraba siempre todas las fuerzas pasado cierto tiempo: su curiosidad, su deseo de buscar respuestas, su necesidad de *saber*.

Era aquella perversa necesidad de saber la que no le permitía ahora limitarse a asomar la cabeza por la ventana de la cocina y dirigir la mirada hacia el desvencijado bar del otro lado de la calle, desde donde creía que habían venido los disparos. Consideró —durante casi un segundo entero— la posibilidad de llamar a la policía. En su antiguo barrio, los maderos no eran necesariamente la solución a todos los problemas. Dependiendo del oficial que se presentara en su puerta, podían *ser* el problema. Y Kaitlin tampoco tenía demasiada confianza en los sheriffs a la vieja usanza que podían encontrarse allí en el campo. No había mucho mestizo tan lejos de las grandes ciudades. Tenía la sensación de que todos los oficiales de la ley que se acercaban a menos de kilómetro y medio de ella pensaban que era una prostituta, una fugada, una adicta al crack, si no las tres cosas al mismo tiempo. Claro que, tal vez, la hierba que guardaba en el piso de arriba tuviera algo que ver en su extremada sensibilidad frente a la atención policial. Pero las cosas estaban así. La policía estaba descartada.

Apagó la luz de la cocina para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y pudiera ver en el exterior. Las luces del bar del otro lado de la calle, el No-Sé-Qué de Murphy, brillaban a menos de medio kilómetro de distancia. Podía ver el estúpido cartel de cerveza parpadeando en la ventana. Al principio, recién mudada, aquello la había molestado —encendido, apagado, encendido, apagado, encendido, apagado— pero ahora no era más que el parpadeo lejano de un satélite y hasta resultaba agradable, como las luciérnagas en verano. Normalmente el bar estaba tranquilo; era raro que estuviera abierto y aún cuando lo estaba, no solía tener clientes. El aparcamiento no se veía desde la ventana de la cocina de Kaitlin, así que salió al porche. Desde allí no se veía ningún coche, ni siquiera el viejo Pacer que, según creía, pertenecía al dueño, pero puede que hubiera algún otro vehículo aparcado al otro lado, oculto por el costado del edificio.

Volvió a pensaren llamara los maderos... Pero la verdad era que no había oído

más disparos, si es que eran disparos. Conforme los sonidos se perdían más y más en el pasado, su recuerdo se iba haciendo más vago, al igual que su seguridad. Si alguien había disparado a alguien, pensaba, el agresor —sabía por el tiempo pasado en la ciudad que los que disparaban eran casi siempre hombres— se habría marchado hacía ya tiempo. Puede que la víctima no tuviera tanta suerte. Él o ella podía necesitar ayuda. Pero seguramente ni siquiera habían sido disparos. Sólo que...

Diciéndose que sólo iba a acercarse un poco —para comprobar si se oía algo más—, Kaitlin abandonó el porche, cruzó el patio delantero y salió a la carretera. En su mente, el hecho de que aún llevara la manta alrededor de los hombros y que no se hubiera puesto la parka, reforzaba su afirmación de que no quería más que echar un vistazo. Estaba segura de que aquélla no era una de esas situaciones en las que cedía al autoengaño y terminaba donde no debía. Había recorrido *ese* camino demasiadas veces ya.

Sólo echaría un vistazo.

Una película de escarcha cubría el asfalto y el ruido que hacían las botas de Kaitlin sobre éste parecía reverberar entre los árboles, así que siguió caminando por el arcén cubierto de hierba. Hasta el crujido de la hierba helada era demasiado ruidoso pero no parecía tener otra opción. Si se adentraba más en los bosques, tendría dificultades para ver en la oscuridad y haría mucho ruido al pisar las hojas muertas. La luz de la luna que se colaba entre las copas de los árboles y caía sobre la carretera le permitía ver en aquel espacio abierto; sólo tenía que andar muy despacio para reducir al máximo el crujido y cuidarse de no tropezar con las latas de cerveza oxidadas y otros desperdicios que había junto a la carretera.

Antes casi de darse cuenta de ello, había llegado más lejos de lo que pretendía. Miró al bar, luego a su casa, y se dio cuenta de que ahora se encontraba más cerca del bar. Pero aún no veía más que una parte del aparcamiento. No había coches. Salvo que estuvieran aparcados más lejos, en un extremo. Seguramente bastarían unos pasos más para saber... La luz de la entrada estaba encendida, así como la del interior. Si se acercaba un poco más podría ver si había alguien dentro; desde allí no la verían. Así que siguió acercándose poco a poco. Un cuidadoso paso tras otro.

Fue entonces cuando la luz del interior del bar y la de la entrada se apagaron a la vez. Kaitlin se quedó helada al oír que se abría la puerta. Estaba ciega en la repentina y completa oscuridad. Su corazón latía tan deprisa como las alas de un colibrí. Instintivamente, se agachó para no ser vista.

Gruñidos desde la dirección del bar. Alguien tenía perros, perros de caza. «*Que los tengan sujetos con correa*», rezó Kaitlin. Pisadas sobre la gravilla.

Pero conforme sus ojos se acostumbraban a la oscuridad y la luna y las estrellas iluminaban el cielo de la noche, no vio las formas de unos perros, sino las de dos hombres, cada uno de los cuales cargaba un fardo grande sobre el hombro.

Kaitlin contuvo la respiración. Se le estaba erizando el vello de la nuca. De repente tuvo que hacer un gran esfuerzo para no orinarse en los pantalones. Había algo extraño en los dos hombres. Refrenó el impulso de gritar, de regresar corriendo a la casa, de cerrar las puertas con llave y de acurrucarse en el rincón más alejado del sótano. Desde luego los hombres la descubrirían si lo hacía, pero el impulso era muy poderoso y no tenía nada de irracional. Un terror repentino le retorció el estómago y un sudor frío empezó a resbalar por su espalda y por sus costados desde las axilas. Estaba tiritando, y no a causa del frío; apretó los dientes para impedir que castañetearan.

Los pulmones empezaron a arderle. Se obligó a exhalar y el sonido le recordó al que hace el aire al escapar de una rueda pinchada. Era incapaz de aspirar hondo; respiraba a pequeñas bocanadas de aire gélido que le desgarraban la garganta. Al ver que empezaba a sucumbir al pánico, se tapó la boca con una mano que sofocó el sonido de sus jadeos y caldeó el aire que no podía sino aspirar atropelladamente.

Desde el otro lado de la carretera, junto al bar, vio unos ojos. Escudriñando la oscuridad. Buscándola. Uno de los hombres había desaparecido de la vista y se había perdido detrás del edificio. Pero el otro la estaba buscando. Entonces comprendió qué era lo que andaba mal en los hombres. Su tamaño. No estaban proporcionados. Eran demasiado altos como para pasar erguidos por la puerta del bar. Y los fardos que cargaban sobre los hombros... Cuando el que estaba escudriñando la oscuridad cambió de posición, Kaitlin creyó ver con más claridad parte de su forma. Un pie: un pie lacio al final de una pierna lacia.

Se apretó la boca con más fuerza. Respiraba entrecortadamente por la nariz y empezaba a ver puntos. Estaba mareada. No debía hiperventilar, no debía perder el conocimiento.

Ahora los ojos la veían. La mirada animal pasó sobre ella. Volvió a posarse sobre ella. De nuevo el impulso de huir, de gritar. Tenía que respirar. Dejó de importarle orinarse encima.

Se encogió al escuchar un ruido sordo y alto. Algo chocó contra metal. Contra la parte trasera de una camioneta. El hombre —*la cosa*— la miró un momento más... y entonces apartó la mirada y desapareció detrás del edificio. Era rápida, de movimientos fluidos, gráciles, poderosos. Estaba allí, con su carga sobre los hombros y al instante había desaparecido.

Esta vez, Kaitlin no vaciló. Se volvió y corrió. Entre el ruido de su respiración, los furiosos latidos de su corazón y el crujido de sus botas al aplastar la hierba helada no hubiera podido asegurar que oía un segundo ruido metálico y la verdad es que no le importaba. No se volvió cuando alguien encendió un motor y estaba corriendo por el patio lateral en dirección a la parte trasera de su casa para cuando los faros iluminaron la carretera delante de su casa.

Capítulo tres

Arroyo Negro hizo la mayor parte del trabajo. La joroba de su espalda se exageraba cuando adoptaba su forma de batalla, su colosal cuerpo de lobo-hombre. Cuando se erguía estaba encorvado y cojeaba al caminar; parecía apropiado que fuera él quien cavara en el barro.

—Haz los agujeros, Chepa —le había dicho Ryan Canción de Víspera Murphy—. Yo me encargaré de todo los demás.

«*Todo lo demás*» era preparar los cuerpos y llevarse la camioneta de allí. Canción de Víspera desnudó los cuerpos; les sacó los dientes y les arrancó todos los dedos a bocados. Quemarían la ropa y los dedos; los dientes los esparcirían por el bosque. Lo de la camioneta era cosa sencilla. Canción de Víspera se la llevó hasta un precipicio situado a varios kilómetros de distancia y la dejó caer. El vehículo rodó por un terraplén hasta llegar al lago que había debajo. Un cazador o paseante la encontraría algún día. Caso resuelto.

Para cuando Canción de Víspera regresó andando, Arroyo Negro había cavado la fosa, arrastrado a su interior al hombretón sin cara y al más pequeño, que estaba destripado, y los había cubierto con tierra y palos. Orinó en la tumba por si acaso. Estaba seguro de que cualquiera de los muertos hubiera hecho lo mismo por él de haber sido la situación la contraria.

Canción de Víspera olisqueó las hojas húmedas y a continuación añadió su propio olor.

—Algunos humanos están pidiendo a gritos que los maten —dijo.

Arroyo Negro gruñó. Siempre dejaba que Canción de Víspera dijera la última palabra, que porfiara sobre lo que no requería más discusión. Los hombres se habían equivocado de lugar para robar. Estaban muertos. Fin de la historia, por lo que a él se refería.

—Te tomaste tu tiempo para destripar al que tenía el arma —dijo Canción de Víspera. El asunto no había sido discutido a su entera satisfacción—. Cualquiera diría que *querías* que me disparara de nuevo.

—No sabía que fueras tan frágil —musitó Arroyo Negro.

—La verdad es que eres una maldición para los nuestros.

—Si no querías que te disparara, haber acabado con él primero.

—Pensé que contaba con ayuda... ayuda *en el momento justo*, me refiero.

Arroyo Negro se limitó a gruñir. La excusa de Canción de Víspera era un montón de mierda. Estaba furioso y el tío grande se encontraba más cerca. Eso era todo. Pero no tenía sentido discutir, no con Canción de Víspera.

—Mira —dijo Canción de Víspera—. No quiero volver a verte en mi bar. Nunca. Bebes demasiado y eres un problema para todos. Hasta tu madre está a punto de

morir por tu culpa. La has podrido desde dentro. Gaia la está castigando por haberte parido, para desgracia de todos.

Arroyo Negro se encogió. ¿Qué podía decir? Su madre, Galia Hija de la Lluvia, *estaba* a las puertas de la muerte. Y todo el mundo sabía que *él* era el maldito de Gaia. Su cuerpo contrahecho era la prueba. En cuanto a lo de echarlo de su cervecería, era la milésima vez que Canción de Víspera lo hacía. Para siempre.

—¿Qué es eso? —preguntó Canción de Víspera mientras señalaba una manta colgada de la rama de un árbol.

—Una manta.

—Eso ya lo veo. ¿De dónde la has sacado?

—La he encontrado.

Canción de Víspera alzó las manos, molesto por la absurda respuesta.

—Una maldición para los suyos —dijo sacudiendo la cabeza.

Arroyo Negro no veía que aquello fuera asunto de Canción de Víspera. La manta la había encontrado él; él había visto a la mujer en la carretera. Si Canción de Víspera había estado demasiado ocupado con los cuerpos y la camioneta, era problema suyo. Había visto a la mujer y luego había seguido a la camioneta a pie. Por eso había encontrado la manta. Olía como la mujer... la mujer que no había huido corriendo, como todos los humanos.

—A Evert no le va a gustar tu actitud, Chepa —dijo Canción de Víspera.

Arroyo Negro gruñó. A Evert Nube de Muerte nunca lo gustaba lo que él hacía. Fuera lo que fuese. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez? Arroyo Negro cogió la manta y se la puso sobre los hombros. Mientras los primeros rayos de sol se asomaban sobre el horizonte, los dos Garou emprendieron el camino de vuelta al túmulo.

Capítulo cuatro

En algún momento después de la salida del sol, Kaitlin decidió que lo que había visto frente al bar no iba a irrumpir en su casa para matarla. Estaba acurrucada en la esquina más apartada de su sótano, lo había estado durante horas. Había pasado el tiempo pensando en lo que había visto, pensando en su respuesta, esperando a que la criatura viniera a matarla. Tenía frío y estaba sucia. El suelo del sótano era de tierra y las paredes, de cemento, estaban llenas de grietas. Las piernas se le habían quedado rígidas de pasar tanto tiempo en cuclillas. También sus vaqueros estaban helados y rígidos, húmedos contra la piel. Apestaba a orina.

Había dos ventanas en el sótano, pequeñas y cercanas al techo. En el exterior se encontraban a la altura del suelo. No había encendido la luz cuando había huido al sótano; la desnuda bombilla que colgaba del techo hubiera sido como un faro, que hubiera atraído a las bestias para violarla y destruirla. Así que había permanecido allí, acurrucada y sumida en un terror ciego hasta que, gradualmente, los dos patéticos ventanucos habían ido iluminándose. El amanecer se había insinuado con titubeos en el sótano, y casi con los mismos titubeos, Kaitlin había abandonado su escondite.

Se sintió un poco mejor una vez que hubo subido las escaleras y salido al pasillo trasero. Apenas reparó en el rastro de mugre que sus botas dejaban en el linóleo antes blanco de la cocina. Estaba demasiado aliviada por poder ver, por encontrarse de pie, bajo la luz de la mañana; había dudado que volviera a ver otra y allí como estaba, de pie en el linóleo cubierto de porquería, el grisáceo y cubierto amanecer se le antojaba el más espectacular que jamás hubiera presenciado.

Su casa no era cálida; había corrientes de aire y los fuerte vientos hacían traquetear las ventanas. Pero recibía una generosa cantidad de luz; eso y el precio era lo que la había convencido para comprarla. Las ventanas eran grandes y tenían aquel antiguo cristal ondulado que hacía que las cosas del exterior trepidasen si uno se movía mientras las miraba. Por designio o por accidente, las ventanas estaban situadas de tal manera que aprovechaban la poca luz que había durante el largo invierno de Michigan. La mañana daba vida a la cocina. El mediodía iluminaba el comedor... lo que se *suponía* que era el comedor. Kaitlin nunca comía allí; comía en la mesita de la cocina, con su fría silla plegable de metal. El comedor estaba lleno de botellas y latas que pensaba llevar algún día al centro de reciclaje. Pero no tenía coche así que ese algún día, al igual que el mañana, nunca llegaba. De este modo las cajas y los cajones se iban llenando, uno detrás de otro y luego se apilaban unos encima de otros; cada semana que pasaba, resultaba visible menos parte del suelo de parqué arañado. La casa era tan grande que pasaría mucho tiempo antes de que la visita al centro de reciclaje se convirtiera en un asunto perentorio.

El sol de la mañana, cuando las sombras crecían y la luz, por unos breves

momentos, hacía que el mundo no pareciera una completa cloaca, brillaba en el salón delantero, que Kaitlin nunca utilizaba, y en su dormitorio, en el piso de arriba. Se sentaría en la cama bajo la colcha deshilachada y puede que leyese un poco o se hiciese un porro, mientras en el exterior los colores del mundo se apaciguaran pasando del rojo y el naranja al amarillo y el pardo y luego al púrpura y el gris y por fin al negro.

Aparte de la mesita y de la silla plegable de la cocina, la cama de Kaitlin era el único mueble de la casa.

Aquella mañana, tras las horas de confinamiento solitario pasadas en el sótano, Kaitlin prestó especial atención a su brillante y (al menos en comparación con el sótano) lustrosa cocina. Además de tiesa y helada y mojada, estaba hambrienta. Sacó los macarrones con queso de la nevera, echó la parte cubierta de moho en el fregadero y se llevó el resto escaleras arriba. Comió mientras subía.

Dejó la comida a un lado mientras se quitaba los vaqueros y la ropa interior y los arrojaba en la bañera de metal con patas en forma de garra. Después de asearse de cintura para abajo, se puso ropa interior limpia y lavó a mano sus únicos vaqueros. Escurrir la dura y pesada tela vaquera resultó difícil pero lo que realmente amenazó con volverla loca fue el secado. Medio desnuda, salió a la terraza del piso superior y los colgó de la barandilla para que el viento pudiera secarlos y a continuación volvió a entrar a toda prisa y se agazapó bajo la colcha. Se sentó, dobló las rodillas y las apretó contra el pecho y sacó las manos y la cabeza de debajo de la colcha para poder cubrirse todo el cuerpo con ella. No estaba ansiosa por volver a ponerse los vaqueros, ni siquiera una vez que estuvieran secos; estarían fríos y tiesos pero la secadora, lo mismo que la lavadora, estaba rota, así que no le quedaba más remedio que hacerse a la idea. A lo mejor, pensó, los metía un rato en la cama para que se calentaran antes de volver a ponérselos.

Ahora que sus necesidades inmediatas —higiene, comida, marihuana— estaban ya cubiertas, las manos de Kaitlin empezaron a temblar. Y luego su cuerpo entero. Aspiró profundamente y dejó que el áspero humo le hormigueara en la garganta y los pulmones; contuvo el aliento y exhaló lenta y parsimoniosamente varios segundos más tarde. Las siguientes veces que respiró despidió bocanadas de vaho helado: su dormitorio no se calentaba de manera apreciable hasta más tarde. Trató de concentrarse en respirar y en nada más: inhalar honda, profundamente, exhalar con lentitud y regularidad, un acto purificador. Al ver que eso parecía funcionar y que el temblor remitía, dio otra calada al porro.

Ahora que volvía a sentirse relativamente calmada, se obligó a afrontar lo que había visto la pasada noche: no era humano. Eso lo sabía con toda certeza. Sus observaciones confirmaban esta creencia —el tamaño de la criatura, su velocidad sobrenatural y poderoso porte, la manera en que sus ojos resplandecían en la

oscuridad— pero su seguridad provenía de un sentido más profundo. Un sentido que había confiado en dejar tras de sí en la ciudad, donde los muertos caminaban entre los vivos, algunas veces *dentro* de los vivos, y nadie parecía darse cuenta.

Se estremeció. Alargó el cuello, como una tortuga asomando la cabeza desde el interior del acolchado caparazón y volvió a llevar los labios al porro. Aislamiento, simplicidad: le habían permitido devolver una semblanza de control y estabilidad a su vida. Pero ahora aquella visión no deseada le había salido al paso. Si no hubiera oído los disparos la pasada noche... si se hubiera *quedado en casa*... si aquella criatura, aquella cosa, no la hubiese visto... si...

Llevaba un cuerpo consigo, se recordó para sus adentros, aunque hubiera preferido olvidar el hecho. Había matado a alguien. Los monstruos que veía parecían inofensivos algunas veces; otras mataban gente. Kaitlin se echó a reír; tosió y escupió una bocanada de humo al cuarto. Por alguna razón, las dos caras de la moneda no le parecían equilibradas: cara, triste espíritu solitario; cruz, asesino en serie perturbado.

Aunque la criatura no hubiera estado cargando con un cuerpo muerto la pasada noche, la reacción visceral de Kaitlin le hubiera bastado. Así era como ocurrían aquellos episodios. No siempre podía identificar con toda claridad los detalles que la llevaban a saber lo que sabía —*a menudo* no era capaz de hacerlo— pero la abrumadora oleada de terror que la había embargado allí en la oscuridad, junto a la carretera, era una advertencia. Algunas veces, al toparse sin esperarlo con alguno de aquellos seres sobrenaturales, sentía un arrebató de simpatía, como por ejemplo hacia la madre e hija etéreas a las que había visto cruzar la misma calle, una vez tras otra, hora tras hora, día tras día. Algunas veces Kaitlin sentía aprensión, pero nunca hasta aquella noche había sentido un terror tan completo y abrumador. Nunca antes había visto algo semejante a lo de la pasada noche o sentido una furia tan a duras penas contenida. Instintivamente, se llevó la mano a la garganta para protegerse.

Una advertencia para los sabios. Para los curiosos.

Para el atardecer, el viento había hecho su trabajo. Kaitlin recogió los vaqueros de la barandilla y los metió consigo debajo de la colcha hasta que hubo conseguido que se calentaran un poco. Aún estaban un poco húmedos alrededor de los bolsillos pero después de haber recuperado el cuenco del baño y de haberse acabado los macarrones con queso era muy consciente de que no quedaba comida en la casa y la tienda estaba a casi ocho kilómetros. No le quedaba más remedio que ponerse en marcha.

No se dio cuenta de que había perdido la manta hasta que se puso la parka. Normalmente la rutina que seguía para salir cuando hacía frío era quitarse la manta, que llevaba en todo momento sobre los hombros desde finales de otoño hasta principios de primavera, y ponerse la parka. Había estado acurrucada en el sótano, helada hasta los huesos, pero su ansiedad había sido demasiado intensa y sus

pensamientos demasiados dispersos como para reparar en su ausencia y el resto de la mañana lo había pasado bajo la colcha.

Reconstruir los acontecimientos resultó bastante sencillo: había tenido la manta al salir de la casa la pasada noche; no recordaba haberla tenido al volver. No era ninguna tragedia, se dijo. Puede que la encontrase de camino a la tienda, o si no, podría conseguir otra en el almacén del Ejército de Salvación en Winimac si era necesario. Pero una inquietante sensación acompañó a la constatación de que había perdido la manta. Un efecto secundario e inesperado de contar con tan escasas posesiones era el hecho de que cada una de ellas tenía un enorme valor emocional además de práctico; la manta no era sólo una posesión, era una amiga, una confidente. La sencillez, aunque reducía el número de vínculos, intensificaba a su propia y perversa manera la naturaleza de los que restaban.

«*Perspectiva* —se dijo Kaitlin—. *Debes mantener la perspectiva. No es más que una sencilla y deshilachada manta*».

Protegida por la parka y una bufanda, trató de rehacer sus pasos de la pasada noche, desde la parte trasera de la casa, por el lateral y hasta la carretera. Mientras caminaba, unos pensamientos desagradables hormigueaban en el fondo de su mente: sabía que en el pasado había encontrado... cosas, seres sobrenaturales, durante el día, a plena luz del día, y eso hacía que el sol de la tarde resultara menos reconfortante. Pero lo peor, tuvo que recordarse, parecía ocurrir de noche. El día, incluso un día tan encapotado como aquél, *parecía* seguro. Los espacios abiertos, la vegetación y los árboles parecían normales; trataron de convencer a Kaitlin de que no había visto lo que creía haber visto en la oscuridad. Y ella estaba más que dispuesta a aceptarlo. Era posible... hasta parecía probable ahora que el sol estaba en alto, a despecho de las nubes que ondeaban en lo alto. Se sintió un poco mejor con sólo considerar la posibilidad de que hubiera estado equivocada. Le complacía poder ser tan razonable.

No encontró la manta en las cercanías del arcén. La habría hallado sin dificultades de haberse encontrado allí. ¿Eran las briznas aplastadas de hierba las señales de su paso la última noche?, se preguntó. Dirigió la mirada hacia los árboles de su derecha. Lo más probable era que el viento hubiese arrastrado la manta hasta el otro lado de la zanja; se habría enredado con el ramaje o se habría enganchado en algún tocón.

Pero cuando estuvo en el lugar más alejado al que, según creía, había llegado la pasada noche, seguía sin ver la manta. ¿Podía haberla llevado el viento *al otro lado* de la carretera?, se preguntó. Deshizo el camino, cruzó la calzada y recorrió la misma distancia por el otro arcén. No había nada más que basura, y nieve antigua en los rincones a los que no llegaban los rayos del sol.

Kaitlin suspiró y su aliento formó una nubécula. Aunque su misión de búsqueda y rescate había sido un fracaso, seguía teniendo que ir a la tienda. Había cogido quince dólares de la caja de cigarrillos que escondía bajo la cama, lo suficiente para comprar

sesenta paquetes de macarrones con queso... o quizá mejor cincuenta y algo de fruta para prevenir el escorbuto.

Su primer impulso fue el de cruzar de nuevo al otro lado de la carretera, interponer el pavimento entre ella y el bar, pues no tenía más remedio que pasar delante de él. Pero se sintió tonta y cobarde por pensar en hacer tal cosa a plena luz del día. Nunca había nadie en el bar hasta última hora de la tarde. No le pasaría nada por cruzar el aparcamiento.

En especial si se *había* confundido la pasada noche, lo que parecía cada más probable.

Puede que alguien hubiera estado llevando al hombro un simple barril vacío. No, la forma no era la de un barril. Puede que bolsas de basura. O aun en el caso de que *fuera* una persona, podía no ser más que un borracho... y el tío de casi tres metros de altura y ojos resplandecientes y músculos hinchados sólo lo había estado llevando a la camioneta. Puede que todo el asunto no hubiera sido más que un efecto secundario de su pasado como consumidora de ácido.

Kaitlin respiró hondo y trató de no pensar en la pasada noche. Siguió adelante. Se negaba a cruzar la carretera por razones tan estúpidas.

Cuando se encontró más cerca, descubrió que el bar parecía en efecto desierto. El anuncio de cerveza no estaba encendido; las persianas de ventanas y puertas estaban echadas. La camioneta del propietario seguía aparcada en la parte de atrás. ¿Estaría bien?, se preguntó. ¿Estaba allí o sería el suyo uno de los cuerpos que se habían llevado?

Cuerpos *no*, se corrigió. Bolsas de basura o... o lo que fuera.

El recuerdo de la tienda y los macarrones con queso quedó confinado al fondo de la mente de Kaitlin mientras su implacable curiosidad emergía a la parte delantera. ¿Qué tenía de malo comprobar que las persianas estaban bajadas del todo? Si echaba un vistazo al interior y se aseguraba de que todo iba bien, entonces... ¿entonces qué? No estaba segura. Eso no demostraría que la noche anterior no había ocurrido nada, que dos bestias gigantescas no habían estado sacando cuerpos muertos al exterior. *Nada* era algo difícil de demostrar. Pero estaba *segura* de que si echaba un vistazo y el suelo y las paredes no estaban cubiertos de sangre, al menos se sentiría un poco mejor. ¿Y acaso no era importante la paz interior? Por ella se había mudado allí, al quinto pino.

Caminando con más confianza de la que en realidad sentía, Kaitlin llegó a la parte delantera de la Casa del Barril de Murphy. Era un edificio bajo de ladrillos grises con sólo dos ventanas en la fachada y una en la puerta. Ninguna a los lados. Por desgracia las persianas *sí* que estaban echadas del todo. Kaitlin pegó la cara al cristal y trató de ver por los lados, pero no pudo distinguir nada. Hasta llegó a probar con mano vacilante el picaporte, a pesar del temor que sentía a que el propietario estuviera

dentro, pero la puerta estaba cerrada.

Con un suspiro, apoyó la frente en el cristal de la puerta y los dedos de las dos manos a ambos lados de la cara, como patas de una araña de agua posadas sobre la superficie de un estanque opaco y lleno de barro. Cometió el error de pensar de nuevo en lo que había ocurrido la noche anterior... y las visiones empezaron.

Sintió que se le doblaban las rodillas, pero ya se encontraba muy lejos: dentro de sí, asistiendo a lo que no había visto. Kaitlin no había visto, pero el cristal sí, y los ladrillos sí, y con la misma seguridad con la que cada aspecto de la creación forma parte de una misma mente y un mismo espíritu, le revelaron sus secretos.

Las formas eran familiares, grandes y poderosas. Más grandes de lo que debieran ser si fueran humanas, más grandes de lo que unos humanos *podrían* ser. Y más de cerca, parecían más coléricas. Una borrosa confusión de pelaje, dientes, garras. Furia. Vio también dos cadáveres. Vio cómo se *convertían* en cadáveres, cómo les era arrancada la vida en sanguinolentos jirones. Rostro y garganta. Vientres abiertos en canal, intestinos derramados sobre el suelo. Estaba cubierta de sangre, sangre vital que fluía para trocarse en una nada, que goteaba sobre el indiferente suelo de hormigón. Perdido en medio del horror se oyó un disparo, el tercero. Fútil. Inútil contra la sonrisa babeante de sangre de la criatura. Entonces la otra bestia se irguió, con una maraña de entrañas humanas colgando de las fauces. Y vio los ojos. Los mismos ojos que había visto la pasada noche. Los mismos ojos que la habían visto.

Se apartó de la puerta de un salto. La ventana se quebró y ella gritó. El cristal seguía intacto pero había una telaraña de fisuras que cubría el panel entero a partir de diez puntos separados: los puntos que sus dedos habían tocado. Kaitlin se miró las yemas de los dedos. Una de ellas estaba sangrando.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Volvió a saltar, pero esta vez no gritó. Giró sobre sus talones y vio a un hombre a unos cinco metros de ella. Se estaba acercando. Tenía el pelo negro, corto y bien peinado, al igual que la barba, y llevaba una camisa de franela, vaqueros y unas botas usadas. Mientras se aproximaba, las visiones volvieron a asaltar a Kaitlin. Su visión parpadeaba con destellos como de luz estroboscópica y con cada paso que el hombre daba, parecía cambiar. Era él mismo, y de repente era una de las monstruosidades lupinas; era él mismo y de pronto era un gigante cubierto de sangre cuyos ojos y garras despedían destellos de muerte.

—¿Señorita? —volvió a decir al tiempo que alargaba el brazo hacia ella.

Kaitlin no podía moverse; si hubiera podido, habría corrido. Pero las piernas le fallaron de nuevo. Se tambaleó y a duras penas logró permanecer erguida. El hombre estaba mirando más allá de ella, mirando la ventana, el panel roto de cristal.

—Alguien le ha roto la ventana —dijo ella, al tiempo que comprendía de forma consciente lo que parte de su mente ya sabía: aquél era el hombre que había visto

entrando y saliendo de la furgoneta; el propietario del vehículo, el propietario del bar. Y era una de aquellas bestias.

—Ya veo —dijo, con voz y expresión más frías que antes—. Debería curarse ese dedo —dijo.

Kaitlin volvió a mirarse el dedo herido. La herida no tenía ni dos centímetros de largo, apenas llegaba a la primera articulación, pero sangraba copiosamente. Se cubrió el dedo con la otra mano y apretó.

—También debería limpiarse la nariz —dijo el hombre y al mismo tiempo alargó la mano hacia ella, le tocó la nariz con un dedo y se lo mostró a ella. Estaba manchado.

Boquiabierta, le miró el dedo y a continuación se volvió hacia la puerta. Vio la grasienta huella de su nariz sobre el polvoriento y quebrado cristal y entendió. Trató de no pestañear; si pestañeaba, puede que él se convirtiera de nuevo en el monstruo que había visto. Si no le miraba los ojos, no la haría pedazos con aquellas garras afiladas como navajas. No podía hablar; de repente tenía la boca tan seca como si se hubiera tragado un puñado de gravilla del aparcamiento. Se miró los nudillos blanquecinos, manchados ahora por el reguero de sangre que resbalaba por entre sus dedos.

—Yo... —tenía la lengua reseca: hinchada e inútil. Bajó la mirada al suelo y vio que sendos charcos de sangre se estaban formando alrededor de los zapatos del hombre. Ahora sí que pestañeó, mantuvo los ojos cerrados por un momento y la sangre desapareció.

—Déjeme que vea eso —la cogió por la muñeca, la atrajo hacia sí, con fuerza pero sin brusquedad, hasta que ella abrió la mano y le mostró el dedo—. No creo que necesite puntos, ni tampoco un médico. ¿Quiere que la lleve a alguna parte?

La idea horrorizó a Kaitlin. Tenía tan pocas ganas de subir a su coche como de entrar en su bar manchado de sangre.

—No... no. Vivo... —empezó a volverse y señaló en dirección a su casa, que resultaba apenas visible desde donde se encontraban pero entonces se dio cuenta de que lo último que quería era que aquel hombre supiera donde vivía.

Él la observó con aire expectante. Su mirada iba y venía entre su cara y su dedo tembloroso.

—¿Vive... por allí?

Siguió la mirada del hombre, contempló su propio dedo como si fuera una cabeza seccionada o un ave de presa a punto de caer sobre ella y lo devolvió con gran parsimonia a la vecindad de su cuerpo.

—No muy lejos —balbució.

El hombre asintió como si entendiera pero su expresión contradecía esa posibilidad.

—Bueno, como quiera. Está muy pálida.

—Estoy... bien.

—Si usted lo dice. Sólo es un poco de sangre, ¿sabe? No debe de ser cazadora. La caza lo acostumbra a uno a la sangre.

—Gracias —dijo Kaitlin, aunque no sabía con seguridad qué era lo que le estaba agradeciendo. Puede que el hecho de que no le hubiera arrancado la cara o hubiera desparramado sus entrañas sobre la gravilla. Se apartó de él y empezó a caminar con aire ausente de regreso a su casa. Aguzó el oído tratando de captar las pisadas del hombre para ver si la seguían o regresaban al bar pero debía de seguir parado, observándola.

Kaitlin pensaba casi sin darse cuenta en macarrones con queso pero ya no quería comer. Se preguntó si volvería alguna vez a tener hambre después de lo que había visto. Lo dudaba.

Capítulo cinco

Arroyo Negro despertó con un fuerte dolor. No había pretendido quedarse dormido: no allí, apoyado en el muro de la caverna mientras velaba a Galia. Balthazar estaba despierto; *él* velaba a Galia con fidelidad, a pesar de que ningún vínculo familiar los unía. *Él* contemplaba cómo subía y bajaba su pecho con cada trabajosa respiración y cómo se retorcían las garras y arañaban el suelo. Puede que estuviera cazando en sus sueños. Galia nunca había hablado con Balthazar —él había llegado al túmulo después de que cayera enferma— y a pesar de ello era su guardián incansable y pasaba día y noche sentado a su lado, con las piernas cruzadas... mientras Arroyo Negro dormía.

El cuello rígido le dolía a Arroyo Negro al despertar en aquella luz agonizante, pero la contractura no era nada comparada con los remordimientos que le provocaba su propia debilidad, su propia falta de fidelidad. Estaba acostumbrado al dolor; su forma humana nunca se libraba de él, salvo gracias al alcohol, y el pesar de la maldición nunca estaba muy lejos de su corazón, fuera cual fuese la forma de su cuerpo.

—¿Ha hablado? —dijo Arroyo Negro.

Balthazar Caminante del Espíritu volvió lentamente la cabeza para mirar al intruso, para dirigirle la dura mirada que un juez dirigiría al culpable.

—Su espíritu se debilita. No despierta. No habla —para su asombro, el Caminante llevaba a cabo su vigilia en forma Crinos pero ésta no revelaba la cólera que sin duda debía de estar sintiendo. A Arroyo Negro le maravillaba este control estoico, aunque sospechaba que el desdén que dirigía Balthazar a los demás miembros del clan era una grieta en la armadura de control del guardián. Puede que tras su fachada de superioridad estuviera creciendo un torrente de presión cada vez más intenso, que un día se desbordaría. O puede sencillamente que Caminante del Espíritu fuera un Garou mejor, de voluntad más fuerte, más dedicado y persistente, y que su desprecio hacia los demás estuviera justificado. En especial su desprecio hacia Arroyo Negro.

Balthazar mantenía una pequeña fogata encendida para calentar a Galia; en aquel espacio cerrado, el humo le quemaba la garganta y los ojos. La caverna era poco más que un espacio abierto bajo una roca de grandes dimensiones, pero servía para proteger de los elementos la madriguera de Arroyo Negro.

—¿Ha estado aquí Evert? —preguntó Arroyo Negro.

—Viene casi todo los días, pero nunca se queda. Y ni siquiera vendrá mientras tú estés aquí —las llanas palabras de Balthazar transmitían lo que el centinela no decía abiertamente: *«la culpa es tuya, Arroyo Negro. Y Evert Nube de Muerte no es mucho mejor que tú»*.

Arroyo Negro se hubiera sentido ofendido, hubiera sucumbido a la cólera, de no haber sido ciertas las acusaciones. Galia Hija de la Lluvia se debilitaba un poco más a cada día que pasaba y lo mismo le ocurría al túmulo. Muchos de los Garou no se daban cuenta... pero aquéllos que sí lo hacían sabían de quién era la culpa. Arroyo Negro lo sabía. Balthazar Caminante del Espíritu lo sabía. Sin embargo nadie decía nada. Evert Nube de Muerte lo sabía... pero no hacía nada.

Tras agitarse en el lugar en el que había cedido al sopor sin darse cuenta, Arroyo Negro se arrastró hacia Galia. La vio allí, atrapada en un sueño inquieto, y deseó poder tomar sobre sus hombros su dolor y su fiebre. Ojalá hubiera podido morir en su lugar... Haberle dado a luz, años atrás, había sido su único acto imprudente, el único pecado por el que podía merecer un castigo. Hubiera sido mucho mejor para todos que hubiera devorado al cachorro mientras emergía deformado de su vientre, pero ella había permitido que viviera. Al dar la vida a un maldito, había aceptado su maldición sobre sí; con el tiempo eso la había podrido y muy pronto la mataría.

Arroyo Negro alargó los brazos y puso las manos sobre el costado del cuerpo lupino. Y por un momento, el sufrimiento y la congoja parecieron abandonarla. Sus pezuñas quedaron inmóviles y respiró profundamente, como si estuviera suspirando en sueños. Arroyo Negro levantó la mirada hacia Balthazar, pero no pudo encontrar el menor rastro de comprensión en la mirada del Caminante, ninguna señal de que creyera que su contacto pudiera haberla aliviado. Apartó las manos, temiendo haberla hecho daño, temiendo que ese aliento fuera a ser el último. ¿De qué crímenes lo acusarían entonces los demás, a él, el hijo indigno?

Se atrevió a tocarla una vez más, y sus dedos acariciaron su oreja, antes de apartarse a rastras de ella y salir de la cueva. No miró atrás. ¿Qué necesidad tenía de encontrarse con la mirada implacable de Balthazar?

Más allá de la caverna y del hilo de humo que ascendía sinuosamente y con indiferencia hacia el cielo, el túmulo estaba inmóvil, silencioso, como muerto. El arroyo, casi seco, esperaba sediento el deshielo de la primavera. Abedules y arces, severos, ataviados de invierno, se mecían a merced del frío viento que llegaba desde el oeste. El velo de color que tejían los pinos blancos parecía desgastado. Arroyo Negro no era ajeno al malestar que parecía flotar sobre el Clan del Claro Aullante; hasta el mismo bosque parecía mudo, fatigado. ¿Cómo podían no verlo los demás Garou? ¿Eran incapaces o no querían? Evert Nube de Muerte, como macho alfa y Theurge que era, hubiera debido saberlo, pero de ser así habría advertido a los demás. También Balthazar era Theurge, pero desde su llegada sólo había prestado atención a Galia, que era también una hija de la luna creciente. Galia sí que lo hubiera sabido; ella habría advertido al clan... de no haber estado agonizando. Pero parecía afectada por el mismo mal. Desde hacía varias semanas no se había comunicado con nadie, ni siquiera había abandonado su forma lupina. Y en todo ese tiempo, Evert no había

dicho nada. Si los Theurge, las voces espirituales de su pueblo, no hablaban, ¿cómo podía Arroyo Negro, maldito entre los Garou, esperar que lo escucharan? No podía. No tenía esperanzas.

El cielo, cubierto de nubarrones agobiantes, pesaba sobre Arroyo Negro tanto como el silencio, tanto como la enfermedad de la tierra. El túmulo se le antojaba una sombra de su antiguo yo, una carcasa esquelética a la que se le pudría la carne y se le secaba el tuétano. O puede, pensó, que la enfermedad estuviera sólo en su interior. Puede que unas copas limpiaran la palidez de la podredumbre de la cara del mundo. A esa hora Canción de Víspera habría abierto ya el bar; había que limpiar la sangre; exiliado o no, probablemente la ayuda de Arroyo Negro sería bienvenida. Le daba lo mismo no ver a los demás miembros del clan aquella noche... o cualquier otra noche. Lo más probable era que la partida de caza estuviera en el bosque. Sin duda Evert Nube de Muerte estaría lamentándose. Aparte de éstos, quedaban muy pocos Garou, pero uno de ellos, para gran disgusto de Arroyo Negro, se le acercaba en aquel momento muy contento.

—¿Te has enterado? —preguntó Ladra-a-las-Sombras con aire excitado—. Esta noche hay cuentos. Fuego y ciervo recién cazado. Canción de Víspera contará historias.

Arroyo Negro no se detuvo, no dio muestras de haber reparado en la presencia del otro. Ladra-a-las-Sombras era uno de los pocos a los que Arroyo Negro podía desairar con impunidad... si nadie lo veía. Los demás miembros del clan trataban hasta al Lunático, al Colmillo caído en desgracia, con más respeto que a él.

—¡Historias! —dijo Ladra-a-las-Sombras mientras se colocaba a su lado y seguía caminando con él—. ¡Canción de Víspera nos va a deleitar con canciones y cuentos!

En su forma humana, los ojos de Ladra-a-las-Sombras nunca parecían enfocar el mismo punto; su cabeza estaba ligeramente ladeada, siempre.

—A Canción de Víspera no hay nada que le guste más que escuchar su propia voz —gruñó Arroyo Negro—. De no haber nacido Galliard, habría vuelto a entrar en el vientre de su madre y habría esperado hasta que Luna Gibosa volviese a salir.

El juvenil entusiasmo de Ladra-a-las-Sombras se tornó confusión desolada.

—Pero las historias... son sobre nuestro pasado. Sin ellas no somos mucho mejores que los humanos.

—Tú no eres mucho mejor que los humanos —dijo Arroyo Negro—. Puede que hasta peor.

A pesar de no ser el más rápido de los Garou, Ladra-a-las-Sombras era capaz de reconocer el sonido de un insulto.

—Tú deberías haber nacido en Luna Gibosa, todo hinchado y jodido y con esa joroba.

—*Chepa* —dijo Canción de Víspera, mientras salía de repente de entre las cada

vez más densas sombras del bosque—. Lo llamamos Chepa, Lunático. Pero no hables de *joder* si no quieres encontrártelo en la pata.

Ladra-a-las-Sombras se echó a reír, más por nerviosismo que porque hubiera entendido. No le gustaba pelearse pero siempre parecía olvidar lo huraño que era Arroyo Negro. En cuanto a Ryan Canción de Víspera, Ladra-a-las-Sombras *sabía* que era inteligente, así que se reía por casi todo lo que el Galliard decía.

Arroyo Negro los dejó. A lo mejor, pensó, iba al bar de Canción de Víspera y robaba algo de licor. Eso le enseñaría al pomposo montón de basura. Peor aún que las puyas, lo que Arroyo Negro había sufrido desde sus primeros tiempos era el hecho de que el clan valorara más al idiota Lunático que a él. El Colmillo, expulsado por sus petulantes y endogámicos hermanos, rechazado por los suyos... pero no de forma tan completa como él.

Cuentos. La perspectiva no colaboró demasiado a animarlo. No había historias heroicas ni canciones triunfantes sobre los malditos de Gaia... o, si las había, Canción de Víspera no las contaba. El metis deformado era siempre el idiota, el manchado por el Wyrn, el villano. Hasta los Roehuesos y los estúpidos humanos tenían papeles dignos en algunas de las historias, pero nunca alguien como Arroyo Negro. Aunque, al menos, habría comida alrededor del fuego. Y bebida.

Cuando llegó al lugar en el que había dejado su nueva manta colgada de un árbol, Arroyo Negro descubrió con desagrado que otro miembro del clan la estaba toqueteando en el suelo.

—Es *mía* —le gruñó a Claudia Permanece Firme.

La loba se volvió hacia él y le enseñó los dientes. Antes de que llegara a su lado, cambió a su forma natural de humana, más pequeña que la de Arroyo Negro pero fuerte y llena de confianza.

—¿Me hablas a mí en ese tono, Chepa? —lo fulminó con la mirada.

Arroyo Negro bajó la vista. La Guardiania *hubiera* olisqueado cualquier cosa nueva que apareciera en el túmulo; debía de haber advertido su olor en la manta pero investigar era su naturaleza, su deber.

—Es *mía* —dijo de nuevo, esta vez con mayor timidez, y recogió la manta. La olisqueó. El aroma de la mujer humana seguía siendo intenso.

—Vigila tu lengua, Chepa —dijo la loba—. ¿O he oído en tu tono que estás dispuesto a desafiarme? —su mano descansaba sobre el klaive que llevaba al cinto. Arroyo Negro no levantó la mirada; su silencio fue respuesta más que suficiente—. Ya decía yo.

Arroyo Negro hizo una bola con la manta y se la apretó contra el pecho mientras se alejaba cojeando de Permanece Firme.

Capítulo seis

Chispas y ascuas danzarinas saltaban hacia el cielo en espasmos de bacanal, insuflado su frenesí por los hierros ardientes y los goterones de grasa que caían a las llamas desde la carne de venado clavada en el espetón. No todos los Garou comían la carne asada. En particular los cazadores preferían alimentarse de carne cruda y sanguinolenta. Astillabedules tenía una pata delantera entre las zarpas y estaba desgarrando un correoso tendón con las poderosas mandíbulas. Cynthia Oreja Suelta mordisqueaba la carne de una costilla que le había arrancado a la carcasa del ciervo. Frederich Noche de Terror destrozaba carne y huesos al mismo tiempo.

Desde las sombras cercanas, más allá de la luz y el calor que repartían las crepitantes llamas, Arroyo Negro estaba entretenido con una tajada llena de cartílago que Permanece Firme había arrojado en su dirección. Trataba de no mirar a los demás; sus rudos juegos y sus danzas y sus aullidos hacían que lo carcomiera por dentro una envidia fría. Pero sus ojos se veían atraídos constantemente hacia sus compañeros de clan, venidos desde diferentes lugares y diferentes tribus hasta allí, aquel lugar de su sangre y de su nacimiento. Y sin embargo él era el descartado y su deformidad, la señal visible de la mancha interior y la unión prohibida que lo había creado.

Miró a Evert Nube de Muerte, sentado en medio del caos festivo pero aún distante, silencioso y meditabundo. El macho alfa mordisqueaba su comida con aire ausente, sin alegría. Arroyo Negro se volvió hacia la cueva pero no pudo ver a Galia, al misterioso Balthazar o siquiera el tenue brillo de la fogata. Observó cómo comían y jugaban los demás a pelearse alrededor del fuego. Vio a Ladra-a-las-Sombras, con una pequeña esfera blanca en la mano, frente al fuego, escudriñando el ojo, acaso tratando de encontrar el espíritu departido del ciervo.

Formaban el clan de Arroyo Negro pero no tenía para ellos más que resentimiento y pesar, el mismo resentimiento que ellos le deparaban.

Entonces, para su sorpresa, Permanece Firme se acercó al borde del grupo, junto al sitio en el que se agazapaba. Traía en la mano una jarra de loza y se la ofreció.

La primera petaca de güisqui, que antes le había arrojado Noche de Terror, había estado vacía. El ánimo de Arroyo Negro se había iluminado por un momento mientras alargaba la mano para cogerla pero entonces, al sentir su peso vacío y oír las carcajadas burlonas de los demás, se había reprendido por haber creído que lo incluirían en sus celebraciones más de lo estrictamente necesario. Así que ahora observaba con desconfianza la jarra que se le ofrecía y a Permanece Firme. Era una mujer dura, pero no cruel como los demás. Sin embargo, Arroyo Negro la estudió en busca de alguna señal de traición o, aún peor, de misericordia.

Mientras trataba de adivinar sus intenciones, Canción de Víspera pasó junto a

Permanece Firme y le arrebató la jarra de las manos.

—No hace falta desperdiciar buena bebida en Chepa —dijo con voz animada—. Con todo el tiempo que pasa entre los espíritus, se diría que ha nacido bajo la luna creciente.

Arroyo Negro gruñó y se arrebujo más aún en las sombras. Deja que se burlen, pensó. Pero no dejes que se atrevan a olvidar que eres Ahroun, nacido guerrero.

Canción de Víspera no tuvo tiempo de olvidarlo puesto que casi inmediatamente había sacado a Arroyo Negro de sus pensamientos. El Galliard regresó al centro de la fiesta y mientras levantaba la jarra y tomaba un largo trago, se hizo el silencio entre la concurrencia. El narrador estaba preparado para agasajarlos.

—Escuchad a cualquier roca, al viento que sopla entre las hojas de cualquier árbol, y tendréis una historia que contar —empezó a decir mientras se limpiaba desinteresadamente los dientes con la punta afilada de un cuerno—. Cada aguja de pino que cae al suelo ha venido de alguna parte. Cada bellota pertenece a un roble poderoso que, sin embargo, no fue en su día más que una bellota. Cada ganso ha visto desde más allá de las copas de los árboles lo que sólo las nubes y los espíritus ven. Con que sólo fuéramos capaces de oír todas las historias diferentes y aprender de ellas conoceríamos el presente y veríamos la senda del futuro. Algunos dicen que la propia Gaia es la sabiduría reunida y viviente de todas estas historias y que los Garou deberíamos llamarnos los narradores de Gaia en lugar de los guerreros de Gaia.

Frederich Noche de Terror subrayó esta afirmación con un gruñido ominoso.

Canción de Víspera se encogió de hombros con aire prosaico y arrojó la punta del cuerno al fuego.

—En cuanto a mí... no hago más que contar las historias y dejo las graves cuestiones de la filosofía y la religión a los nacidos bajo la luna creciente. Lo que me lleva a nuestra historia de esta noche...

Su pausa se extendió y envolvió a todos los presentes, aun Arroyo Negro, hasta que pareció que la historia iba a ser el crepitar del fuego y la danza de los rescoldos. En la oscuridad, Búho^[3] invitó con su canto al bardo a proceder.

—Hace algunas semanas, Ladra-a-las-Sombras me preguntó de dónde sacó su nombre el Clan del Claro Aullante —dijo Canción de Víspera. Ladra-a-las-Sombras temblaba de alegría, tan complacido estaba de ser mencionado en una historia delante del clan entero—. Ahora bien, para cualquier pregunta, hay siempre una respuesta corta... pero al igual que un solitario guijarro que trata de contener un río, la respuesta corta no puede tocar más que unas pocas gotas de la verdad. Así que, con vuestra indulgencia, me encomendaré a colocar guijarro sobre guijarro sobre guijarro, hasta que igual que el diligente Castor, todos podamos ver cómo se extiende el río furioso delante de nosotros, lo bastante calmado para mostrarnos el camino a la tierra que se extiende más allá.

»Ahora bien, la historia de un lugar es a menudo la historia de un pueblo, como ocurre en este caso. Porque para hacerle justicia a *este* lugar, debemos empezar en otro, muy lejos, al sur y al este. Un cachorro vivía allí, poco tiempo después de su primer cambio. Sabía lo bastante como para ver que el mundo en el que había crecido, el mundo de los humanos, no era merecedor de tal nombre: ciego a los espíritus, sordo a los lamentos de Gaia. Pero los caminos de los Garou le eran también extraños y nuevos. Así que se retiró de los dos, el mundo viejo y el mundo nuevo. Trepó hasta la cima de una montaña, donde pudo sentarse a la luz de la Madre Gaia y buscar respuestas en las estrellas. Y también se volvió hacia su interior. Allí descubrió una gran luz, pero también oscuridad.

»La luz era su corazón, el resplandor del verdadero Camino que durante tanto tiempo había permanecido oculto para él. La oscuridad eran sus pulmones, la vida enferma que durante tanto tiempo había respirado, no tan central como su corazón pero extendida a su alrededor.

»Allí, en aquella montaña, el cachorro sacó las garras y se arrancó los pulmones para expulsar la oscuridad de su interior. Pero su tránsito a la luz no iba a ser tan sencillo. Cuando sus pulmones cayeron al suelo, supuraron una sangre negra y la sangre tomó cuerpo y forma. Toscas mofas del cachorro se levantaron de la tierra, Danzantes de la Espiral Negra que eran tan perversos y dementes como virtuoso era él. Se le echaron encima y se produjo una gran batalla.

»Desde las primeras estribaciones de la montaña, los Garou que habían criado al cachorro hasta aquel día observaban asombrados. Una densa nube ocultaba la cima de la montaña: no una nube descendida desde los cielos sino una nube de polvo levantado y arremolinado por la batalla entre el cachorro y los Espirales. Algunos deseaban acudir en su ayuda pero una prueba de corazón es siempre un viaje solitario, así que esperaron y observaron.

»Cuando por fin se asentó la nube, la cima de la montaña estaba vacía y los Garou temieron que el cachorro hubiera caído. Pero poco después salió de la vereda boscosa que emergía a la falda de la montaña. En cada mano traía un pellejo negro y cada uno de ellos supuraba odio y veneno y cuando su sustancia tocaba el suelo dejaba en él humeantes agujeros. Hasta que al fin, cuando hubieron soltado hasta la última gota, no quedó nada. El odio y el veneno se habían consumido a sí mismos. Y el cachorro estaba purificado.

»Los Garou que esperaban al pie de la montaña alabaron al cachorro... aunque a decir verdad ya no era ningún cachorro. Si hasta entonces lo habían conocido como Evert, a partir de ahora lo llamaron Evert Nube de Muerte, a causa de la batalla que había librado en lo alto de la montaña y los poderosos enemigos a los que había abatido.

Canción de Víspera hizo una pausa para dar un trago a su jarra. Los ojos de otros

Garou se volvieron furtivamente hacia Nube de Muerte, quien por su parte parecía interesado tan sólo en el resplandor de los rescoldos del fuego. Arroyo Negro también estaba mirando al renombrado líder del clan. Los intensos ojos verdes de Nube de Muerte brillaban a la luz del fuego. Parecía tan impasible como la montaña del cuento, sus viejas arrugas labradas por arroyos, sus pétreo semblante implacable, inmóvil, inmisericorde.

—Los Garou deseaban que Nube de Muerte permaneciera con ellos —continuó Canción de Víspera una vez refrescado—. Pero él era joven por entonces y tras haber llegado a la mayoría de edad bajo las estrellas, el afán de viajar lo consumía, ardiendo acaso en el espacio que él mismo se había labrado en el pecho.

»Ah, y qué historias podría contaros sobre sus viajes. Como las aves que Madre Gaia enviará muy pronto de regreso al norte, Nube de Muerte siguió el camino de su corazón, siempre con un ojo dirigido al cielo. Viajó en dirección oeste hasta el lugar en el que el mar y la tierra se encuentran. Viajó al sur, atravesando llanuras y montañas, junglas y ríos, hasta llegar al desierto fin del mundo. Aprendió los caminos de los Garou, buscó los secretos de los espíritus y se enfrentó al Wyrn cada vez que se cruzó en su camino. Muchas y crueles batallas libró e incontables cicatrices en el cuerpo y en el alma testimonian su diligencia.

»Con el tiempo, empero, el afán de viajar, como la flor de la juventud, empezó a marchitarse en su pecho. Del mismo modo que Nube de Muerte había reconocido la oscuridad de su interior, reconoció ahora una vaciedad que rodeaba su corazón y que no le otorgaría descanso. Allí donde habían estado la oscuridad y el afán de viajar, ahora no había nada y la agonía del olvido era mucho más dolorosa que el golpe de cualquier monstruo del Wyrn. Aunque sus vagabundeos no apaciguaban ya su alma, Nube de Muerte siguió viajando pues, ¿de qué otro modo podría encontrar aquello que podía llenar el vacío de su corazón?

»Se volvió hacia las estrellas en busca de consejo pero los presagios del firmamento no respondieron a sus preguntas. Buscó a los espíritus de la sabiduría, pero ya no le revelaban sus secretos. Consultó a los ancianos de las tribus, pero los Garou desconfiaban de todos aquéllos que no compartiesen su misma sangre. Los Colmillos no tenían tiempo para él. Los Señores de las Sombras no hicieron más que tratar de engañarlo. La Carnada no interrumpió sus batallas y las Furias estaban demasiado encolerizadas como para escuchar. Los Moradores del Cristal y los Roehuesos estaban encerrados en sus caparazones. Los Garras Rojas, francos como siempre, le dijeron que renunciara a sus dos piernas y caminara sobre cuatro patas. Los Wendigo expulsaron al *Wasichu*, los Fianna no escucharon su voz por encima de sus propios cantos... —Canción de Víspera se detuvo con fingida indignación ante el estallido de risas que se extendió entre los presentes—. Y los Hijos... bueno, era primavera y estaban ocupados persiguiendo a sus parejas —se agarró la entrepierna y

dio un tirón, para renovado deleite de la muchedumbre.

»No fue hasta el final que llegó a la tierra de los Uktena. ¿Era posible, se preguntó, que aquello que andaba buscando estuviera enterrado? De ser así, los que cavan en la tierra, los que entierran rocas y extraen secretos, lo sabrían. Pero los Uktena atesoraban sus secretos. Echaron de su casa a Nube de Muerte. Ninguno de ellos habló con él... salvo uno. Una joven, aún no tan dura como la tierra compacta, siguió a Nube de Muerte. Era rara entre los suyos, nacida bajo la insólita lluvia del desierto, y la llamaban Galia Hija de la Lluvia.

Los que se encontraban alrededor de la fogata guardaron silencio ante la mención de su nombre. En las sombras, Arroyo Negro sintió el vacío que envolvía su propio corazón; él sabía de qué hablaba Canción de Víspera.

—Ella le dijo a Nube de Muerte que sabía lo que le faltaba: una compañera que llenara su espíritu, un alma gemela que lo completara. Le dijo que lo había visto en un cuenco lleno de lágrimas de espíritu y que su camino era el de ella, y que a partir de entonces caminarían juntos como uno solo. Y así fue.

Arroyo Negro sintió que los ojos se le empapaban de lágrimas. Contuvo un gruñido en el fondo de la garganta; quería abandonar de un salto su lugar de reclusión y abrirle la garganta a Canción de Víspera para que la historia terminara allí; sería mucho mejor para todos que fuera así. Pero Canción de Víspera no lo permitiría.

—A partir de aquel día —prosiguió el Galliard—, los dos fueron como uno solo. Durante muchos años viajaron, jamás el uno sin el otro, y entre los dos desenterraron secretos del mundo espiritual que hubieran permanecido ocultos para uno solo de los dos, pues también Hija de la Lluvia había nacido bajo la luna creciente. Como uno solo persiguieron la sabiduría y como uno solo alimentaron a Gaia, al otro, y a todos los Garou con los que se encontraron. Los cuentos sobre sus viajes son innúmeros pero lo que nos concierne ahora es que con el tiempo, su búsqueda de sabiduría los condujo hasta aquí.

»En aquellos días esta tierra estaba inundada de humanos, humanos que talaban los árboles y se los llevaban lejos, que cavaban en la tierra usando el martillo y los explosivos para abrir la superficie del mundo y poder de ese modo tallar las rocas de acuerdo a su capricho. Los Garou que moraban entonces aquí no estaban ociosos: caían sobre los madereros y volvían sus sierras contra ellos; arrojaban a los mineros a sus agujeros y los cubrían con sus rocas. Pero siempre venían más humanos. Más para ocupar el puesto de los caídos. Más para talar y tallar y picar y destruir.

»Fueron Nube de Muerte e Hija de la Lluvia los que obtuvieron la ayuda de la sabia Búho y fue Búho quien les mostró los caminos del Bosque, maneras de *esconder* lugares para que los humanos no pudieran encontrarlo. Allí donde les fue posible, los Garou erigieron barreras espirituales en la tierra y en los arroyos. Fue un proceso lento y difícil pero pronto las enseñanzas de Búho empezaron a dar fruto y

los humanos empezaron a pasar de largo junto a algunos de los lugares salvajes. Iban a buscar sus minerales en otros lugares; atacaban a los árboles en otros lugares, lugares corrompidos sin protección espiritual. Pero estas tierras conservaron su verdor.

»Así terminó todo, puede que penséis, pero, ah, aún tengo que contestar la pregunta de Ladra-a-las-Sombras: ¿Cómo llegamos a ser conocidos como el Clan del Claro Aullante?

»Bueno, cuando lo peor de la amenaza humana abandonó el lugar, los Garou se dieron cuenta de que había algo más que la cerril marcha de los hombres operando en esta tierra. Privada de la máscara de los madereros y mineros humanos, la corrupción de la tierra se hizo evidente. Llegó la primavera pero los árboles no florecieron. El sol brillaba en el cielo pero la nieve no se fundía. Los ciervos se volvían cada vez más flacos; los osos permanecían en sus cavernas.

»Búho fue el que reveló a los Garou la fuente del mal que aquejaba al bosque: una funesta Perdición enterrada a gran profundidad, nacida y madurada hasta alcanzar una obscena madurez en el interior de una de las minas abandonadas por los humanos. Los Garou se pusieron en pie para enfrentarse a su amenaza y muchos murieron en aquellos lugares pestilentes bajo la tierra.

»Por fin, fue Hija de la Lluvia quien invocó a un espíritu serpiente de sangre Uktena para que ayudara a los Garou en su batalla. Serpiente de Agua llegó reptando, junto con muchos de sus hermanos y hermanas, tantos que era imposible contarlos. Se introdujeron deslizándose en la oscuridad de la Tierra, abrumaron a la Perdición y la arrastraron gritando hasta la luz. No cesaron un solo instante, arrastrándola lejos de su putrefacta guarida, lejos de los lugares que los humanos habían mancillado. Serpiente de Agua y sus hermanos y hermanas arrastraron a la Perdición hasta aquí, hasta este claro y a la orilla del arroyo en el que Hija de la Lluvia había intercedido por los Garou, los espíritus se abatieron sobre la perdición.

»Atacaron de forma tan implacable e inmisericorde que al arrebolarse levantaron un viento que sopló entre los árboles. Sus fauces abrieron terribles heridas en el cuerpo del demonio y su sangre corrompida y humeante se derramó sobre la tierra. Mientras el sol se escondía tras el horizonte y Hermana Luna se alzaba en el cielo, Serpiente de Agua y su progenie trocaron el arroyo por un torrente devastador y entonces éste se alzó, una poderosa serpiente preparada para atacar y limpiar la tierra.

»Sobre el ruido del tumulto, un nuevo sonido se hizo audible: un gemido de cobardía y terror, un alarido creciente y lastimero proferido por la Perdición, que contemplaba su propio fin y conocía el miedo y la desesperación que durante tanto tiempo había sembrado. ¡El sonido creció y creció hasta alcanzar una cima ensordecedora, convertido en un chillido miserable que desgarraba los oídos y entonces, al unísono, el espíritu del torrente y los Garou golpearon al monstruo! —

Canción de Víspera arrojó la jarra de güisqui al fuego. El recipiente se partió y el alcohol que aún contenía estalló en geiseres de llama y humo. Los Garou congregados se apartaron del fuego dando un respingo, con las facciones coloreadas de enfado o diversión. Siguieron risas y murmullos, mientras todo el mundo volvía a su sitio.

»Aquella misma noche, mientras el semblante de Luna iluminaba los cielos, Hija de la Lluvia y Nube de Muerte levantaron piedra sobre piedra la capilla a Serpiente del Agua que todos conocemos. Y al igual que Nube de Muerte recibió su nombre por la batalla librada en la cima de la montaña, este clan recibió el suyo por aquella justa batalla que limpió la tierra, cuando los espíritus acudieron en nuestro socorro y la noche se llenó con los lastimeros alaridos del Wyrm.

Mientras la fuerza del fuego remitía, los Garou se volvieron casi al unísono a mirar de nuevo a Nube de Muerte... y éste siguió sin dar señales de reparar en su presencia. Sombrío y ajeno, contemplaba los carbones anaranjados; como un anciano sordo, no parecía haberse percatado de que la historia hubiera llegado a su fin. Entre todos los presentes, era él a quien menos había sobresaltado el numerito de Canción de Víspera con la jarra. Entre todos los presentes, sólo él no parecía conmovido por la historia. Los demás lo observaban con miradas intensas Canción de Víspera esperaba expectante el aullido de aprobación de rigor pero el silencio se extendió y se hizo cada vez más profundo...

—¡Mentiroso! —rugió Arroyo Negro al tiempo que abandonaba el lugar en el que se agazapaba y salía a la luz—: ¡Mentiroso! —abandonó su rostro de hombre y dio rienda suelta a la desesperación y la rabia que nunca estaban muy lejos—. ¡No es el Wyrm quien aulla! —gruñó—. ¡Son los desposeídos, los atormentados! —dio una patada a las ramas del fuego y volaron carbones y chispas por todos lados—. ¡Lo hacen por Galia Hija de la Lluvia, la mejor de todos nosotros, que está muriendo! ¡Todo cuanto merece la pena salvarse se muere con ella pero ninguno de vosotros lo ve!

Varios de los Garou retrocedieron sobresaltados ante el inesperado estallido. Noche de Terror se adelantó con aire amenazante. Permanece Firme seguía impasible, alerta, casi curiosa.

Ladra-a-las-Sombras, quien había caído de espaldas, se echó adelante ahora y cogió a Arroyo Negro del brazo.

—No debes decir esas cosas —suplicó el Lunático con una voz que era casi un balido, presa del pánico. Arroyo Negro se lo sacudió de encima y abofeteó al Colmillo en plena cara.

—¡No hay consuelo aquí! —gritó—. ¡No estamos a salvo del Wyrm! No hay nada salvo...

El zarpazo de Nube de Muerte en la espalda del jorobado hizo que éste se

tambaleara. Se apartó del fuego dando tumbos... pero en su interior ardía otro fuego, ardía con peligrosa intensidad. Se preparó para saltar, pero la imagen de Nube de Muerte, altísimo, pintado de rojo por la luz parpadeante de las llamas, lo frenó en seco.

—Cuántos errores... —dijo Nube de Muerte en el fiero y sordo tronar de la lengua Garou—. Pero hay uno del que no puedo escapar. Todas mis hazañas, todos mis esfuerzos, no sirven de nada para limpiar una sola mancha en mi honor. ¡Daría *todas* las historias —dijo mientras se clavaba las garras en las palmas de las manos— por hacerte desaparecer, por limpiar la tierra de tu maldita presencia!

Aquéllos que estaban gruñendo a Arroyo Negro y a la conmoción provocada por éste en la fogata quedaron de repente en silencio. También quedaron inmóviles, completamente inmóviles. Pero para Arroyo Negro fue como si hubieran retrocedido kilómetros en la oscuridad. Alrededor del fuego no quedaba nadie más que Nube de Muerte y él mismo. Nube de Muerte era más viejo y no tan grande como Arroyo Negro pero la furia de Gaia y del mundo de los espíritus ardía en los ojos verdes del Theurge. Un millar de insultos y maldiciones acudieron a los labios de Arroyo Negro, palabras que había musitado para sus adentros y había escupido a su sire en la relativa seguridad de sus sueños incontables veces... pero frente al renombrado anciano, el coraje le falló. Enseñó los dientes, pero no dijo nada.

—¡Eres la señal de mi debilidad, cachorro! —confesó Nube de Muerte a la noche—. ¡No erraban nuestros ancestros, cuando aplastaban contra las rocas a aquellos como tú recién salidos de entre las piernas de sus madres! —durante un instante muy breve, los hombros de Nube de Muerte cedieron, su energía decayó, como si la mera mención de la madre de Arroyo Negro fuera demasiado para él. Pero casi al instante, un odio hirviente atizó la furia del macho alfa—. Márchate de este lugar de honor. Tú —le espetó— eres una desgracia. Estás muerto para mí, al igual que para la Madre.

Ambos Garou se irguieron sobre las gruesas pezuñas, preparados para atacar. Respiraban con rapidez, apenas a una palabra o una mirada de sucumbir a la furia incontrolada. En la fogata cedió un tronco y un ascua ardiente saltó por el aire. Tardó unos segundos en regresar deslizándose al suelo y para entonces, Arroyo Negro había desaparecido.

Capítulo siete

Las profundidades del bosque habían sido siempre un refugio para Arroyo Negro. El túmulo era un lugar de humillaciones y la ciudad no era mejor. Entre los humanos, sólo los niños señalaban o gritaban, pero los adultos lo seguían con miradas de lástima o una animosidad que no tenía fundamento. Qué tentador era en tales momentos ceder a su furia, arrancarles los ojos inquisidores de las caras. Si los humanos hubieran sabido lo cerca que los rondaba la muerte, o que si vivían era por la misericordia de Arroyo Negro...

Aquella noche, ni siquiera el bosque le proporcionaba consuelo. Saltaba sobre los troncos caídos y las rocas. Dejó que la furia del hombre lobo se apoderara de él y corrió, como tantas veces había hecho, tratando de purgar los violentos impulsos de su mente y su cuerpo. Pero aquella noche se resistieron al exilio y se aferraron a él con tanta determinación como la pesadumbre y el resentimiento siempre lo acompañaban. El mismo bosque parecía rechazarlo. Las enredaderas trataban de derribarlo; las ramas lo abofeteaban al pasar, como si quisieran arrancarle la sangre y partirle los huesos que tanto ofendían a la Madre. Las zarzas se engancharon en la manta que llevaba hecha un ovillo alrededor del brazo. En más de una ocasión sintió resistencia y escuchó el desgarrón de un trozo de tela que lo mismo podría haber sido un jirón de su carne. Los árboles sombríos eran tensos bigotes y él una garrapata engordada, o un virulento mosquito que había que aplastar para que no transmitiera su ponzoña.

A pesar de que después de tantos kilómetros le ardían los pulmones, siguió corriendo. A cada paso que daba, su corazón bombeaba furia por sus venas. Su rabia brotaba de una fuente que no se iba a secar, que no se podía secar. Todos los insultos y abusos de que había sido objeto desde los días y noches de su juventud, lo mismo por parte de humanos que de Garou, emergieron a la superficie en tropel. ¡Que el Wyrn se llevara a los humanos del pueblo, pues no eran nada para él! ¡Que el Wyrn se llevara a Nube de Muerte y al clan entero! ¡Nube de Muerte, su propio padre! Arroyo Negro no era el que había violado la letanía y sin embargo era él quien había de cargar sobre sus hombros el castigo de las tribus. Que Gaia lo aplastara si quería, pero que aplastara también a Nube de Muerte. Y a todos los demás. Habían pasado una vida entera rechazándolo; aquella noche sólo era la ruptura más abierta, más pública. No lo rechazarían más si *él* los rechazaba a *ellos*, si no se retiraba a rastras buscando su perdón y su aceptación.

Cuando al fin se detuvo, alzó el rostro hacia las estrellas que por derechos de nacimiento eran su legado y profirió hacia los cielos un aullido de angustia. Que Gaia lo aplastara si quería. Que la espesura se tragara su voz como si nunca hubiera existido. Cuánto mejor no sería el mundo de haber ocurrido así.

Pero Arroyo Negro no estaba solo. Su grito sobresaltó a otros moradores del bosque. Giró la cabeza al oír los ruidos que hacían las criaturas que se desperdigaban en todas direcciones. Husmeó el aire y captó su olor en apenas un instante: un ciervo, un venado y una liebre. Y en otro instante, estaba en movimiento, hundiendo las garras en la tierra, impulsándose con zancadas poderosas, rápidas como el rayo. La furia volvió a apoderarse de él mientras cruzaba el rastro de la liebre y seguía el del ciervo. Los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas y los gruñidos le retorcían la cara. Brotaba saliva caliente de su hocico y su aliento expulsaba chorros de vapor a la noche.

Alcanzó al ciervo rápidamente pero no atacó a la primera oportunidad. Por mucho que su corazón ansiase la sangre, esos últimos y escasos segundos en los que la presa estaba a la vista, *a su alcance*, eran lo más próximo a la paz, al equilibrio de espíritu y deseo que Arroyo Negro había conocido nunca. Saboreó la sensación durante un segundo entero, luego otro... y entonces el ciervo viró abruptamente.

Arroyo Negro volvió a aullar, esta vez de rabia. ¡Hasta las criaturas del bosque se mofaban de él! Cerró las garras y se mordió la lengua. La sangre manó espesa, le quemó la boca. Una neblina roja le oscureció la visión. Su corazón, latiendo con fuerza en los oídos, el pecho y el sexo, parecía a punto de estallar.

El ciervo volvió a virar y esta vez se introdujo en un barranco poco profundo. Arroyo Negro se encaramó de un salto a la pared más próxima. Antes de haber visto a su presa de nuevo, saltó desde allí. Atravesando un manto de ramas de espino, cayó con todo su peso sobre el lomo del ciervo. Las garras de Arroyo Negro le abrieron al animal la garganta antes de que cayeran dando tumbos en medio de una rociada de hojas y tierra levantada.

Sus colmillos terminaron lo que las garras habían comenzado y, cubierto de sangre, Arroyo Negro lanzó a la noche un aullido de victoria.

Después de haber sacado y devorado el corazón, Arroyo Negro se irguió sobre el cadáver del ciervo. Alzó las sanguinolentas garras sobre su cabeza y las bajó a continuación para trazar con los dedos la forma de Hermana Luna en su aspecto Ahroun. El ritual, más aún que la cacería o la muerte de su presa, calmó la furia de Arroyo Negro, lo alivió. Cuando sus manos regresaron a sus costados, casi respiraba con normalidad y el corazón no parecía ya a punto de estallar.

—Te doy las gracias, ciervo-en-la-noche, por tu sacrificio —dijo con voz casi ritual—. Por el presente de tu carne, que mi cuerpo sea fuerte al servicio de Gaia.

Se arrodilló junto al cadáver. Contempló los ojos ciegos del ciervo. A pesar de la oscuridad, se vio reflejado en su vidriosa superficie.

—Te doy las gracias, ciervo-en-la-noche, por tu sacrificio —dijo de nuevo. Cuando volvió a levantarse, el mundo a su alrededor había cambiado... o, más bien,

él había cambiado los mundos.

Seguía junto al cadáver del ciervo, pero éste era insustancial, menos real que el de Arroyo Negro; menos real aún que los efímeros y traslúcidos árboles que aparecían y desaparecían con un resplandor trémulo en aquel mundo, medidos por los vientos; mucho menos real que las estrellas que brillaban al rojo blanco en los cielos, tan próximas a él que casi le parecía que con sólo alargar las manos podría alcanzarlas.

Volvió a mirar los ojos muertos del ciervo y ya no estaban ciegos; siguió su mirada y allí encontró al espíritu de la espléndida bestia, erguido, alto y orgulloso, con el morro alzado y la cornamenta dirigida al cielo. Con una sacudida de la cabeza, el ciervo dispersó las estrellas, que tintinearón como cuentas de vidrio.

—Te doy las gracias, ciervo-en-la-noche, por tu sacrificio —dijo Arroyo Negro una tercera vez, tal como era apropiado—. Por el presente de tu carne, que mi cuerpo sea fuerte al servicio de Gaia.

Alzó las garras sanguinolentas, con las palmas hacia arriba, para que el espíritu pudiera llamar al viento de la muerte y las limpiara.

Pero el ciervo le dio la espalda. El viento de la muerte no vino y el cazador se quedó allí, impotente, con las garras manchadas frente a sí.

—¿Ciervo-en-la-noche...? —empezó a decir Arroyo Negro, pero no sabía cómo complacer al espíritu. ¿Acaso no había pronunciado las palabras rituales? ¿De qué otra manera podía apaciguar al espíritu agraviado? Su confusión endureció; se hizo un ovillo y se volvió sobre sí misma, como una serpiente que devorara su cola—. No te burles de mí, ciervo-en-la-noche —demandó. Ya lo habían rechazado de sobra aquella noche—. He dicho las palabras. Ahora llama al viento para que me limpie la sangre de las manos —el ciervo siguió sin mirarlo; no respondió—. ¡*Llámalo!*

Cuando Arroyo Negro alzó la voz, el ciervo trató de darse a la fuga... pero su cornamenta se había enganchado en las resplandecientes ramas; entre las estrellas que llenaban el firmamento. Se tambaleó, incapaz de liberarse.

El olor de la sangre que emanaba de sus manos enfureció a Arroyo Negro. El ciervo huiría sin haber llamado al viento de la muerte.

—¡Te está bien empleado! —gritó—. Bestia estúpida. Los árboles y las estrellas saben que estás siendo injusto. Llama al viento de una vez.

Se acercó, pero el ciervo espíritu se encabritó y lo atacó con los cascos. Uno de ellos golpeó a Arroyo Negro en la frente. Se tambaleó; retrocedió un paso. La visión se le enrojeció, nublada por la sangre que brotaba de la herida.

Arroyo Negro saltó sobre él.

—Debes llamar al viento. ¡Te liberaré y luego debes llamarlo!

El ciervo se debatió y trató de defenderse, aterrorizado por el olor de su propia sangre que brotaba de las garras de Arroyo Negro y el de la sangre que corría por el rostro del Garou. Los afilados cascos del espíritu golpearon a Arroyo Negro en el

pecho, los brazos y la cara. Pero no se apartó. Cuanto más se debatía el ciervo, más se le enredaba la cornamenta en las ramas. Las estrellas giraban alrededor de sus cuernos, cubriéndolos con un luminoso velo. El dolor y la furia de Arroyo Negro crecieron y crecieron hasta que al fin alargó los brazos, sujetó los cuernos y los partió.

El ciervo espíritu dejó escapar un gran grito de miedo y angustia... pero estaba libre. Se volvió y huyó, abandonando los pedazos de sus cuernos en las manos de Arroyo Negro.

—¡Debes llamar al viento! —gritó tras él. Lo hubiera seguido, le hubiera *obligado* a llamar al viento pero ahora los cuernos se habían convertido en enredaderas en sus manos. A pesar de que luchó con todas sus fuerzas y bramó de furia, no pudo liberarse de ellas. Y el ciervo espíritu se había marchado.

Si antes había corrido ciento cincuenta kilómetros, Arroyo Negro sintió que ahora corría otros tantos, retorciéndose y tirando y tratando de arrancar las enredaderas. Pero sólo cuando se hubo fatigado hasta la extenuación, sólo cuando la extenuación se hubo llevado su rabia, soltaron las enredaderas sus brazos. Se quedó allí de pie, jadeando y sin fuerzas, mientras la sangre goteaba de sus garras como si acabase de matar en aquel mismo instante, observado por los ojos vidriosos de la traslúcida carcasa del ciervo.

—El ciervo espíritu no va a llamar al viento para ti —dijo una voz.

Arroyo Negro se volvió y vio un lobo grande y magnífico: magníficamente feo, acaso la criatura más fea que Arroyo Negro hubiera visto jamás, más feo aún que él mismo. El lobo era colosal; como Lupus era tan alto como él mismo en forma de lobo hombre. Los ojos que lo estaban observando eran verde uno y castaño el otro. Su postura no era armónica; sus cuatro patas no parecían del mismo tamaño. Y su pelaje... su pelaje era lo más extraño y feo de todo.

El lobo era de muchos colores, pero no tenía manchas o franjas o patrones moteados. En lugar de esto, su pelaje parecía una labor de retazos obrada con trozos diferentes de múltiples colores, como si un millar de Garou hubieran compartido sus pelajes y una porción de cada una de ellas se hubiera cosido con torpeza sobre la carne de aquella horripilante criatura.

—El ciervo no va a llamar al viento de la muerte —dijo de nuevo y ladeó la cabeza, perplejo.

—Hasta los espíritus me escupen —musitó Arroyo Negro.

El lobo ladeó la cabeza en la dirección contraria y miró a Arroyo Negro.

—No —dijo. Sus palabras parecían atravesar una gran distancia antes de que pudiera pronunciarlas. Puede, pensó Arroyo Negro, que el cerebro y la lengua del lobo, al igual que su pelaje, provinieran de diferentes Garou y no estuvieran aún bien afinados—. Eres tú el que escupe al ciervo espíritu.

La confusión que parecía sentir el lobo resultaba contagiosa; Arroyo Negro se lo quedó mirando, sin comprender y no poco irritado.

—He dicho las palabras rituales —insistió—. Él debería haber llamado al viento para que me limpiara la sangre de las manos —extendió las garras manchadas de sangre como para probar lo que estaba diciendo.

El lobo lo miró y le miró las manos pero no respondió durante algún tiempo. Entonces dijo:

—Soy Meneghwo.

Arroyo Negro siguió mirándolo.

—Me alegro por ti. —¿Qué tenía eso que ver? Trató de quitarse la sangre de las manos, de limpiársela en las piernas, la hierba, la piel del ciervo muerto, pero fue en vano. Seguía habiendo sangre en sus manos y seguía mirándolo aquel lobo tan feo—. Yo soy Arroyo Negro —dijo al fin—. El Despreciado.

El lobo lo miró con intensidad y entonces dijo:

—¿Quién te desprecia, Arroyo Negro?

Arroyo Negro soltó un bufido.

—Todos me desprecian. Humanos, Garou, espíritus. Hasta la Madre Gaia estaría mejor si yo no existiera. ¿No te has dado cuenta? —giró sobre sí mismo para que su joroba, siempre visible, resultara más prominente.

—A mí no me parece tan fea —dijo el lobo. De nuevo pareció perplejo al escuchar la carcajada amarga de Arroyo Negro... o puede que fuera la diferencia de color de sus ojos y el ladeo de la cabeza lo que le prestara una apariencia de confusión—. ¿Tenías hambre? —preguntó.

—¿Que si tenía...? —Arroyo Negro volvió a reírse. El lobo parecía un poco lento de pensamiento pero al saltar de idea en idea era Arroyo Negro quien se veía obligado a seguirle el paso.

—¿Por qué has matado al ciervo? ¿Tenías hambre?

La pregunta fue como el contacto de la plata. Arroyo Negro se sintió tan avergonzado como si acabara de recibir una paliza de Ladra-a-las-Sombras. La pregunta pendió entre ellos como un aliento en invierno. El lobo esperaba pacientemente. Arroyo Negro hubiera podido mentir pero ¿qué sentido hubiera tenido?

—No tenía hambre —dijo—. Ya había comido con mi clan, esta misma noche.

El lobo husmeó el aire, sin preocuparse por lo que Arroyo Negro tenía que decir.

—Sígueme —dijo y a continuación se introdujo trotando en el bosque sin esperar a que Arroyo Negro asintiera. Las estrellas seguían bailando en el cielo pero ahora que el espíritu ciervo se había marchado, no parecían inclinadas a interferir con los Garou. A pesar de su tosca apariencia, el Lobo de Retazos se movía con destreza y rapidez por el bosque. En más de una ocasión, Arroyo Negro lo perdió de vista y sólo

por el olfato pudo seguirle el rastro por el paisaje de la Umbrá. Arroyo Negro corría más deprisa pero siempre parecía estar perdiendo terreno. Los períodos en los que dependía de su olfato para seguirlo se hacían más duraderos y cada vez veía menos al lobo. Estaba tentado de llamar a Meneghwo pero el orgullo no se lo hubiera permitido ni a una criatura como Arroyo Negro.

Justo cuando acababa de desechar la idea de hacerlo, estuvo a punto de tropezar con el lobo. Meneghwo estaba sentado con aspecto paciente, arrancándose con los dientes y el hocico una zarza que se le había enganchado en uno de los dispares retazos del pelaje.

—Estás equivocado —dijo Meneghwo.

—¿Qué? —Arroyo Negro acababa de recuperar el equilibrio y de repente le lanzaban aquella acusación fortuita...

—Yo no te desprecio —dijo Meneghwo—. Así que no *todos* te desprecian.

Arroyo Negro no tuvo tiempo de responder antes de que el lobo estuviera de nuevo en marcha. Arroyo Negro fue tras él, pensando mientras lo hacía en sus palabras. Si no despreciaba a Arroyo Negro era sólo porque no lo *conocía*, o no reconocía que la joroba de su espalda era una maldición... o porque, sencillamente, el lobo era tan estúpido como feo. Si pretendía haberlo confortado con sus palabras, no lo había conseguido.

Cuando Meneghwo volvió a detenerse, Arroyo Negro reconoció el lugar en el que se encontraban, pero no el camino por el que habían llegado. Estaban en el claro al que el clan del Claro Aullante debía su nombre, frente a la capilla de piedra erigida por Galia Hija de la Lluvia muchos años atrás. Las piedras estaban apiladas unas sobre otras, formando una especie de muro. Uno de sus extremos se sumergía en el agua del arroyo. Desde allí las piedras se dirigían siguiendo un camino sinuoso hacia el centro del claro y terminaban en una columna corta y retorcida: al menos, así era como se veía el muro en el mundo físico. Allí en la Penumbra, al otro lado de la Celosía espiritual, Arroyo Negro vio las piedras como habían de ser vistas.

Del arroyo emergía una colosal y sinuosa serpiente, cada piedra una escama de reptil que reflejaba el resplandor de Luna. En el centro del claro, la serpiente levantaba la cabeza unos pocos metros sobre el suelo. Serpiente de Agua tenía la boca abierta y en el interior de sus fauces se había posado con tranquilidad asombrosa una Búho espíritu. El ave no parecía preocupada por los venenosos colmillos que había debajo de sus patas ni parecía estar obligando a la serpiente a mantener la boca abierta. El cuerpo de la serpiente se retorcía y la Búho, muy tranquila, observaba a Arroyo Negro y Meneghwo. Entonces habló:

—Tráemela —dijo. Arroyo Negro lanzó una mirada dura al ave espíritu porque había hablado con una voz que le era tan familiar como la luna y las estrellas le eran al cielo: la voz de Galia—. Tráemela —volvió a decir el espíritu.

Arroyo Negro no entendió; no era un Theurge, conocedor por nacimiento de los caminos del mundo espiritual. No sabía cómo habían logrado el feo lobo y él llegar hasta el claro sin pasar por lugares que hubiera reconocido, aun en la Penumbra; además, no habían recorrido ni de lejos la distancia que él mismo había atravesado antes corriendo. No sabía cómo era posible que Búho hablara con la voz de Galia. Pensó en preguntar a Búho pero decidió que por aquella noche ya había enfurecido lo bastante a los espíritus. Hizo lo que el pájaro le pedía.

Sus pasos lo llevaron por lugares que le eran conocidos pero que parecían diferentes a lo que estaba acostumbrado. Él había nacido en aquel claro, había convivido con el mundo espiritual todo el tiempo, aunque nunca se había sentido a gusto en él. Las vetas de color plata y violeta que temblaban bajo la superficie de la tierra lo inquietaban; las estrellas que danzaban sobre su cabeza lo ponían nervioso; la gigantesca y retorcida serpiente y el ave espíritu que descansaba en el interior de sus fauces resultaban más que ominosas. Y sin embargo aquel lugar, tanto como el que más, era un lugar de los Garou. Puede que Arroyo Negro se encontrara allí más cerca de casa de lo que hasta entonces hubiera comprendido... pero no, de haber estado los demás allí, se hubieran burlado de él y el lugar se habría vuelto igual que otro cualquiera. ¿Acaso no le había dado la espalda el espíritu ciervo?

Arroyo Negro no lo había preguntado pero sabía a quién se refería la Búho con la voz de Galia. Fue al lugar en el que había estado a primera hora del día: la caverna bajo la roca. Sólo que ahora no había ninguna roca. Únicamente la abertura, como una tumba poco profunda. Y en ella yacía Galia Hija de la Lluvia.

Que pudiera verla, tocarla, era un completo portento. Se había alejado mucho del otro mundo, tanto que casi estaba por entero en el mundo del espíritu. Arroyo Negro se inclinó para cargar su cuerpo lupino y fue como la nada para él. Tan liviano, tan frágil. No podía ser la misma mujer fuerte que lo había dado a luz. *Aquella* era su recompensa: pudrirse y marchitarse hasta morir. Ojalá hubiera podido tomar su lugar para que ella pudiese seguir viviendo. *Él* debería ser el que sufriera y muriera. Él, maldito de Gaia, era el que nunca hubiera debido nacer.

Enterró el rostro en el pelaje de Galia y sollozó. Su corazón seguía latiendo. Débilmente. Su respiración era tan superficial como su tumba. Pero aun tan enferma como estaba, a pesar de que el lustre de su pelaje se había apagado y apenas le quedaba carne sobre las costillas, seguía siendo una loba preciosa.

Arroyo Negro la llevó hasta la capilla. Serpiente de Agua y Meneghwo seguían donde los había dejado.

—Tan pocos son los que escuchan mis consejos estas noches... —dijo Búho—. Tú eres uno de los últimos.

Arroyo Negro estaba avergonzado. Las lágrimas de su rostro eran tan cálidas como la sangre que sentía aún entre las garras. Había agraviado a los espíritus aquella

noche, había agravado al ciervo y a pesar de ello Búho le hablaba con amabilidad.

—La furia y el odio no son la misma cosa, joven lobo —dijo Búho—. Debes servirte de la primera sin sucumbir al segundo.

Arroyo Negro trató de escuchar las palabras de Búho pero la voz del espíritu adquirió una nota distante y vaga, como si el mundo entero estuviera de pronto vacío. Y el tono de la voz de su madre después de una ausencia tan prolongada le devolvió todo el dolor de su pérdida y le arrancó renovadas lágrimas a su rostro. Entonces Arroyo Negro advirtió que, mientras él seguía de pie junto a la temblorosa serpiente, Galia Hija de la Lluvia se agitaba entre sus brazos. Abrió los ojos; trató de formar palabras, de gruñir, pero no pudo reunir las fuerzas necesarias.

Mientras las lágrimas de Arroyo Negro le caían sobre el pelaje, olisqueó el aire; su lengua salió del hocico. Y entonces empezó a lamer a Arroyo Negro, a lamer sus manos y la sangre del ciervo-en-la-noche que aún las manchaba. Antes él no había podido quitársela, pero ahora ella lo hacía, lo limpiaba. No se detuvo hasta que la sangre hubo desaparecido por completo. Parecía haber recobrado las fuerzas gracias a la sangre del ciervo. Le habló a su cachorro:

—Mi Ónice —dijo con voz débil—. Mi precioso Ónice.

Arroyo Negro la estrechó contra su pecho; una vez más, volvió a enterrar el hocico en su calidez. Galia aspiró una vez de forma temblorosa y no dijo nada más. Por un momento, Arroyo Negro temió lo peor pero aún podía notar los tenues latidos de su corazón, sentía su trabajosa respiración. Sus palabras, muy parecidas a las de Búho, resonaban una vez tras otras dentro de Arroyo Negro. «*Mi Ónice. Mi precioso Ónice*». Alzó el rostro hacia el cielo y profirió un aullido y las estrellas bailaron siguiendo el ritmo de las palabras de Galia. *Mi Ónice. Mi precioso ónice*.

En algún momento, Arroyo Negro advirtió que el claro estaba en silencio. El único sonido era el de las palabras en su mente. Levantó la mirada y vio que Búho y Meneghwo lo estaban mirando y había otro que lo miraba también: Balthazar Caminante del Espíritu estaba allí, con los brazos en jarras, la mirada fría e impávida. Era tan alto como Arroyo Negro pero más delgado, con unos músculos fibrosos, más dotados para la velocidad y la resistencia que para la fuerza desnuda.

¿Por qué, se preguntó Arroyo Negro, aquel Caminante había venido al clan y se le había permitido ocuparse de Galia? No había abandonado su lado un solo momento, cierto, pero ¿por qué recibía tanto respeto? Se le erizó el pelaje.

—Aún no está preparada para ti, buitre —dijo.

Balthazar no dijo nada y se limitó a extender los brazos para que Arroyo Negro pudiera entregarle a Galia. Arroyo Negro miró a Búho y, con el más lento de los movimientos, el ave espiritual asintió. Arroyo Negro frunció el ceño pero depositó con mucha delicadeza a Galia en los brazos de Balthazar.

—Te he sentido con nosotros —dijo Balthazar—. Y entonces ella ha hablado...

ha tratado de hablar. Está muy débil y apenas le queda aliento.

—Ya la he oído —dijo Arroyo Negro. Arrugó el rostro tratando de contener las lágrimas. No quería llorar delante de aquel Garou arrogante. Pero estuvo a punto de no conseguirlo.

—La llevaré de vuelta —dijo Balthazar.

De nuevo, Arroyo Negro miró a Búho, y de nuevo el espíritu asintió. Balthazar se volvió y se llevó a Galia. El Wyrn hubiera podido arrancarle a Arroyo Negro el corazón del pecho en aquel momento y el metis no se hubiera dado cuenta.

—Son tan pocos los que siguen mis consejos estas noches... —dijo Búho de nuevo—. Tú eres uno de los últimos.

Y entonces desapareció.

Serpiente de Agua era de nuevo una colección de piedras, un muro que se extendía entre el arroyo y la columna, cuando Meneghwo le puso una mano en el hombro.

—Te llevaré de regreso —dijo el Lobo de Retazos.

De regreso. Arroyo Negro se dejó llevar. Tenía el corazón entumecido de angustia. Sabía que era preferible que abandonara aquel lugar; si Balthazar había sentido su presencia, otros podían sentirla también. Nube de Muerte podía hacerlo. Pero no era prudencia lo que impulsaba sus pies, sino más bien falta de voluntad de resistir. En lo que se le antojaron apenas unos pocos pasos, Meneghwo y él volvieron a estar junto al cadáver del ciervo.

Arroyo Negro extendió las manos, ahora limpias de sangre, hacia el ciervo muerto.

—Te pido que me perdones —dijo—. Te maté cuando no había necesidad. No por hambre sino por odio.

El cuerpo del ciervo no se movió; su espíritu no regresó ni dio muestras de haber escuchado las palabras. Pero entonces lenta, muy lentamente al principio y luego cada vez más deprisa, la carcasa empezó a cambiar: a oscurecerse y endurecerse. Hasta que se hizo de piedra. Un ciervo inmóvil para siempre, con la garganta y el pecho destrozados.

Arroyo Negro contempló la gracia de los espíritus y sintió hondamente que no era digno de ella. Buscó a su alrededor hasta encontrar los fragmentos rotos de la cornamenta, envueltos aún en un brillante resplandor de estrellas. Recogió el más afilado de ellos y se lo clavó en el pecho para ofrecerle su sangre a los espíritus y que pudieran perdonarle sus pecados.

Meneghwo, apenas a un paso de distancia, apretó la frente contra el rostro de Arroyo Negro, y cuando el feo espíritu se apartó, tenía el rostro manchado de sangre, como si el metis Jorobado que tenía delante le hubiera prestado uno de los retazos de su pelaje.

—No siempre es necesaria la sangre —dijo el lobo mientras sacudía la cabeza con tristeza—. No es necesaria.

Y entonces Arroyo Negro se quedó solo en el bosque, muy lejos del firmamento cuajado de estrellas.

Capítulo ocho

Kaitlin se había equivocado al pensar que no volvería a tener hambre. Para cuando su dedo dejó de sangrar, estaba famélica. Se había lavado la herida con jabón y entonces había empezado a sangrar de nuevo, lo que probablemente fuera una suerte, puesto que no había desinfectante en la casa. La hemorragia, mientras no fuera demasiado importante, impediría que le entrara suciedad en la herida. Tampoco tenía vendas ni tiritas, así que se anudó un trozo de una bolsa de papel alrededor del dedo y se lo ató con una cinta de goma. Tuvo que añadir nuevas tiras de papel a la primera hasta que la sangre dejó de supurar.

Durante todo este tiempo, ignoró los gruñidos de su estómago. Estaba acostumbrada a pasar hambre, a estar varios días sin probar bocado. Hasta que no se levantó de la mesa de la cocina y estuvo a punto de sufrir un ataque de vértigo no decidió que necesitaba tomar algo. Pronto. Pero el sol estaba ya muy bajo en el cielo del atardecer y después de lo que había visto la pasada noche y aquel día, nada en el mundo la obligaría a salir al pueblo tras la puesta de sol. La mesita de la cocina no era especialmente sólida pero por suerte Kaitlin no era alta ni pesada; se aferró a ella unos pocos segundos hasta que el mundo pareció enderezarse de nuevo. Después decidió subir al piso de arriba y meterse en la cama. Así había pasado la mayor parte de sus últimas semanas en la ciudad —acurrucada bajo las mantas, a salvo del mundo exterior o al menos negando su existencia— y la primera semana después de mudarse.

Tenía gracia —gracia *perversa*, no gracia *divertida*—, siempre había pensado que los monstruos que en un primer momento la habían obligado a apartarse del mundo eran demasiado humanos. Cuando había empezado a ver a los sobrenaturales, como ella los llamaba, se había sentido... intrigada. Perturbada pero al mismo tiempo fascinada. Estaba viendo cosas que no hubieran debido de estar ahí, que no hubieran debido de *existir*: resplandecientes figuras espectrales, cadáveres andantes, demonios en el interior de gente inocente. Y sin embargo, después de que la conmoción inicial hubiera remitido, quedaba siempre la curiosidad. Sí, algunas de las criaturas resultaban más aterradoras que otras, pero Kaitlin quería saber por qué estaban ahí y de dónde habían venido, y cuanto más atención ponía al mirar, más descubría sobre ellas.

Curiosidad. No se había percatado entonces, pero Kaitlin había empezado con dos ensayos en su contra —era una adolescente y hasta entonces había vivido una cómoda y segura existencia en los suburbios y estos dos factores le habían hecho pensar que era invencible— y su curiosidad había marcado el tercero. Su observación de los sobrenaturales la había llevado cada vez más hacia el interior de las ciudades: Detroit, en ocasiones Iron Rapids. Los espíritus parecían mucho más activos allí que

en los apacibles callejones sin salida de los suburbios. Ella sabía que aquellos lugares no eran seguros, y menos para una joven sola durante la noche. Visto con perspectiva, aquélla era la parte que más la enfurecía: había *tratado* de tomar precauciones. No había dejado que su madre o su hermano supieran lo que estaba haciendo, por supuesto. Pero había conseguido que otras personas, amigos o conocidos, la acompañaran en sus extrañas incursiones en la ciudad.

Entonces, una noche, había salido con unos amigos de su primo Clarence. Clarence no era tan pipiolo como ella; de hecho, había pasado algún tiempo en prisión. Sus amigos habían aceptado con mucho gusto llevarla a la ciudad, con tanto gusto que la habían arrastrado a la parte trasera de su camioneta y allí la habían violado entre todos.

Al regresar a casa —la habían arrojado en la calle y un amable y paternal taxista la había llevado gratis a su casa— Kaitlin se había arrastrado hasta la cama y se había negado a salir. De repente, al considerar lo que la gente normal era capaz de hacer, los sobrenaturales parecían insignificantes. Se volvió prácticamente catatónica y los días empezaron a confundirse con las noches... Unas pocas semanas más tarde, cuando la insistencia de su madre por saber lo que estaba ocurriendo se había vuelto insoportable, Kaitlin había escapado. Y a qué otro lugar podía ir salvo de regreso a la ciudad.

Al recordarlo ahora se daba cuenta de que había sido una auténtica locura pero en aquel momento nada parecía tener sentido. Por espacio de casi dos años, lo mismo podría haber sido uno de los cadáveres ambulantes, porque había estado tratando de matarse. De hecho lo hubiera conseguido de no ser por Clarence. Había dado con ella tras casi veinte meses de drogas y prostitución, había estado a punto de matarla de una paliza y se la había llevado a la fuerza.

De vuelta a casa, se había retirado de nuevo a su cama. Poco tiempo después había cumplido los veintiuno, la cifra mágica y con ella el acceso al fondo fiduciario que su padre había establecido antes de morir.

Eso había sido justo dos años atrás, dos años que había pasado sin apenas ver o cruzar palabra con otro ser humano. Después de eso, otra noche sintiendo hambre y un miedo vago e insidioso parecía casi algo natural.

Despertó con las primeras luces. Se estaba tan calentito en la cama y el exterior era tan frío y ominoso que tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse. Pero sabía que tenía que conseguir algo de comer. Podía negar las visiones, cerrarse a ellas, pero sólo si era lo bastante fuerte; si su resistencia menguaba, la abrumarían y entonces la depresión y la paranoia volverían a apoderarse de ella. No había punto medio entre la curiosidad y la desesperación. O trataba de abordar al mundo o no lo hacía y las cosas que había empezado de nuevo a ver la empujaban por la solitaria senda de la

desolación.

Aquella mañana su mente y su cuerpo parecían estar en letargo: demasiada poca comida, demasiados monstruos acechando tras los muros de su casa. Sin embargo se puso la parka, se envolvió con la bufanda, metió las manos en los bolsillos y abandonó la seguridad de su hogar. El viento parecía disfrutar fastidiándola. Soplabla por debajo de su capucha y hacía que le hormigueara la punta de la nariz: trataba de retenerla, soplando contra ella de tal manera que tuvo que inclinarse y estuvo a punto de caer de bruces al suelo. La capa de nubarrones invernales era tan densa y opresiva que impresionaba. Kaitlin deseó haberse mudado a Florida. Había oído que allí nunca hacía frío ni estaba nublado. No había invierno. Sólo brillante luz de sol durante todo el año y naranjas creciendo en el piso de atrás y Disney World. Pero aquel lugar era lo más lejos que había logrado llegar desde Detroit. Se sentía vieja y cansada. Lo más probable era que nunca llegase más lejos.

Se mantuvo en el otro lado de la carretera de la Casa del Barril de Murphy y sólo miró el edificio una vez. Parecía vacío, por supuesto. La mitad de las noches el dueño no se molestaba en abrirlo. Kaitlin nunca había visto a nadie allí por las mañanas. De los kilómetros que la separaban del pueblo, sólo temía los primeros cientos de metros, los que tenía que pasar junto a aquel lugar.

Al cabo de poco tiempo, se levantó una neblina y empezó a llover. Kaitlin nunca hubiera dicho que la temperatura estaba por encima de cero grados pero parecía que era así. Hubiera preferido caminar bajo la nieve que hacerlo con aquel calabobos, tan frío que le drenaba todo el calor y las fuerzas desde el exterior mientras el hambre hacía lo propio desde el interior.

Lejos ya del bar, cruzó la calzada para seguir por el lado izquierdo de la carretera. El arcén no tardó en volverse resbaladizo y como además estaba lleno de barro, prefería caminar por el pavimento salvo cuando pasaba alguna camioneta arrojando una llovizna de barro en dirección a su cara. Algunas veces el vehículo se hacía a un lado de modo que Kaitlin no tenía que salir de la carretera y meterse en la porquería; otras veces no lo hacía y hasta en ocasiones el conductor frenaba y bajaba la ventanilla para gritarle algo o escupir. El aislamiento de aquel tramo de carretera y el peligro potencial en el que se ponía sólo por ir caminado al pueblo eran hechos que a Kaitlin no se le escapaban. No todos los monstruos que había en el mundo eran los que revelaba su visión especial. Ni de lejos. Pero con el tiempo había terminado por decidir que renunciar a la capacidad de redención de la humanidad equivalía a no volver a salir jamás de la cama. Aunque pudiera ignorar y negar el mundo sobrenatural, no podía hacer lo mismo con el resto de la creación. No si quería seguir viviendo. Ya había recorrido aquel camino antes; no estaba preparada para volver a hacerlo. Así que hacía lo que podía por seguir poniendo un pie delante del otro, por evitar que la atropellasen los coches o los camiones que pasaban y por recordar que

todas aquellas incomodidades —el mal tiempo, la soledad, el hormigueo en la nariz, el frío en los dedos de manos y pies— eran señales de que estaba viva.

Cuando uno entraba en el pueblo de Winimac desde el sur, el primer hito con que se encontraba era el campanario de la iglesia luterana. No era especialmente alto ni espectacular, pero tampoco Winimac era espectacular, ni llamativo en absoluto. La sólida cruz de piedra se le antojaba a Kaitlin perfectamente apropiada para la impasible y austera población. No sentía lo mismo por la orgullosa y esbelta cruz que coronaba el campanario de la iglesia baptista, situada al otro lado del pueblo —que era como decir a cien metros de distancia y en la misma calle—. Kaitlin no estaba segura de ello, pero pensaba que tal vez fuera que la aguja de la iglesia baptista le recordara de manera inconsciente a una jeringuilla y le trajera desagradables recuerdos de sus días de adicción. Había tratado de no pensar demasiado en los baptistas, habida cuenta de que la parcialidad de su perspectiva no era culpa de ellos.

Entre las dos iglesias que formaban su portada y contraportada, el pueblo consistía en una serie de casas en buen estado, una ferretería que hacía además las veces de oficina de correos y dos compañías de seguros. El humo de las estufas de leña pendía a baja altura sobre Winimac, sumado al gris de la mañana e impidiendo que se percibiera ningún otro olor. Kaitlin entró tambaleándose en la tienda, como uno de los cadáveres de la ciudad que había abandonado. Una campanilla sobre la puerta la saludó con alegría. Casi al instante empezó a sudar por el calor que hacía allí dentro. Una mujer con un cigarrillo en la boca se sentaba a una mesa situada cerca del mostrador y la cajera, otra mujer de mediana edad que también estaba fumando, se apoyaba en la caja registradora. El silencio expectante de una conversación interrumpida por la llegada de una extraña pendía en el aire. Kaitlin apenas les prestó atención. Su mirada se posó en la silla vacía que había junto a la mujer de la mesa. Se dejó caer sobre ella sin ser invitada. Los casi nueve kilómetros que había desde su casa no eran tanto pero aquella mañana no se sentía muy en forma. Parecía que nunca se sentía así cuando tenía que venir al pueblo; hacía falta la amenaza de la inanición para obligarla a aceptar la compañía de los habitantes de Winimac.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó la mujer de la mesa.

Kaitlin no respondió. Su mirada estaba fija en la mesa y no se volvió hacia ninguna de las mujeres. La voz sonó como si hubiera llegado desde el otro lado de la habitación, a pesar de que no se encontraba ni a un metro de la mujer. El calor que hacía en la tienda y el humo de los cigarrillos estaban amenazando con ahogarla. Se concentró en respirar, sin apartar los ojos de la mesa mientras los bordes de su campo de visión empezaban a volverse borrosos.

—¿Cielo?

—Estoy bien —dijo Kaitlin al fin—. ¿Le importaría echar ese humo en otra

dirección?

La mujer dejó de respirar. Kaitlin oyó cómo aspiraba, conteniendo apenas un jadeo de sorpresa y desaprobación... y luego nada durante unos segundos que lo mismo podrían haberse extendido durante horas. Se frotó los ojos. Quería que se le aclarara la visión. Sin necesidad de volverse hacia ellas podía sentir las miradas desaprobatorias de las dos mujeres. Sintió la tentación de tirar al suelo el cenicero lleno de colillas. ¿Qué estaban mirando? ¿Es que nunca habían visto a una persona cansada y hambrienta y que no quisiera que la ahogaran con humo de cigarrillo? ¿Es que la odiaban por ser negra? Debían de ser baptistas, pensó, pero al instante se arrepintió de aquel sentimiento tan poco caritativo. Puede que allí hubiera un punto de encuentro.

—Mi mamá era baptista —dijo con todas las fuerzas que pudo reunir.

La confusión de las mujeres no disminuyó la hostilidad que sentían hacia ella. Kaitlin se abrió la parka y aspiró profundamente a pesar del humo. Sólo quería descansar un segundo para poder comprar su comida y marcharse. ¿Es que las mujeres no podían entenderlo y dejarla tranquila?

El alegre tintineo de la campanilla la salvó. Las mujeres dirigieron su atención hacia la puerta y el humo se apartó de ella. Una bocanada de aire frío llegó hasta la mesa.

—Vaya, buenos días, señor Robesin —dijo la cajera.

—Buenos días, Lois —dijo el cliente con tono casi tan alegre como el de la campanilla.

—¿De compras para su señora?

—Sólo unas cosillas —dijo. Parecía avergonzado.

Kaitlin utilizó la momentánea distracción de las mujeres para recomponerse. Se apartó de la mesa. La silla hizo un chirrido horrible sobre el suelo de cemento pero ella se dirigió hacia los estantes, ignorando a las mujeres y al cliente. Sólo veía sus zapatos.

La tienda era demasiado pequeña y los pasillos demasiado estrechos como para permitir el uso de carritos. Kaitlin se acercó al estante de la pasta.

—Espero que hayas repuesto los macarrones con queso —oyó que le decía a Lois la otra mujer.

Kaitlin alargó las manos hacia las cajas azules y amarillas, sin prestar atención a las pocas que tiraba al suelo al hacerlo. Perdió la cuenta en algún momento alrededor de las diez cajas, pero estaba segura de que Lois no la dejaría llevarse más de las que podía pagar. Antes de que tuviera los brazos completamente cargados, pensó en comprobar que se había traído los quince dólares. Mientras extendía la mano hacia el bolsillo, todo se puso negro.

—¿Chica? —la voz estaba muy próxima, pero algo andaba mal en el rostro, vio Kaitlin al abrir los ojos. La nariz no estaba donde debía... no, toda la cara estaba vuelta en la dirección equivocada—. ¿Chica? ¿Estás bien? ¿Me oyes?

Kaitlin asintió. Lo oía. Del resto no estaba demasiado segura. Aquel hombre de gafas y cabeza lustrosa la estaba mirando, arrodillado sobre ella. Estaba tirada en el suelo, comprendió.

—Yo...

—Has... has perdido el conocimiento... creo. Te has desmayado —le dijo con expresión preocupada y acongojada—. ¿Puedes incorporarte? —la ayudó a sentarse.

—¿Pido una ambulancia? —preguntó Lois desde la parte delantera de la tienda—. El condado de Missaukee tiene unos servicios sanitarios de primera. De primera.

—El sobrino de Ida Hawkin trabaja en el equipo de asistencia —dijo la otra mujer.

—Ya —asintió Lois—. ¿Llamo a una ambulancia? Voy a llamar a una ambulancia...

—Estoy bien —murmuró Kaitlin.

—Eh... dice que está bien, Lois —dijo el hombre en dirección al mostrador—. No creo que haga falta que...

—¿Cómo? —dijo Lois—. ¿Está seguro de que no deberíamos llamar a la ambulancia? Los paramédicos son de primera.

—Eh... no creo...

—Estoy bien —gruñó Kaitlin mientras empezaba a imaginar sirenas y luces y camiones de bomberos y ambulancias.

—Eh... se encuentra bien, Lois. No es necesario que llames.

—¿Está seguro?

El hombre titubeó y bajó la mirada hacia Kaitlin. Ésta asintió.

—Estoy seguro —dijo—. Se encuentra bien.

—Muy bien —cedió Lois—. Si usted lo dice...

—El sobrino de Ida Hawkin está en el equipo de asistencia —dijo la otra mujer—. Sobrino por matrimonio. Por el lado de Danny.

—Son de primera —dijo Lois para demostrar que la situación estaba bajo control.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó el hombre, en voz más comedida esta vez para no volver a alentar el debate con Lois.

Kaitlin asintió y empezó a levantarse. Él la ayudó. El hombre, el señor Robesin, parecía superar de largo la cuarentena. Sus gafas eran de un modelo pasado de moda hace más de diez años y su camisa blanca de traje, su corbata azul y su cazadora a juego apestaban a ejecutivo de nivel medio de empresa industrial. De hecho, en el bolsillo delantero de la cazadora había un pequeño logotipo que rezaba «AgriTec».

—¿Estás enferma? —preguntó mientras se frotaba la cabeza, su rasgo más

prominente, que el pelo había abandonado hace bastante tiempo.

—No, no estoy enferma —dijo Kaitlin, que empezaba a sentirse un poco molesta—. O sea, muchas gracias y eso, pero... —en aquel momento su estómago emitió un rugido tan horrible, contenido y retumbante que fue un verdadero milagro que Lois y su amiga no interrumpieran la conversación que estaban manteniendo en la parte delantera de la tienda—. Es que hace mucho que no como.

Por vez primera, el señor Robesin pareció reparar en las numerosas cajas de macarrones con queso que yacían desperdigadas por el suelo, a su alrededor.

—¿Es eso lo que comes? —preguntó, un poco incrédulo.

—A veces.

El hombre examinó el estropicio de cajas durante unos segundos más.

—Mira, ¿por qué no vas a sentarte mientras yo te cojo algunas cosas?

—Oiga, no necesito...

—Lo sé. Sé que no lo necesitas —dijo mientras la llevaba del brazo hacia la mesa—. Pero a mí me gustaría ayudar.

Kaitlin no tenía la fuerza de ánimo o cuerpo necesarias para resistirse mientras él la conducía hasta la parte delantera de la tienda. Lois y su amiga volvieron a perder el hilo de su conversación. Parecían escandalizadas, como si el hombre blanco de mediana edad y la joven negra se hubiesen desnudado y hubiesen empezado a fornicar allí mismo, en el centro de su tienda. El señor Robesin llevó a Kaitlin hasta la silla que había junto a la mesa de la amiga de Lois.

—Lois, ¿te queda algo de sopa caliente en el mostrador de los perritos calientes? —preguntó—. Ponle un plato, por favor —empezó a caminar entre la comida envasada pero se detuvo—. ¿Eres vegetariana? ¿No serás vegetariana...? —preguntó a Kaitlin.

Ésta sacudió la cabeza.

—No.

—Lois, ¿qué tal un poco de tu sopa de verduras y carne? Lois prepara la mejor sopa de verduras y carne del mundo —y a continuación dio la vuelta y empezó a coger cosas de las estanterías. De tanto en cuanto descargaba en el mostrador y regresaba a por más—. ¿Tienes un abrelatas? —le preguntó—. No serás alérgica a los cacahuets, ¿verdad?

El elogio que el señor Robesin había hecho de la sopa de verduras de Lois la había aplacado en parte pero después de traerle a Kaitlin un cuenco de sopa, ninguna de las dos mujeres volvió a decir palabra. Observaban a Kaitlin u observaban al señor Robesin, con una mueca de desaprobación en el rostro y un cigarrillo entre los labios.

Finalmente, el señor Robesin regresó al mostrador con las últimas cosas.

—¿Qué te debo, Lois?

—¿Se ha acordado de coger *sus* cosas? —preguntó ésta.

Tras aquel despliegue de actividad y confianza, la timidez del señor Robesin volvió a hacer acto de presencia.

—Oh, tienes razón —desapareció en el fondo de la tienda y regresó con un cartón de huevos y una caja de tampones—. Eh... cóbralo todo junto. Y la sopa.

Aún tardó algún tiempo en cargar la compra en su coche y para entonces Kaitlin ya se había terminado la sopa. Mientras salían, el señor Robesin se detuvo un momento para despedirse de Lois, quien, junto con su amiga, los estaba observando llena de curiosidad estupefacta.

—No tenía por qué hacer esto —dijo Kaitlin cuando estuvieron en el coche y en camino.

—Lo sé —dijo el señor Robesin—. Sé que no. Pero quería ayudar. Tengo dos hijas. Son más jóvenes que tú. Pero me gustaría que alguien las ayudara si alguna vez lo necesitan.

—Yo no lo *necesitaba*.

El señor Robesin guardó silencio durante varios segundos.

—Eh... ¿dónde vives?

Kaitlin suspiró. Necesitara ayuda o no, no iba a despreciar un maletero lleno de comida y desde luego no podía llevársela andando hasta su casa.

—Por ahí.

No cruzaron una sola palabra durante los minutos que tardaron en llegar. Kaitlin supuso que su benefactor estaría asustado. O puede que no fuera un benefactor.

Puede que pensase que había encontrado una pobre chica negra y que creyese que con sólo comprarle unas cuantas cosas ella fuese a dejar que se la follara en cualquier parte. Casi al instante se sintió avergonzada por haber pensado cosas tan crueles sobre él. No le había dado razón alguna para desconfiar de él... aún no. No se estaba comportando mejor que las mujeres de la tienda. Lo menos que podía hacer era darle el beneficio de la duda. No obstante, seguía sin gustarle la idea de enseñarle a un completo extraño dónde vivía.

Cuando accedieron a la entrada cubierta de maleza de la casa de Kaitlin, decidió que tenía que ser educada, al menos hasta que él le diera razones para dejar de hacerlo.

—¿Qué edad tienen? —preguntó, un poco renuente—. Sus hijas.

—Catorce y once —pensar en ellas le hizo sonreír—. Cuando quieres darte cuenta, ya se han hecho mayores.

Aquella era toda la charla intrascendente que Kaitlin podía permitirse, hasta con un plato de sopa en el estómago. Pero se sentía mejor y el señor Robesin parecía un poco más cómodo. Descargaron las cosas, una bolsa detrás de otra. Kaitlin no creía haber visto tanta comida junta en toda su vida, aparte de en las tiendas: cajas y latas y manzanas y naranjas. Cuando todas las bolsas estuvieron reunidas en la cocina, que

de repente parecía atestada, el señor Robesin regresó a su coche. Kaitlin lo siguió casi sin darse cuenta; estaba perpleja por aquel acto inusitado de caridad, pero una sombra de desconfianza, recuerdo de su pasado, permanecía en el fondo de su mente.

—No puedo pagarle por esto —dijo.

—No te he pedido que lo hicieras.

Kaitlin frunció el ceño. Casi hubiera preferido que aquel silencioso blanco tratara de aprovecharse de ella: de ese modo encajaría mejor en su visión del mundo. Pero él se limitó a sonreír y abrió el coche.

—Si quieres un empleo —dijo—, soy el director de la incineradora que hay en la carretera 30.

—¿Qué quiere decir?

—Un empleo. Si quieres uno. Empezarías con el sueldo mínimo. Trabajo de oficina, más que nada. Archivar y cosas de ésas. ¿Sabes escribir a máquina? —Kaitlin sacudió la cabeza—. Bueno, siempre puedes aprender.

Kaitlin cruzó los brazos.

—¿Por qué está haciendo todo esto?

—Como ya te he dicho, me gustaría que alguien se ocupara de mis hijas algún día si llegan a necesitarlo. Es lo menos que puedo hacer.

—Lo menos que puede hacer es nada.

El señor Robesin se echó a reír.

—Supongo que tienes razón.

—Pero... gracias —dijo Kaitlin. Eso pareció sorprenderlo. Ella sonrió—. Pensé que un hombre que le compra los tampones a su mujer no podía ser demasiado malo —el señor Robesin enrojeció visiblemente—. No necesitaba los huevos, ¿verdad? —preguntó Kaitlin.

El señor Robesin sacudió la cabeza, avergonzado de nuevo.

—No. Sólo...

—¿Dónde está esa incineradora? —preguntó Kaitlin, que había decidido dejar que saliera ileso del asunto de los tampones.

El señor Robesin pareció aliviado.

—Al oeste del pueblo, en la carretera 30. Si vas por ahí —señaló en la dirección por la que habían venido, más allá del bar— y coges la primera a la izquierda en la carretera de Dairy Hill y sigues por la izquierda donde se une a la 30, está a poco menos de un kilómetro. Probablemente más cerca que el pueblo desde aquí. O más o menos lo mismo.

—Lo pensaré —dijo Kaitlin. Se quedó en el porche mientras el señor Robesin se marchaba.

De pie en la cocina, que ahora estaba prácticamente atestada de provisiones,

Kaitlin se sentía como si le faltara el equilibrio. No era el mismo vértigo y la debilidad que la habían asaltado durante gran parte del día —la sopa de verduras le había devuelto hacía mucho rato gran parte de las fuerzas— sino una inseguridad interior mucho más profunda. Era como si alguien hubiera ajustado el control vertical de su televisión (de haber tenido una) pero no lo hubiera hecho bien. De tanto en cuanto, la imagen daba un salto. Sin embargo, la imagen regresaba a la normalidad con tal rapidez que Kaitlin no estaba del todo segura de que la imagen hubiera parpadeado. ¿Era todo como debiera o simplemente se había acostumbrado al problema, a la imperfección y la había aceptado como una parte inmutable del estatus quo?

Trató de ignorar la sensación y concentrarse en guardar la compra. Al cabo de unos pocos minutos estaba casi mareada y miraba fijamente la comida. Su cocina era una imagen pervertida de una mañana de Navidad. En vez de árbol, tenía una nevera y por todas partes había cajas y regalos, no juguetes sino comida. Llenó el congelador con perritos calientes y salchichas y bacon. El resto de la nevera, que había vaciado casi del todo de la cerveza que no bebía, no tardó en estar llena. Metió la comida envasada, latas de ravioli y sopa, cajas y bolsas de arroz, pasta, judías y patatas, en los armaritos. La mayoría estaba vacía y algunos de ellos ni siquiera se había molestado en abrirlos hasta entonces.

La brusca llamada en la puerta contribuyó a aumentar la sensación de irrealidad que envolvía aquel día. Al principio Kaitlin no reconoció el sonido; no recordaba la última vez que alguien había llamado a su puerta. Con una caja de El Amigo de la Hamburguesa entre las manos se acercó, perpleja, a la puerta. El señor Robesin debía de haber olvidado algo. Probablemente una lata había rodado debajo de su asiento... Pero ¿por qué iba alguien a dar media vuelta y regresar al cabo de diez minutos por algo tan insignificante? A menos que *sí* que quisiera algo de Kaitlin.

El pensamiento surgió con facilidad, con demasiada facilidad para su gusto... con mayor facilidad que la idea de que se había desviado de su camino para ayudarla sin razones tangibles. Se estaba reprendiendo por su suspicacia cuando abrió la puerta y se encontró de cara frente a un gigantesco lobo, erguido como un hombre, con un cuerpo colgado de los hombros. Abrió la boca para gritar pero no tuvo tiempo de articular sonido alguno.

Capítulo nueve

Al acabar su quinto Jack Daniels, Arroyo Negro estaba convencido de que la vida había sido terriblemente injusta con él. No había abuso o calamidad que no se hubiera abatido alguna vez sobre él. A decir verdad, había llegado a esta conclusión antes de llegar al fondo del quinto, antes siquiera de tomarse el primer trago. Había alcanzado ese estado mental antes, en muchas ocasiones, al decidir que todas las eventualidades desgraciadas que podían llegar a ocurrirle le habían ocurrido. Aparentemente su fatalismo superaba con creces su imaginación.

Pero no esta vez. Los posos marrones que flotaban en el fondo de la botella así lo aseguraban. Algunas veces, cuando apretaba el suave cristal contra el costado de su cara, casi podía oír las palabras. «*No te preocupes. Tú no podías hacer nada. No se podía hacer nada. Lo peor ha pasado ya. Toma otro trago*».

Pero lo peor nunca pasaba. Y Arroyo Negro nunca podía dejar del todo atrás el recuerdo de los agravios sufridos. El recuerdo era la menor de sus maldiciones. Con la suficiente bebida, podía bloquear durante unas pocas horas el desprecio que los demás le profesaban pero siempre, después de que el efecto del güisqui se hubiera disipado, seguía estando allí su deformidad, el recuerdo físico e imposible de olvidar de lo que era: un maldito de Gaia, bastardo metis de los Garou, paria, objeto de burla y desprecio.

—Esta vez no —gruñó—. Esta puta vez no.

Dejó la botella y apretó la frente contra la barra. Hasta con los ojos cerrados, podía ver los chillones destellos de la luz de neón en la ventana. El anuncio de cervezas era la única luz que Arroyo Negro había encendido. Por lo demás, la Casa del Barril estaba a oscuras y el parpadeo anaranjado se reflejaba en los fragmentos de cristal del suelo. La ventana estaba ya rota; Arroyo Negro sólo había tenido que ayudarla un poco y una vez que el panel había quedado reducido a añicos, no había encontrado ninguna razón para no pasar y tomar un trago.

—¿Y por qué no? —se preguntó. No tenía otro lugar al que ir; era un exiliado del único hogar que jamás había conocido, por muy inhóspito que fuera. Horas antes de venir al bar, había parado en casa de la chica: la chica que lo había visto y no había corrido, la chica que había abandonado la manta. Arroyo Negro miró la manta, que estaba ahora sobre la barra. Encontraba un extraño alivio en tenerla cerca, un alivio que no era capaz de explicarse ni siquiera a sí mismo. Cuando recordaba el suceso, pensaba que le hubiera gustado hablar con la chica, pero las cosas no habían funcionado así.

Enfermo de una vida entera de lo que podía haber sido pero no era, levantó su quinta copa y la apuró hasta la última gota. Dejó que la botella cayera al suelo; rebotó y no se rompió. Arroyo Negro gruñó, enfurecido por su incapacidad hasta para

romper una botella como Dios manda. Volvió a apretar su fea cara humanoide contra la barra y se pasó los dedos por la grasienta cabellera. Dentro de un momento cogería otra botella pero por ahora prefería prolongar su soledad.

Pero no estaba solo.

—Esperaba encontrarte aquí —dijo Balthazar Caminante del Espíritu, que acababa de entrar en el mundo material a poca distancia de la entrada. Bajo sus patas crujieron fragmentos de cristal. El Nubio se erguía alto y orgulloso, lleno de una fuerza que contradecía la aparente esbeltez de sus músculos.

Arroyo Negro lo miró con ojos acuosos. Debería de estar alarmado, lo sabía, pero no era capaz de reunir las fuerzas necesarias.

—Sé que esto sigue siendo territorio del clan y que yo no tendría que estar aquí —resultaba difícil articular las palabras. Su forma humana era susceptible a las manipulaciones del alcohol, que era precisamente la razón por la que recurría a ella con tanta frecuencia—. No tendría que estar aquí —dijo de nuevo, mientras trataba de levantar la barbilla de la barra.

—Eso no es asunto mío —dijo Balthazar—. Ni la cruel proscripción del Evert ni tu insignificante desafío son asunto mío.

Arroyo Negro entornó la mirada, tratando de aclarar su visión. Caminante del Espíritu hubiera debido de estar enfurecido con él, hubiera debido de amenazar con denunciarlo, con llamar al resto del clan. En cambio, el Caminante se mostraba tan sólo desdeñoso... y no sólo hacia él.

—Eh —balbució Arroyo Negro— será mejor que tengas cuidado con lo que dices. Estás hablando de mi viejo y te dará una patada en el...

—Ahórrame tu palabrería —dijo Balthazar—. No es tu padre sino tu madre quien me preocupa.

La mención de Galia logró de alguna manera aclarar la mente de Arroyo Negro.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo Balthazar— que está muerta.

El vértigo de una vida entera de güisqui se abatió de una sola vez sobre Arroyo Negro. De no haber sido por el sólido peso de la barra, hubiera caído al suelo.

Muerta. Galia Hija de la Lluvia. Muerta. Su madre y el único Garou que jamás le hubiera dirigido una palabra cariñosa.

Arroyo Negro se echó a reír. Hacía tiempo que se había quedado sin lágrimas y la histeria era lo más parecido a una emoción sincera que podía experimentar. Se rió de su propio aislamiento, que si hasta entonces había creído absoluto, ahora lo era de verdad. Se rió del cruel relámpago que había convocado sobre sí mismo. Se había preguntado cómo podían empeorar las cosas. Y claro, semejante desafío no podía quedar sin respuesta. ¿Cuándo había el Destino desaprovechado la oportunidad de abofetearlo?

Así que se rió. Balthazar le dirigió una mirada de desaprobación: nada nuevo, salvo la ocasión.

—He informado a su compañero —dijo el Caminante del Espíritu— y he informado al malhadado fruto de esa unión. Ahora la devolveré con los suyos.

El insulto no tenía peso; era casi una lisonja comparado con lo que llevaba toda la vida oyendo. Pero el Caminante había dicho algo sobre Galia, sobre la madre de Arroyo Negro... la desesperada, embriagada risa se le enredó como carne cartilaginosa en la garganta.

—¿Que vas a hacer qué? ¿De qué estás hablando?

Balthazar puso los brazos en jarras y alzó su estrecho hocico con aire desafiante. Sus mandíbulas se movieron de manera concisa, brusca para escupir las palabras con las que cortaba todo lazo con los Garou entre los que había vivido durante tantos meses.

—¿Acaso crees que vine a este lugar para disfrutar de tu compañía o de los tiránicos dictados del hipócrita de tu padre?

—Valientes palabras... considerando que Nube de Muerte no está aquí —señaló Arroyo Negro con sarcasmo, pero en cierto modo sentía envidia; él nunca había sido capaz de denunciar a su padre salvo al fondo de un vaso.

—Yo sirvo a los espíritus —dijo Caminante del Espíritu— y es su voluntad la que me ha conducido a este lugar agonizante. Ya has oído la historia sobre cómo llegó tu madre aquí, cómo vio la nobleza en el corazón de Nube de Muerte y viajó con él. ¿Crees que a la Madre de las Aguas le gustó que Galia abandonara a su pueblo? Por supuesto que no. Pero los sabios Uktena no se interpusieron en su camino. En lugar de hacerlo, enviaron a Serpiente de Agua para vigilarla y junto con Búho, hubiera hecho que esta tierra y los Garou que moran en ella prosperaran. Pero ya no queda sabiduría alguna en el Claro Aullante.

Arroyo Negro tenía que esforzarse por permanecer en el banquillo. No era capaz de absorber todo lo que Balthazar estaba diciendo. Todas las imágenes de la historia de Canción de Víspera se estaban confundiendo en su mente: Nube de Muerte, los Danzantes de la Espiral Negra, Galia, Serpiente de Agua...

—Ya no queda sabiduría aquí y ahora tampoco está Galia —dijo Balthazar.

¿Qué significaban las palabras de Caminante del Espíritu más allá de la muerte de la madre de Arroyo Negro? ¿Es que no podía dejar al huérfano —porque Evert jamás se había comportado como un padre— a solas con su pena? ¿Por qué tenía Balthazar que contar aquella historia, la historia que nunca incluía a Arroyo Negro, que siempre ignoraba su existencia como un hecho desgraciado, prescindible?

—No queda sabiduría —musitó Arroyo Negro—. Supongo que también eso es culpa mía.

Caminante del Espíritu esbozó una sonrisa despectiva.

—¿En tan alta estima te tienes? —sacudió la cabeza con incredulidad—. Tú no eres más que un síntoma. Nada más. A menos que aprendas a mirar más allá de ti mismo, ya has alcanzado tu destino y Nube de Muerte tenía razón en todo lo que dijo.

—¿Destino...? Ya te mostraré yo mi destino, bastardo arrogante —se inclinó para coger la botella pero perdió el equilibrio y cayó hacia delante. Finalmente, sus dedos encontraron el cuello de la botella y la lanzó hacia la puerta... pero Balthazar ya no se encontraba allí.

—Eres un síntoma. Nada más —dijo desde lejos la voz de Caminante del Espíritu, pero Arroyo Negro no estaba seguro de si sonaba en el caos de su propia mente o en el mundo que había más allá de él. «*A menos que mires más allá de ti mismo...*».

—Pero es que *tengo* que mirar dentro de mí —balbució Arroyo Negro—. Nadie más va a hacerlo —empezó a ponerse en pie pero aquello resultó también demasiado complicado, así que se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la barra y una mano en el banquillo caído. Como si fuera la primera vez que la veía, reparó en su mano; la levantó y la examinó como si fuera alguna criatura independiente en lugar de una parte de sí. Tenía la misma forma que la de un ser humano; un observador casual nunca hubiera advertido la diferencia. Pero en ese aspecto no era parte de él. Porque Arroyo Negro nunca había pertenecido a los humanos. Puede que aún menos que a los Garou, aunque si pertenecía o no a aquéllos que lo habían criado era ahora una cuestión discutible.

Dejó que su mano volviera a caer. Durante los momentos que transcurrieron entre dos destellos del cartel de neón, no vio nada. El intermitente resplandor rojizo hacía que la oscuridad que lo seguía resultara aún más impenetrable. En su mente, Arroyo Negro le daba vueltas y vueltas a la noticia de la muerte de su madre. Bajo aquella luz inconstante, trató de encontrar su pesar; trató de llamar a sus lágrimas, pero éstas no acudieron.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo aquí? —Ryan Canción de Víspera no parecía complacido de encontrar a Arroyo Negro en el suelo de la Casa del Barril. El Fianna estaba en el umbral, como había estado Balthazar... ¿hacía cuántas horas? Arroyo Negro no sabía cuánto tiempo había pasado; puede que hubiese perdido el conocimiento.

—¿Es que no bastaba —preguntó Canción de Víspera enfurecido y enmarcado por el resplandor rojo y pulsante de la señal— con que no fueras capaz de mantenerte calladito en la fogata, con que no pudieras dejar que la gente disfrutara de mi historia...?

—¿*Tu* historia? —dijo Arroyo Negro entornando la mirada—. Debería haber sido *mi* historia. Debería haber sido mía. Pero nunca lo es.

—Serás gusano apestoso... —en la oscuridad, Canción de Víspera le dio una patada a algo. La botella. Rodó por el suelo del local con gran estrépito.

—Déjame tranquilo. ¿Es que no puedes dejarme a solas con mi pena?

—¿Pena? Ya te daré yo pena... —Canción de Víspera había ganando un metro y cien kilos cuando llegó junto a Arroyo Negro. Aun con el anuncio de cerveza a su espalda, se veían los destellos rojizos que despedían sus ojos. Su retahíla de amenazas e imprecaciones era interrumpida a menudo por gruñidos guturales—. Pena... serás bastardo... te voy a dar... pero qué me has hecho... levanta... ya te daré yo pena... —cogió a Arroyo Negro por el cuello, lo arrastró hasta la puerta y lo zarandeó— ... Sabes... no deberías estar aquí... largo... mira que romper mi ventana... te parto el... te rompo la...

Arroyo Negro no entendió la mayor parte de la invectiva pero las intenciones y el propósito de Canción de Víspera estaban bastante claros. Sabía que debía cambiar de forma: eso era lo que Canción de Víspera quería, una pelea de verdad. Y a menos que su Crinos pudiera contener la cólera de Canción de Víspera, lo más probable es que lo matase. Pero por segunda vez en aquella noche, no pudo reunir las fuerzas necesarias. Arroyo Negro era como una muñeca de trapo, carente de voluntad. Estaba vacío, gastado, privado de toda emoción con que alimentar a la bestia furiosa de su interior.

La falta de respuesta de Arroyo Negro no logró más que enfurecer a Canción de Víspera. Sus fauces exhalaban espumarajos de saliva caliente mientras ladraban y gritaban a escasos centímetros de la cara de Arroyo Negro. Le dio un cabezazo; sólo un sorprendente vestigio de autocontrol impidió que cáscara el cráneo humano de Arroyo Negro como si fuera un huevo. Éste, aturdido por el golpe y el alcohol, apenas advirtió que Canción de Víspera lo arrojaba al interior de la sala. Derribó sillas y mesas en su vuelo y se quedó inmóvil en el suelo.

Canción de Víspera se acercó. Se irguió sobre el inerte exiliado. Consumida parcialmente su furia por el momento, adoptó su forma de hombre. Su pecho subía y bajaba con profunda inhalaciones mientras trataba de calmarse. Sus manos eran sendos puños a ambos lados de la cintura.

—Levanta, sucio borracho —dijo con los dientes apretados.

Arroyo Negro se agitó.

—Sí, la verdad es que me vendría bien una copa.

Murphy le dio una patada.

—¡Levanta! Sal de mi bar. Será mejor que te largues. De la ciudad. De Michigan.

—Está muerta, Murphy. Caminante del Espíritu se la ha llevado —Arroyo Negro pensó que las lágrimas acudirían ahora que había compartido la noticia con otro. Pero como en tantas otras cosas, estaba equivocado.

—¿De qué coño estás hablando? —le espetó Murphy.

No lo sabía, pues. ¿Pero es que Balthazar no se lo había dicho a los demás, a Evert al menos? Arroyo Negro miró las sillas tiradas.

—Galia. Está muerta. Mi madre. Aunque nadie lo diría escuchando tus historias.

Murphy le dio otra patada, un golpe casi mecánico provocado más por la repugnancia que por el enfado.

—¿Cuántas botellas te has bebido, cerdo? ¿Cuántas botellas de mi güisqui? Tienes un minuto para sacar tu repugnante carcasa de aquí y sólo te lo doy porque eres un antiguo miembro de mi clan.

—Ella ha muerto, Murphy. ¿Qué puede importar lo que me hagas?

Murphy le dio otra patada.

—Importa esto: estoy cansado de limpiar sangre de mi suelo, así que será mejor que saques tu culo de aquí a toda prisa. Cuarenta y cinco segundos...

—Evert no se lo ha dicho a nadie, ¿verdad? —lo desafió Arroyo Negro—. Que está muerta. No le importa. Hace tiempo que no le importa. Todo tiene que ver con él y lo importante que es.

—Treinta segundos.

—Y tus historias... tus putas historias no hacen más que alimentarle el ego, que es justo lo que necesita. Sólo sirves para eso, probablemente es la única razón por la que te mantiene a su lado, para hacerle sentir importante.

Murphy le dio otra patada, esta vez en la boca del estómago.

—Veinte segundos. Y será mejor que vigiles tu boca, capullo...

—Y mientras tanto todo se está muriendo —dijo Arroyo Negro, aún encogido de dolor—. ¿Qué puede importar lo que nos ocurra a nosotros si todo se muere?

—Es el alcohol el que habla, gilipollas. Y me da igual cuántos segundos queden: se te acabó el tiempo.

Canción de Víspera volvió a cambiar de forma, esta vez a la intransigente y furibunda de lobo hombre lobo.

Arroyo Negro vio los colmillos, las garras y desde las profundidades de su vacío, dio la bienvenida al fin.

Capítulo diez

Una de las últimas cosas que Kaitlin hubiera esperado del cielo o del infierno era que tuviera el techo manchado de humedad. Contempló el extenso patrón gris pardo durante varios minutos antes de superar la sorpresa por seguir con vida. Y lo que resultaba aún más sorprendente era el lugar en el que se encontraba: en su propia cama, tapada con la colcha.

Recordó todo de pronto, y se incorporó al instante: el hombre lobo en la puerta, con un cadáver sobre el hombro. Miró a su alrededor y a continuación se sentó en perfecto silencio y escuchó tratando de encontrar... no sabía el qué. ¿Un monstruo, un licántropo? Fuera lo que fuese lo que esperara, no lo oyó. Lo único que percibió fue algún aleteo ocasional y el picoteo de las urracas que buscaban su desayuno entre los canalones cubiertos de hojas de la casa.

En el exterior el cielo estaba iluminado pero el sol no se había levantado lo bastante para llegar hasta la cama. Mañana. Otra mañana atormentada por las imágenes confusas de lo que podía o no haber visto. ¿Un monstruo en su puerta o simplemente un hombre sucio y desaliñado? Su hedor pendía aún de sus fosas nasales como una película de polvo pero era más real que lo que había visto... lo que creía haber visto. Como le había pasado con el dueño del bar, había un conflicto entre lo que veía y lo que *veía*. Aunque Kaitlin no había dejado su visión especial tras de sí, en la ciudad, renegaba de ella de todas maneras. Pero a veces la asaltaba por sorpresa; no quería dejarla sola. Los meses de soledad no la habían debilitado. Las visiones no se habían marchitado por la falta de uso. ¿Podía fingir que no existían? Se tapó la cabeza con la colcha y decidió que sí, que podía al menos intentarlo.

Se quedó así hasta que su estómago empezó a gruñir, un sonido sordo y burbujeante, y por una vez no pudo hacer nada al respecto. Salió de la cama y en un acto reflejo buscó la manta para ponérsela sobre los hombros...

... De nuevo imágenes conflictivas asaltaron su sentido de la memoria: el hombre de la puerta no era ya un monstruo; lo que llevaba sobre los hombros, no un cuerpo sino una manta. *Su manta*. Volvió a percibir su hedor y se sonó la nariz en la manga, tratando de liberarse del desagradable recuerdo.

Había perdido el conocimiento. Se había desmayado, o lo que fuera, otra vez. Joder. Y había despertado a la mañana siguiente, vestida, en su cama. Bajó con cuidado las escaleras, lanzó una mirada suspicaz a la puerta delantera, como si la dislocación temporal y espacial fuesen de alguna manera culpa suya. Había despertado a la mañana siguiente, en la cama, no en el suelo delante de una puerta abierta. Si hubiera subido las escaleras seguramente se habría acordado. ¿La había subido el desconocido, la había dejado en la cama?

—¿Y me ha tapado, por el Amor de Dios?

La puerta delantera estaba cerrada. No había señales de... ¿qué, un robo? ¿Qué coño iban a robarle? Kaitlin subió corriendo, se aseguró de que la caja de cigarros seguía bajo la cama y de que el dinero que contenía estaba intacto. Aparte de eso, lo único de valor que había en la casa —asumiendo que el ladrón no quería el producto de varios meses acumulando envases reciclables— era la comida. Se dirigió a la cocina. Todo parecía igual a como lo había dejado ella, salvo la caja de El Amigo de la Hamburguesa, que estaba de pie sobre la mesita.

Se la había llevado consigo a la cocina; no se le había ocurrido dejarla. De modo que alguien la había llevado a su cama y había colocado pulcramente la caja de El Amigo de la Hamburguesa en la mesita. Extraño. No, más que extraño. Espeluznante.

Kaitlin derribó la caja. No le gustaba su aspecto de monumento a un desconocido que nunca hubiera debido poner el pie en su casa y mucho menos tomarse libertades con su comida.

Impulsada de nuevo por su estómago vacío, sacó una caja de mazorcas de maíz y un cartón de cuatro litros de leche de la nevera. El horno no parecía funcionar así que asó las mazorcas en uno de los quemadores. Mientras engullía su desayuno y bebía directamente del cartón, la asaltó una sensación extraña. Al principio pensó que probablemente se tratara de las partes chamuscadas de la mazorca, que estaban haciendo que se le encogiera el estómago como un puño. Entonces olisqueó la caja de El Amigo de la Hamburguesa; puede que la peste residual del vagabundo la estuviera poniendo enferma.

No fue hasta después, mientras trataba de encontrar un sitio para guardar el resto de la comida, cuando comprendió que ésta era precisamente el problema... o al menos, parte de él. Su cocina estaba llena de comida que le había regalado el señor Robesin, un hombre al que no conocía de nada hasta ayer mismo. Y otro hombre al que no había visto nunca —esto no era del todo cierto pero se negaba a reconocer que lo había visto con una forma no del todo humana aquella noche, en el exterior del bar — había estado también en su casa. Aquel lugar que era *suyo*, que era su refugio contra todo aquello que había abandonado en la ciudad, había sido invadido, violado, con su permiso o sin él... Ambas cosas, en realidad.

La constatación de este hecho le revolvió el estómago. Fuera por causa del tufo del vagabundo o del desayuno inusualmente copioso, Kaitlin se dobló sobre sí misma. El dolor de su vientre la hizo caer y se hizo un ovillo en el suelo. Vomitó un chorro de maíz sin digerir sobre el linóleo.

Se quedó en el suelo hasta que las arcadas remitieron. Tras ponerse en pie con dificultades, metió la mano en el fregadero, abrió el agua, se lavó la boca.

—Tengo que salir de aquí —gimió. Aquel lugar que había sido su refugio era ahora parte de su tormento.

Estaba fuera antes de haber empezado a pensar adónde iría. No se detuvo para

recoger la parka a pesar del frío que hacía aquella mañana. Se quedó allí fuera, tiritando y mirando su nueva casa a través de las nubes de vaho de su aliento. Por primera vez desde que abandonara la ciudad quería estar lejos de su nuevo hogar. Se había escondido allí, pero el mundo había venido a buscarla... los *mundos*, tanto el físico como el sobrenatural.

Le dio la espalda a la nueva casa, mientras se preguntaba si alguna vez volvería a servirle como fortaleza o si los muros que la protegían de todas las cosas exteriores se habrían agrietado para siempre. Con cada paso que daba se sentía más insegura, más desesperada. La casa era su capullo; estaba emergiendo, pero no había cambiado, no era ninguna mariposa desplegando sus alas. Seguía sintiendo náuseas en su interior, vestigios de la purga, pero apretó los dientes y siguió adelante, alejándose de la casa. Era necesario. Tenía que afrontar el mundo... uno de ellos, al menos.

—Dios bendito —le dijo a la mañana mientras empezaban a resbalar lágrimas por su rostro. Se limpió las mejillas pero el temblor de sus dedos la enfureció. La mayoría de la gente no tendría por qué soportar aquello. La gente «*normal*» no tendría por qué soportar aquello. Pero la mayoría de la gente no había pasado por lo que ella había pasado; la mayoría de la gente no había visto lo que ella había visto. Por eso seguían siendo normales.

Kaitlin gritó:

—*¿Por qué no puedo ser yo?* —el áspero y penetrante temblor de su voz resonó entre los árboles—. *¿Por qué?*

Quería recuperar su vida... la vida que le había sido negada. No pensaba en los ricos, felices en sus casas de lujo con sus coches caros y sus piscinas y sus quinientos canales de televisión. No quería esa vida, su vida. Quería la que hubiera sido suya... si no hubiera empezado a ver cosas, si aquellos hombres no la hubieran arrastrado al callejón y le hubieran arrebatado su inocencia y su voluntad. Había estado tan consumida por la curiosidad hacia las criaturas del otro mundo que había estado ciega a los monstruos que moran en éste. Malditos todos ellos: los vivos y los muertos. Y ahora ya no podía esconderse de unos ni otros.

—Sigue andando —se dijo—. Sigue andando y llegarás a alguna parte —pasó junto a la Casa del Barril pero no la miró. Ver el cristal agrietado de la ventana hubiera sido admitir que existía su ventana al otro mundo y ahora mismo no podía aceptarlo. Tenía las dos manos ocupadas en éste, tratando de conservar la cordura. Los dedos le hormiguearon al recordar la sensación del cristal y la espeluznante escena del interior del edificio de ladrillo. Advirtió que el corte de su dedo palpitaba y se preguntó si acababa de empezar. Aún no se había puesto una tirita; los bordes de la herida estaban separados y tenía toda la zona roja e hinchada. El señor Robesin le había comprado tiritas. Debería haber usado una y algo de desinfectante. Pero no había tenido ocasión. Había estado guardando la maldita comida y entonces la

llamada en la puerta...

El señor Robesin. Se aferró a ese nombre, a su rostro, para impedir que sus pensamientos se adentraran por la otra senda. Él pertenecía al mundo normal, el mundo adulto del que Kaitlin había siempre asumido que un día formaría parte. Mientras sus pies la llevaban adelante, supo de repente adónde iría. Él le había ofrecido un empleo, un asidero al mundo normal.

El pensamiento hizo que volviera a sentir náuseas, pero no le quedaba nada en el estómago para vomitar. Siguió andando, cada vez más deprisa.

—Tienes que hacerlo —dijo. Los años de aislamiento le habían dado un respiro, pero el aislamiento no era en sí mismo la respuesta; por muy tentador que resultara, apartarse del mundo no era, a la larga, una solución práctica. Y puede que el tiempo transcurrido en el capullo no hubiera pasado en vano; puede que *sí* fuera diferente ahora. Era más fuerte, era dueña de sí... o al menos estaba cerca de serlo. Tenía que creerlo porque si no, ¿de qué serviría el tiempo pasado lejos... de todo, de todos?

Aparte de tener que sonarse la nariz de tanto en cuanto, Kaitlin logró casi olvidarse del frío. No era el viento helado sino la intensa, desesperada concentración la que hacía que le doliera la cabeza. Tenía la mirada fija en el pavimento; con cada paso que daba construía una especie de impulso existencial, rompía con el pasado y se movía con osadía, aunque también con inquietud temblorosa, hacia el futuro. Cuando el palpitar de sus sienes superó al de su dedo, empezó a frotarse la cara, a pasarse las manos por los cabellos, a darse masaje en la cabeza. Lejos ya de la Casa del Barril, cruzó la carretera y siguió su camino por el lado izquierdo, para estar de cara al tráfico. Qué irónico resultaría: aventurarse por fin al mundo para ser atropellada por un camión.

Se detuvo de improviso, casi antes de que su mente consciente percibiera el movimiento en el bosque. Durante un prolongado momento se quedó mirando hacia allí, absorta; sus desesperados pensamientos habían sido desbaratados de tal modo por la inesperada visión que de pronto su mente se sintió benditamente vacía. Volvió a limpiarse la nariz. Entonces abandonó el pavimento, cruzó el estrecho arcén y se adentró en los bosques.

La maleza era más densa cerca de la carretera, donde la luz llegaba al suelo con más facilidad y florecían las trepadoras y los matorrales. Se abrió camino con cuidado entre el follaje partiendo sólo unas pocas ramitas. El movimiento que había visto podía no ser más que algún resto de basura enredado en un tocón y sacudido por el viento... podía ser, pero no lo era. El objeto parecía enredado en una rama pero no era una bolsa de basura hecha jirones ni un periódico levantado por el viento de la parte trasera de una camioneta. Era su manta.

Al acercarse, Kaitlin vio también lo que, por culpa de una leve hondonada, no había advertido desde la carretera: un cuerpo, tendido en el suelo, inmóvil.

Se detuvo. El repentino acceso de alegría infantil que había sentido al descubrir la manta se volvió piedra en su estómago. No podía estar pasando, aquello no podía ser un cuerpo, un cuerpo vivo —o muerto— de verdad.

Escuchó un coche que pasaba en la carretera y consideró la posibilidad de correr para pedir ayuda. Pero no estaba más preparada para una confluencia de ambulancias y policías y servicios de emergencia de lo que lo había estado el día anterior, en la tienda.

¿Pero y si estaba muerto? Lo pensó durante un minuto. Si estaba muerto, todo sería más fácil. Cogería su manta y se marcharía y nadie saldría herido. Si *no* estaba muerto... las cosas podían complicarse.

Como se estaba acercando en contra del viento, Kaitlin no lo olió hasta que estuvo muy cerca. El olor se arrastró al interior de su consciencia, como el aroma muerto y terroso que hubiera brotado en burbujas de haber estado ella metida hasta las rodillas en el barro de una ciénaga. El tufo desperezó sus recuerdos y volvieron en tropel las imágenes del día anterior: el hombre de pie en su puerta, con una manta alrededor de los hombros, *su* manta. Alargó la mano y se apoyó en un árbol joven para no caer.

Lo que había allí, tendido en el suelo, era un hombre, se decía una vez tras otra... no una horripilante criatura lupina, no un monstruo babeante. Al mirarlo, supo que era uno de los dos... *individuos* que había visto frente a la entrada del bar tres noches atrás, pero no permitió que sus pensamientos siguieran por ese camino. Por aquel entonces aún no había perdido la manta; lo que quiera que había llevado sobre sus hombros aquella noche...

Aún respiraba, vio de repente. Estaba cubierto de sangre y magulladuras, pero seguía vivo. ¿Qué podía hacer por él? No era médico. Ella hubiera dejado que su propio dedo, que apenas tenía un corte de ésos que uno se hace con un papel, acabara gangrenándose; probablemente se le caería un día cualquiera o, si no, contraería trismo y moriría. Vale, puede que la cosa no fuera tan grave, pero la cuestión seguía siendo la misma: ¿qué podía hacer por él?

Con toda cautela, lo rodeó hasta llegar al árbol retorcido en el que se había enredado su manta. La recuperó con cuidado para no desgarrarla; ya estaba empezando a deshilacharse por los bordes. Cuando volvió a tenerla a su alrededor, se acercó al cuerpo.

No tocó aquella criatura —aquel hombre— aún; no se acercó tanto. Tenía el rostro hinchado y numerosas heridas aún abiertas. Casi le habían arrancado la oreja izquierda; la tenía llena de lo que parecía sangre medio coagulada. Kaitlin deseó en el fondo de su corazón que estuviera muerto para poder darle la espalda y marcharse. Estaba un poco sorprendida por su capacidad contemplar la horripilante visión sin pestañear. Puede que fuera una suerte que hubiera vomitado antes.

Tras vencer al fin su renuencia, se acercó un poco más. Su estado, cubierto de heridas, magulladuras y sangre, resultaba más lastimero que repugnante su olor. Lo que Kaitlin había tomado al principio por un efecto provocado por lo antinatural de su posición era en realidad una joroba de tamaño considerable que sobresalía de su espalda. Al instante recordó una conversación entre un grupo de chicos que había oído en el pueblo muchas semanas atrás. Blackie el Jorobado. Uno de ellos le había llamado eso al otro; en aquel momento le había parecido bastante curioso, fuera de lugar, esa clase de cosas absurdas que los chicos se llaman unos a otros, como una especie de chiste privado, pero ahora cobraba sentido. Los chicos de los pueblos, igual que los de las ciudades, se cebaban en los desamparados, los locos, en cualquiera que fuera radicalmente diferente. Kaitlin lo sabía bien...

Blackie el Jorobado. Desde luego había tenido días mejores. Kaitlin se arrodilló a su lado. Alargó el brazo muy despacio, lo tocó en el hombro, un contacto muy suave. Nada. Volvió a hacerlo, con un poco más de fuerza esta vez. Tampoco nada. Suspiró. Naturalmente no esperaba que despertara sin más, se levantara y volviera como si tal cosa a su casa... eso sería tan sencillo que le pondría los pelos de punta. Se enfureció con él, lo bastante para vencer su repulsión y sacudirlo con más fuerza.

—Oiga, señor —dijo, asqueada—. ¿Me oye? *Despierte* —no quería estar allí; no quería estar tratando con aquel vagabundo medio muerto. Pero no podía obligarse a marcharse sin más y después de todas las molestias que el señor Robesin se había tomado el día anterior por ella, se sentía obligada, aunque sólo fuera por karma, a ayudarlo. Se inclinó sobre la oreja de Blackie el Jorobado que no estaba llena de sangre—. ¡Oiga, señor!

Los ojos del hombre se abrieron al instante. Kaitlin retrocedió dando un respingo. Él sólo podía ver el mundo por la más fina de las rendijas; la hinchazón de su cara parecía resuelta a mantenerle los ojos cerrados.

Kaitlin tardó un momento en recobrar el aliento y calmar su acelerado corazón mientras el desconocido, a todas luces desorientado, miraba a su alrededor sin mover otra parte de su cuerpo que los ojos.

—Santo Dios —susurró Kaitlin. Estaba temblando de nuevo, a pesar de la manta. Se preguntó si el hombre, que presumiblemente había pasado toda la noche a la intemperie, sufriría hipotermia; se preguntó si iba a morir a su lado después de que se hubiera tomado tantas molestias para despertarlo.

—¿Puede moverse? —le preguntó. Él no respondió, no parecía haberla oído, de modo que preguntó de nuevo, más despacio esta vez, como si estuviera hablando con un extranjero o un idiota—. *¿Puede-moverse?*

Los ojos del hombre se movieron en su dirección. Se pasó lentamente la lengua sobre los labios agrietados y cubiertos de costras. Trató de mover los dedos pero al hacerlo se encogió de dolor. Dos de los dedos de su mano izquierda apuntaban en

direcciones diferentes a las que hubieran sido naturales.

—No mueva esa mano —le advirtió Kaitlin.

Los ojos volvieron a mirarla. Por vez primera pareció reparar en su presencia, oír sus palabras. Puede que fuera cosa de la hinchazón pero sus ojos parecían estar mirándola con furia y desprecio a un tiempo; parecían decir: No me jodas. O algo por el estilo.

Kaitlin volvió a enfurecerse.

—¿Sabe?, no tengo por qué hacer esto —le dijo—. Así que guárdese esas miradas. ¿Estamos? Bien, no le conviene mover la mano izquierda más de lo necesario. ¿Puede mover los brazos...? Sólo un poco. Muy despacio. Estupendo. ¿Y las piernas? ¿Están rotas o puede moverlas? Tómese lo con calma.

Considerando el mal aspecto que tenía el tipo, Kaitlin descubrió con asombro que, hasta donde ella veía, no parecía tener ninguna lesión o herida que amenazase su vida... lo cual no quería decir que no tuviera una hemorragia interna y no fuera a morir en cualquier momento. Tras muchos esfuerzos, logró que se incorporara. Al hacerlo, se dio cuenta de que su mano estaba apoyada contra la joroba y la apartó de una sacudida. Avergonzada, se quitó la manta y lo cubrió con ella.

—No me hagas favores —tosió el hombre y escupió una mezcla de sangre y flemas.

La rabia de Kaitlin volvió a inflamarse pero se mordió la lengua. Puede que se mereciese aquellas palabras pero a pesar de todo estaba tratando de ayudarlo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

El hombre inclinó el torso hacia delante. Probablemente hubiera caído de nuevo y hubiera muerto de haberlo dejado así. Estaba exhausto, destrozado, abatido y poseído por lo que parecía un cansino sentido de resignación.

—Chepa. Me llaman Chepa.

Kaitlin pudo oír el tono burlón de los chicos a los que había escuchado; imaginó las burlas de los niños: *Bla-ckie Che-pa, Bla-ckie Che-pa...*

—¿Chepa? —dijo con voz más seca de lo que pretendía—. ¿Qué clase de nombre es ése? No pienso llamarle así.

La fulminó con la mirada.

—Blackie, entonces.

Kaitlin se encogió de hombros.

—Eso está un poco mejor, supongo. Blackie. ¿Cree que puede andar?

No era un hombre increíblemente alto pero le sacaba entre quince y veinte centímetros a Kaitlin y puede que unos cincuenta kilos. Con lo que a ella se le antojó una desmesurada dosis de gemidos, se puso en pie y le pasó un brazo alrededor de los hombros. Mientras empezaban a caminar sobre las ramas y hojas caídas, reconoció el aroma acre del güisqui como uno de los elementos de su pronunciado aroma, uno de

los más pronunciados junto con su olor corporal.

—¿Necesita un médico? —le preguntó. Él sacudió la cabeza—. ¿Está seguro? No tiene mucho sentido hacerse el tipo duro si eso le va a costar...

—Mira —la interrumpió—, no te he pedido tu ayuda, ¿sabes?

Kaitlin se detuvo y él estuvo a punto de caer; lo hubiera hecho si ella no lo hubiera sujetado de la camiseta. Al cabo de un momento siguieron andando, en un silencio roto sólo por el crujido de las hojas muertas y el agudo gorjeo de los pájaros.

SEGUNDA PARTE:

Capítulo once

Arroyo Negro limpió el espejo del baño con una toalla blanca pero el cristal volvió a empañarse casi al instante. No le importó demasiado; la verdad es que no le gustaba mirar su cara más que a los demás.

El mundo parecía echársele encima... pero no era más que la hinchazón de los ojos, que casi le impedía ver. El mundo, tal como lo veía en aquel momento, era un cuarto de baño estrecho en una casa medio en ruinas que evidentemente pertenecía a la chica de la manta... así era como Arroyo Negro pensaba ahora en ella: la chica de la manta que los había visto a él y a Canción de Víspera varias noches atrás y que no había salido corriendo y gritando.

Canción de Víspera. Arroyo Negro se miró en el empañado espejo pero el rostro apaleado que había allí no lo conmovió. No pudo encontrar en su corazón cólera contra Canción de Víspera por lo que le había hecho: darle una paliza y luego arrojarlo al bosque como si fuera una vieja nevera, para que se oxidara y fuera olvidado. Puede que para congelarse o para morir. A Canción de Víspera no le importaba. A Arroyo Negro no le importaba. Probablemente lo mejor para todos hubiera sido que en efecto muriera.

Como Galia. Ahora estaba mejor. Más allá del alcance de Evert y de su deforme retoño. Su ausencia empobrecía a aquéllos que se quedaban atrás... algo que nadie diría cuando Arroyo Negro muriera. No, él aún seguiría tirado en el bosque, convirtiéndose en comida para los buitres... de no haber sido por la chica de la manta. ¿Qué era, se preguntó, lo que la había llevado a preocuparse por él, a no dejarlo en paz? Probablemente algo parecido a lo que lo había llevado a él a no dejarla en el suelo la pasada noche. Había decidido devolverle la estúpida manta. ¿A qué otro sitio iba a ir? Pero cuando había llamado y le habían abierto la puerta, ella se había aterrorizado y había perdido el conocimiento. A pesar de que él estaba en forma humana. Curioso.

La había llevado al piso de arriba y la había dejado sobre su cama. Pero se había quedado la manta. Y luego se había marchado a beber y a que le dieran una paliza.

Mientras se miraba en el espejo, Arroyo Negro no estaba demasiado preocupado por su cara destrozada. Se rió en voz alta. De todos modos nunca había sido demasiado guapo. Las magulladuras se curarían enseguida. Las marcas de garras tardarían más, hasta para él. Supuso que se había ganado la paliza; después de todo, había entrado en el bar por la fuerza; como estaba demasiado borracho y apático para responder, Canción de Víspera no le había hecho ningún daño permanente; el camarero Fianna se había asegurado simplemente de que lo que le hacía *doliera*. Arroyo Negro se hurgó el trozo de carne y cartílago colgante que había sido su oreja.

A su espalda, la bañera estaba casi llena. Le costó desvestirse con los dedos rotos

y aun con el vapor del agua caliente, seguía haciendo frío en el cuarto. Cuando por fin estuvo desnudo y se volvió para meterse en la bañera, se volvió un momento y vio su joroba en el espejo. Limpió el cristal y volvió a mirar.

La joroba, más que cualquier otra parte de su cuerpo, más que su cara hinchada, estaba llena de magulladuras y cortes. Puede que Canción de Víspera estuviera enfurecido por el daño provocado a su propiedad y por la negativa de Arroyo Negro a defenderse, pero también parecía que se hubiera sentido agraviado por la mera existencia del metis: así era como Arroyo Negro interpretaba la especial atención deparada a su deformidad.

—No pasa nada —dijo Arroyo Negro mientras se introducía con cuidado en el agua caliente—. A mí también me da asco mi existencia.

Sus heridas, que en su mayor parte se habían entumecido, reducidas a un palpito o un dolor sordo, volvieron a la vida. La perspectiva del jabón tampoco ofrecía demasiado consuelo.

—Sabía que odiaba el baño por alguna buena razón —murmuró. Puede que después encontrara un poco de sal para echarse en las heridas.

Estaba tardando una *eternidad* en el baño. Kaitlin trataba de ser paciente. Estaba malherido, después de todo, y se movía muy despacio... y tenía *mucho* que limpiar. Se preguntó cuándo habría sido la última vez que viera el interior de una bañera.

Se sentó en la cama y esperó. Se estaba bien en la habitación gracias al sol del atardecer. De tanto en cuanto, no obstante, se acercaba de puntillas a la puerta de la bañera y escuchaba. No estaba muy segura de qué era lo que estaba esperando oír... puede que sólo señales de vida. Y eso era todo lo que oía: el chapoteo del agua en la bañera, nada alarmante o dramático; lo bastante sólo para dejar claro que alguien estaba tomando un baño. Al cabo de un rato, no obstante, llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Va todo bien por ahí?

—Sí —sin más explicaciones.

—Vale... bien... vale.

Salió una media hora más tarde. Lo primero que Kaitlin advirtió fue lo que faltaba: el hedor. Así estaba mucho mejor. Pero seguía teniendo un aspecto horrible. El agua y el jabón no sirven de mucho contra las magulladuras y los cortes. Su oreja seguía dando pena; los cortes de su cara estaban limpios pero algunos de ellos eran alarmantemente profundos; y se apretaba la mano izquierda contra el cuerpo.

—Tienes los dedos rotos —le dijo. Él le dirigió una de esas miradas del tipo «*No me jodas*»—. Tiene que verte un médico. También necesitas que te den puntos.

—Me pondré bien.

Kaitlin lo miró, boquiabierta y a todas luces un poco irritada por su negativa a

aceptar ayuda.

—Mira —dijo él— no me des consejos médicos y yo no te diré cómo decorar tu casa.

Kaitlin se quedó aún más perpleja. Impulsada por el comentario, vio su casa como podría haberlo hecho un extraño: el vestíbulo desnudo, el piso de arriba vacío de todo mobiliario aparte de la cama y la bañera. ¿Pero quién era aquel gusano jorobado e ingrato para criticarla?

—Puedes irte —le dijo.

Él permaneció un segundo inmóvil y entonces se volvió y empezó a bajar las escaleras. Se había vuelto a poner la sudadera y la camisa con los que ella lo había encontrado. Estaban manchados de barro y sangre. Al cabo de un instante, Kaitlin lo siguió escaleras abajo. Al llegar al final, él se detuvo pero no se volvió.

—Lo siento —dijo.

—¿Qué?

—Lo siento —aspiró profundamente y su joroba se alzó y bajó como si fuera una criatura viva—. Me has ayudado. No debería portarme como...

—¿Un gilipollas? —sugirió Kaitlin.

Él permaneció inmóvil y entonces, aún sin mirarla, asintió.

—Sí —empezó a caminar hacia la puerta.

—Blackie el Jorobado —dijo Kaitlin y él se detuvo—. Así es como te llaman los niños en el pueblo.

—No sólo ellos. Qué creativo, ¿eh? ¿De dónde crees que se lo habrán sacado?

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —preguntó.

Ahora sí se volvió hacia ella y la miró con frialdad.

—Arroyo Negro.

—¿Te llamas así? —le preguntó con incredulidad.

—Sí.

—Estás bromeando.

—No.

Durante un prolongado momento permanecieron mirándose el uno al otro desde una distancia de cinco o seis metros.

—Bueno, de lo que estoy segura es de que no voy a llamarte «Chepa». «Blackie» me suena a Retriever del Labrador y «Negro» a secas no es mucho nombre que digamos, así que creo que voy a llamarte «Arroyo» —él siguió mirándola—. Supongo que estás muerto de hambre.

—Sí —respondió sin más.

Bajó los últimos escalones y pasó junto a él.

—Ven. Estás de suerte. Tenemos comida de sobra en la casa.

Tras limpiar un poco avergonzada los restos de la vomitona de antes, le hizo unos

perritos calientes. El señor Robesin no le había comprado ninguna salsa y ella no tenía panecillos, así que hizo las salchichas hervidas y las metió en pan blanco. Se comió una; él las otras siete. Sólo había una silla plegable en la mesita de la cocina, así que Kaitlin se apoyó en la encimera. Su invitado no parecía saber demasiado sobre maneras en la mesa. No la miró una sola vez. No dijo nada.

Impelidos por el incómodo silencio, los pensamientos de Kaitlin empezaron a dar vueltas, a arremolinarse y a bullir.

Se preguntó por qué le había dejado entrar en su casa, y no tanto porque hubiera sido maleducado con ella —cosa que ya resultaba molesta por sí sola— como porque era... *algo*. No comprendía todos los detalles. No comprendía *ningún* detalle. Y no quería hacerlo. Estaba tratando de no pensar en sus visiones y en lo que podían significar con respecto a él; era algo que nunca había visto. Pero estaba tratando de volver a encontrar su sitio en el mundo normal; tenía que pensar que no era más que un vagabundo al que habían dado una paliza. Pero era absurdo ignorar que aquel tío había *matado* a alguien. No tenía pruebas *per se*, nada que hubiera podido enseñar a la policía aun en el caso de que se hubiera sentido inclinada —y no era así— a entregarlo, pero a juzgar por lo que había visto...

—¿Es cerveza eso de la nevera? —le preguntó el hombre, rompiendo al fin el silencio.

—¿Eh? Oh, sí. Sírvete.

Él se levantó y sacó dos latas.

—No gracias —dijo Kaitlin.

La miró, perplejo por un instante y entonces pareció comprender a qué se refería. En el mismo instante, Kaitlin comprendió que no había sacado la segunda cerveza para ella. Abrió la primera y se la bebió en menos de treinta segundos; la segunda la apuró en un tiempo más razonable.

—Tienes sed, ¿eh? —dijo, al tiempo que cruzaba los brazos—. Hay más.

—Ya lo sé.

Su brusca y despreocupada respuesta hizo saltar todas las alarmas en el cerebro de Kaitlin. Había algo predatorio en su tono, algo que sugería que tomaría sencillamente lo que quería. Hundió las yemas de los dedos en la encimera mientras rápidos destellos de colmillos y garras cruzaban por su mente. ¿Su visión especial, un bombardeo residual?

¿O la visión de un futuro posible, la manera en que se desarrollarían los acontecimientos si permitía que aquella criatura se quedara en su casa? Aquella clase de visión, un destello de presciencia, no la había asaltado desde hacía bastante tiempo y no quería tener nada que ver con ella. Pero ¿acaso tenía elección? ¿Es que había abierto la ventana al otro mundo y ahora todas aquellas influencias malignas eran libres para acosarla?

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Qué? —balbució como respuesta, sorprendida, alarmada—. ¿A qué te refieres con «qué»? —¿Quién era aquel hombre? ¿*Qué era*? Más de lo que parecía a primera vista... para la mayoría de la gente. Herido o no, era letal. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Kaitlin se hubiera arrancado los ojos. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida y haberlo metido en su casa?

—¿Qué pasa? Me estabas mirando como si... no sé, como si...

—¿Quién te ha dado la paliza? —inquirió Kaitlin. Los destellos de sangre y cuerpos desmembrados que no podía sacarse de la cabeza la aterrizaron; tenía un miedo espantoso a que él se diera cuenta de que conocía su secreto, a que lo que había visto no fuera sólo el pasado sino también el futuro.

—¿Qué?

—Ya me has oído —dijo con voz beligerante, tratando de abrirse camino a codazos entre su propio miedo—. ¿Quién te ha dado la paliza? No has sido tú sólo el que se ha dado un repaso ahí fuera.

—No sabes de qué estás hablando, muchacha —respondió él, indignado al instante.

Kaitlin contuvo el aliento, aterrada. ¿Hasta dónde podía presionarlo? Quería distraerlo para que no advirtiera la realidad sobre ella. Pero ¿hasta dónde podía llegar? Si su desafío ahondaba demasiado, si llegaba hasta el depósito de furia y violencia que ella había visto, puede que sus visiones resultaran proféticas. No podía arriesgarse a cruzar aquella línea en la oscuridad. Conciliación.

—Por eso lo pregunto —dijo, aún firme pero menos desafiante—. Si vas a quedarte aquí...

—¿Quién dice que voy a hacerlo?

—¿En qué otro sitio ibas a estar?

Kaitlin oyó las palabras pero no pudo creer que las estuviera pronunciando. ¿Él estaba sugiriendo que iba a marcharse y ella trataba de convencerlo de que se «*quedara*»? ¿Aquel asesino inhumano —literalmente inhumano— que probablemente la destripara y devorara sus entrañas antes de la mañana siguiente? «*Estúpida, estúpida, estúpida*». ¡Hacía un minuto estaba rezando para que se marchara y ahora le pedía que fuera su invitado!

Parecía que Arroyo no tenía respuestas para su pregunta y ella no podía explicar por qué la había formulado. De nuevo se vieron abrumados por un silencio prolongado.

—Como quieras —dijo Kaitlin al fin y salió hecha una furia de la habitación. No tenía valor para rescindir la invitación pero confiaba en que si dejaba la puerta abierta, de manera figurada, al menos, la tozudez del hombre se apoderaría de él y desaparecería.

Subió al piso de arriba y se dirigió a su cuarto tras pasar un momento por el baño para recoger su manta. Arroyo la había dejado tirada en el suelo. La tela estaba mojada y olía como él antes de bañarse. Kaitlin cambió de idea y la dejó donde estaba. Se metió en la cama y esperó.

Y esperó.

Durante algún rato, escuchó sonidos procedentes del piso de abajo: ruidos inocuos, normales, los ruidos de alguien que se movía por la casa; no como si Arroyo estuviera destrozando cosas, o desgarrando gente ni nada por el estilo. Entonces se hizo un largo silencio por toda la casa. No se oía nada. Mientras trataba de aguzar el oído el sol se hundió en el horizonte y comenzó a esperar contra toda esperanza que se hubiera marchado. De alguna manera, había logrado que los goznes no chirriaran y se había ido. No iba a matarla y violarla en la oscuridad de la noche. Se había tomado un paquete de salchichas, un par de cervezas y se había largado tan feliz. De nuevo contra lo que le dictaba el juicio, empezó a sentir lástima por él. Se contuvo y entonces sus emociones se columpiaron en la dirección contraria. Las preguntas y respuestas no dejaban de acumularse en sus pensamientos. ¿Por qué no debía ayudarlo? Porque iba a matarla. ¿Por qué no iba a matarla? Porque lo había ayudado. Se hubiera muerto ahí fuera. Necesitaba un lugar para quedarse. Necesitaba protección. Pero ¿cómo iba *ella* a protegerlo? ¿Y si quien le había dado la paliza venía a buscarlo? Ésa no es la cuestión, se dijo. Entonces, ¿cuál era la cuestión? La cuestión era que a pesar de que ella lo había ayudado, aún era posible que fuera un asesino enloquecido. No, ésa no era la cuestión, en realidad no. Él era diferente... peligroso... necesitaba ayuda... *ella* necesitaba ayuda...

Kaitlin se cubrió la cabeza con la manta. No podía pensar con claridad. No podía concentrarse en un solo pensamiento el tiempo necesario para desarrollarlo apropiadamente. Era un peatón ciego, sin posibilidad de atravesar una autopista llena de tráfico. Aquél era el caos que creía haber dejado atrás en la ciudad. Aquello era lo que el aislamiento debiera de haber curado. Pero el mundo había venido a buscarla, ambos mundos...

Mientras permanecía aterrorizada debajo de la manta, no podía dar crédito a la absurda valentía que había demostrado antes. ¿En qué estaba pensando? ¿Es que estaba *tratando* de enfurecer a ese tío? Era una criatura que vivía de la furia...

¿Cómo sabía eso? ¿De dónde había venido ese conocimiento? ¿De dónde habían venido las imágenes de la carnicería dentro del bar, cuando lo único que había hecho era tocar el cristal de la puerta delantera? Kaitlin sollozó. ¿Cómo podía escapar del otro mundo si sus fragmentos irrumpían en su interior sin ser invitados?

Pero el otro mundo *estaba* allí. La *arrastraría* consigo. Por mucho que ella quisiera evitarlo. Sintió la humedad de las lágrimas resbalando por sus mejillas.

Igualmente podía haberse quedado en casa, cerca de su familia y sus amigos. Pero el mundo estaba cambiando, descomponiéndose, enfermado, muriendo y ella no podía quedarse para ver que eso les ocurría. Le hubiera partido el corazón.

Aquella era una de las razones por las que se había marchado. Puede que *la* razón. En aquel momento no se había dado cuenta y tampoco durante el período que había estado enganchada a las drogas y la prostitución. Pero durante sus dos años de soledad, había terminado por comprenderlo. Sí, los detalles de su drama personal habían desempeñado un papel, pero la sensación de impotencia se extendía más allá de la violación. Si los únicos monstruos que hubiera tenido que contemplar hubieran sido humanos, habría podido soportarlo, pero saber lo que había ahí fuera, la clase de cosas... ¿Qué hubiera hecho si un espíritu malévolo se hubiera introducido en su madre? Eso era lo que le había pasado a la señora Mjonski, dos manzanas más allá de su casa. La extraña cara que asomaba tras los ojos de la anciana había fascinado a Kaitlin... hasta que un día la señora Mjonski se había clavado dos agujas en el cerebro a través de los ojos. Y algo igualmente horrible podía haberle pasado a su hermano. ¿Cómo hubiera protegido su curiosidad a Anthony de los muertos vivientes? No hubiera podido soportar que le ocurriera algo tan espantoso a su familia.

Así que la había abandonado. Y había tratado de fingir que ni ellos, su familia, ni las criaturas sobrenaturales, existían. Como cuando se cubría la cabeza con la colcha, abandonar a todos aquéllos a los que amaba no significaba que aquellas cosas horribles y aterradoras no les pasarían a ellos... sólo que ella no tendría que experimentar su dolor y su sufrimiento. Marcharse era un acto de egoísmo. Pero ella era demasiado sensible; se hubiera roto por dentro. ¿Lo hubiera hecho? ¿Quién podía decir que no?

El crujido de una tabla del suelo en el piso de abajo interrumpió las introspecciones de Kaitlin. Contuvo el aliento. Después de pasar tantas horas, semanas, meses a solas en aquella casa había terminado por reconocer su manera de respirar y asentarse: el roce de las ramas contra el tejado, el traqueteo de las ventanas cuando el viento soplaba con fuerza, el agitarse de las ardillas que anidaban en la chimenea... así como el sonido del peso en el linóleo de la cocina o en la madera del vestíbulo. Esto último fue lo que oyó ahora.

Su corazón latía con mucha fuerza en sus oídos, una salva de veinte, treinta latidos, pero no exhaló.

Él se encontraba de pie en el vestíbulo. ¿A qué estaba esperando? ¡*Lárgate!*, quería gritar. Entonces oyó un nuevo crujido, pero no el de la puerta principal al abrirse, sino el del primer escalón. El pulso le martilleaba en el cerebro. Tenía que respirar. Se formaron silenciosas maldiciones en sus labios mientras trataba de hacerlo —de forma tranquila, lenta y controlada— y fracasaba.

Siguió en su mente la progresión de los pasos. El séptimo escalón crujió exactamente cuando debía de haberlo hecho. Kaitlin estaba paralizada. Podía salir por la ventana, alejarse por el tejado del porche y descender por el poste para... ¿para escapar? O para ser cazada en la oscuridad del bosque. ¿Podía escapar de aquella criatura...?

No era una criatura. Era un hombre. Pero ella la había visto...

Un gemido sordo escapó de sus labios, apenas un susurro pero a ella se le antojó un grito de angustia primaria. Un alarido de muerte. No podía controlar su miedo, no hubiera podido convencer a su cuerpo de que se moviera aunque hubiera querido. Siguió escuchando. ¿Se le había pasado por alto el crujido del décimo escalón? Hubiera debido de estar... Allí. Debía de haber hecho una pausa. La había oído. Seguramente quería que estuviera despierta cuando le abriera la garganta y desparramara sus entrañas por toda la casa; seguro que le encantaba que supiera que se estaba acercando. Olería el sudor de su miedo.

Pasos en el pasillo del piso de arriba. Kaitlin trató de sentirse alegre por no tener que tomar más decisiones difíciles... se había *equivocado* en todas ellas pero al menos no tendría que tomar más. Imaginó cómo sería el dolor: las garras adentrándose en su carne, más profundas que la jeringuilla de la heroína, desgarrando piel y músculo, separando la carne de los huesos. Pensó que preferiría un tiro —un tiro y luego nada— a sentir cómo la hacían pedazos. ¿Tardaría mucho en morir? Esperaba que no. Pero en ese caso puede que él la reservara. Como el día anterior, cuando estaba inconsciente y no la había matado.

Estaba en el umbral. Ella quería cerrar los ojos, fingir que estaba dormida, aunque no fuera para engañarlo, que no podría, sino para no ver el golpe. Pero los ojos casi se le salían de las órbitas. ¿Era una lágrima lo que resbalaba por su mejilla o la sangre de un capilar que había reventado?

Entró en el cuarto. Ella sintió que se formaba otro gemido de horror en su garganta pero lo contuvo con su aliento. La habitación estaba a oscuras. No podía saber si él la estaba mirando. Sólo era una silueta. Y entonces se inclinó, se arrodilló. Tenía algo en las manos: la manta. La extendió sobre el suelo y, mientras Kaitlin lo miraba sin comprender, con el corazón helado de terror, se tumbó hecho un ovillo junto a su cama y se echó a dormir.

En algún momento volvió a respirar. Empapada de sudor, empezó a temblar bajo la colcha. Tembló hasta que se le pinzaron los músculos: los brazos, los pies, las piernas, el estómago, la mandíbula. Pero el frío y el dolor significaban que seguía viva. Cuando la fatiga la reclamó al fin, durmió como los muertos.

Capítulo doce

—¿Está el señor Robesin?

—Sí. Por ahí, muchacha —el hombre del mono aislante y la tablilla con sujetapapeles en la mano, sujetó a Kaitlin del brazo mientras ésta se volvía—. Espera —dio un respingo y trató de soltarse pero la mano del hombre era fuerte. La sujetó hasta que un camión de basura de grandes dimensiones pasó rugiendo desde la dirección de la carretera principal—. No siempre miran por dónde van —dijo el hombre mientras el camión se alejaba.

—Vale —dijo Kaitlin, resentida por el hecho de que la hubiera sujetado. ¿Se creía que era tan tonta como para ponerse delante de un camión? Pero enseguida lo reconsideró: estaba tratando de ayudarla, de asegurarse de que no le pasaba nada, no pretendía decir nada con ello—. Gracias —se forzó a decir. Era ella la que estaba un poco nerviosa aquella mañana. Puede que *si* se hubiera puesto delante del camión. Últimamente parecía empeñada en matarse.

Mientras se dirigía hacia el pequeño edificio se tapó la cara para protegerse de la nube de polvo que había levantado el camión al pasar. Había en el aire un olor tenue de algo que se quemaba; no el característico aroma del fuego de madera sino algo más parecido al acre tufo de la basura quemada, un olor químico, sintético. Kaitlin había esperado algo mucho peor. No había una densa y grasienta nube de hollín y humo, ningún residuo de cenizas extendido en varios kilómetros a la redonda.

Miró hacia atrás y descubrió con sorpresa que el trabajador ya no le estaba prestando atención. Se sentía como si todo el mundo la estuviera observando pero un rápido examen de la zona le reveló que el puñado de trabajadores que había entre los edificios de ladrillo y los almacenes de metal tenían otras ocupaciones aparte de espiarla.

—Lo que pasa es que estás asustada —dijo y al instante deseó no haberlo hecho. No quería que toda aquella gente pensara que hablaba sola; no quería que pensarán que estaba loca.

Pero sí que estaba asustada. Arroyo seguía en el suelo cuando había despertado. Hecho un ovillo en la manta... como una mascota. Qué extraño. Y no es que se estuviera quejando. Era infinitamente preferible eso a que hubiera subido a su cuarto para matarla. Por la mañana Kaitlin se había dado cuenta de que su reacción de la pasada noche había sido excesiva. Resultaba más fácil desechar las visiones. *Aquél* era el mundo, el mundo *real*: camiones y edificios feos y gente trabajando. Allí era donde tenía que encontrar asidero. Su mente dejaría de jugarle malas pasadas muy pronto. Puede que si le iban las cosas bien por allí regresara con su familia, o a Detroit.

Pensar en la ciudad le provocó un repentino ataque de ansiedad. No importa, se

dijo. Tómate las cosas con calma. Un paso detrás de otro por el camino cubierto de polvo.

El edificio de ladrillos era una oficina llena de archivadores y estantes y entre ellos, detrás de una mesa, se sentaba una mujer muy fea vestida con un jersey grueso de lana. Esbozó una cálida sonrisa al ver a Kaitlin.

—¿Puedo ayudarte?

—Eh... ¿está el señor Robesin?

—Sí, claro. ¿Quién le digo que quiere verlo?

—Kaitlin Stinnet. Pero... pero no creo que conozca mi nombre. Me ofreció un empleo.

—Oh. ¿En la oficina? Eso es maravilloso. Llevo meses pidiéndole que contrate a alguien para ayudarme. Me llamo Frances. Sólo un segundo —marcó una extensión en su teléfono—. Floyd, hay una mujer aquí que viene por lo del trabajo. Kaitlin Stinnet —colgó—. Saldrá ahora mismo.

Kaitlin asintió. Se entretuvo mirando la habitación y tratando de ignorar el hecho de que, a diferencia de los hombres del exterior. Frances sí que la estaba observando, aunque no como las mujeres de la tienda, llenas de suspicacia y de una curiosidad digna de la prensa amarilla; Frances era toda sonrisas.

—Disculpa el desorden —dijo la secretaria al ver que Kaitlin parecía interesada en los diversos archivadores y estantes llenos a rebosar de papeles de aspecto oficial—. Verás, lo que hacemos aquí es fabricar papeleo. Se supone que la incineradora se encarga de la basura de la zona, pero aquí dentro tenemos nuestra propia basura —se echó a reír con naturalidad y dio unas palmaditas a una de las montañas de documentos que tenía sobre la mesa—. No sé cuántos árboles han pasado por esta oficina en el último año pero te apuesto algo a que podríamos reforestar todo el camino de aquí a Tejas y aún nos quedaría algún archivador lleno.

Kaitlin volvió a asentir. Se sentía como si se esperara una respuesta de ella, pero no sabía qué decir. En algún momento del tiempo que había pasado recluida, había perdido la habilidad para la charla intrascendente; había perdido la habilidad para la *gente*. Estaba acostumbrada a estar sola, a no tener que hablar con nadie. ¿Qué es lo que quería de ella la tal Frances? ¿Por qué estaba mostrándose tan amigable? Seguro que quería algo. La gente era cruel por naturaleza y sólo se mostraba amistosa cuando le convenía.

—¿Vives por aquí? —preguntó Frances.

Ahí estaba: alguien más que quería saber dónde vivía Kaitlin. ¿Para qué?

—No muy lejos —dijo, al tiempo que empezaban a asaltarla las dudas sobre su nueva incursión en el mundo real. Puede que no fuera tan buena idea, pensó mientras veía cómo se volvía rígida y ligeramente tensa la sonrisa de Frances.

—¿Llevas mucho tiempo en la zona? —le preguntó ésta.

—Algo.

—Oh. Ya veo. Qué bien.

—Ah, Kaitlin —dijo el señor Robesin mientras abría la puerta de la pared opuesta—. Me alegro de que hayas venido. El otro día no se me ocurrió preguntarte tu nombre, pero supuse que serías tú. Ya conoces a Frances.

—Sí —dijo Kaitlin, avergonzada de repente por su paranoia. Puede que sólo los primeros encuentros fueran los malos y que ya hubiera superado en su mayor parte la desconfianza que sentía hacia el señor Robesin pero lo cierto era que parecía muy amistoso y genuinamente alegre de verla—. Ha sido... de gran ayuda. Y es muy amable.

—Por supuesto que sí —dijo el señor Robesin—. Entonces, ¿te quedas a trabajar hoy mismo o sólo has venido para ver el lugar?

—Um... supongo que puedo quedarme.

—Estupendo. Ya nos preocuparemos luego del papeleo: ya sabes. W-4, I-9, todo eso —el señor Robesin se frotó las manos—. Frances, ¿puedes irle enseñando, para empezar, a diferenciar los tipos de informes y a clasificarlos?

—Con mucho gusto.

—Estupendo. Como ya te dije, Kaitlin, al principio sólo podremos pagarte el salario mínimo pero lo iremos revisando periódicamente y puede que te concedamos un aumento cada tres meses. Quince horas a la semana. Somos bastante flexibles por lo que se refiere a los horarios. Sólo necesitamos ayuda para salir de debajo de esta avalancha de papel —indicó la sala entera— y permanecer fuera de ella. Puede que archivar documentos no parezca algo muy importante pero lo cierto es que estamos constantemente achicando agua.

—Floyd —dijo Frances— estás mezclando las metáforas.

—¿Ah, sí? Oh. Bueno, ya me entendéis. En todo caso, estamos encantados de tenerte entre nosotros. Te dejaré en las capaces manos de Frances. Tengo que ocuparme de algunas cosas. Cuando termine te llevaré a hacer una visita. ¿Te parece bien?

Kaitlin asintió. Estaba un poco aturdida por el casi maniático y amistoso frenesí de actividad desplegado por el señor Robesin. Lo mismo que le había pasado en la tienda, salvo, claro, durante el tiempo que sí que había estado aturdida de verdad.

—Estupendo —dijo él mientras se enderezaba la corbata—. Entonces os dejaré trabajar.

—Muy bien, querida —dijo Frances cuando las dos mujeres estuvieron a solas—. Vamos a tomarnos las cosas con calma y hacerlas bien. No hay por qué apresurarse, porque no acabarías con todo ni en un mes entero de domingos. Pero cualquier ayuda, por pequeña que sea, es de agradecer. Así que empezaremos con este montón...

Arroyo Negro despertó sin la familiar molestia de una resaca... que no era lo mismo que sin dolor. Ni de lejos. Su oreja, o lo que quedaba de ella, había sangrado sobre la manta mientras dormía; su rostro, a pesar de que las magulladuras e hinchazones habían desaparecido milagrosamente, era un mapa de costras supurantes. Los dos dedos rotos habían vuelto a la normalidad, aunque estaban un poco rígidos. Las heridas, hasta la oreja desgarrada, no tardarían en curarse; probablemente al día siguiente, o al otro como más tarde.

Canción de Víspera, a pesar de lo enfurecido que había estado, se había asegurado de no hacerle ningún daño duradero. Lo más probable era que le quedaran algunas cicatrices para recordar la paliza: la oreja, algunas pequeñas marcas en la cara, por no mencionar las señales de arañazos de la espalda, pero al menos éstas no se veían. Estaba tan borracho y abatido que Canción de Víspera podría haberlo matado. Con facilidad. Pero el Galliard se había contenido.

—Mala suerte —dijo Arroyo Negro—. Todo el mundo sería más feliz.

El sonido de sus cáusticas palabras remarcó lo dolorosamente vacía que estaba la casa. Por la mañana había oído que la muchacha se levantaba y salía temprano pero la vaciedad que sentía trascendía su presencia o ausencia física. Aun cuando estaba allí, en la habitación. Arroyo Negro se sentía como si estuviera a solas. Era extraño: era como si pudiera ver a través de ella, como si no proyectara una sombra propia. Ni siquiera sabía su nombre.

Gruñó para sus adentros. ¿Qué diferencia suponía su nombre? Sólo era una humana.

No, pensó, no era *sólo* una humana. Lo había visto en una forma que los humanos, sencillamente, no podían comprender. Perdían la razón. Sus mentes se quebraban. Y sin embargo, la noche que Canción de Víspera y él habían salido del bar, ella no había huido; no había caído al suelo como una idiota babeante. No era *sólo* humana.

Era liviana, insustancial, estaba pero no estaba. ¿Podía ser del mundo espiritual? Él no era de la luna creciente pero los espíritus habían estado agitados durante los últimos tiempos. Búho y Serpiente de Agua se le habían aparecido y Meneghwo... Arroyo Negro sospechaba que el feo lobo era más espíritu que Garou. Ponderó la posibilidad durante largo rato: que la chica fuera alguna clase de espíritu. Dudoso, seguía pensando. ¿Por qué trataría de hacerse pasar por humana, una raza que tan a menudo era contraria a los intereses de Gaia? Pero definitivamente había *algo* atípico en ella. No había podido determinarlo por el olfato y tampoco había servido de nada encontrarse con ella y hablar cara a cara. Sin embargo...

Al mirar a su alrededor. Arroyo Negro podía ver las señales de su naturaleza etérea... o más bien las señales que él no veía eran las que demostraban lo que pensaba. A sus ojos, la chica no dejaba casi huellas. Dejaba huellas literales —la

cocina estaba llena de ellas— pero por la impresión espiritual que provocaba, la casa hubiera podido estar igualmente vacía. Lenta, metódicamente, Arroyo Negro fue recorriendo las habitaciones. En el piso de arriba, el baño y el dormitorio eran las únicas que usaba y las únicas pruebas de que la casa estaba habitada: unos pocos artículos de tocador en el estante, una toalla deshilachada, una caja de cartulina con una camiseta y una muda extra, una cama sin hacer y, debajo de ella, una caja de cigarrillos con un poco de dinero y con una bolsa autoadhesiva llena de maría.

Dejó la caja donde la había encontrado, sin tocar su contenido. El dinero no le hubiera durado mucho y no le interesaba la marihuana. Más que eso, no obstante, la caja le parecía una especie de capilla minúscula o relicario oculto, inscrita no con las runas de los Garou sino con unas letras que proclamaban: *Rey Eduardo Imperiales*. La chica, a diferencia de la mayoría de los humanos, poseía muy pocas cosas y estas pocas eran las que contenían poder para ella, sus fetiches.

El piso de abajo era más o menos igual. Sólo la cocina y la habitación contigua, llena de envases reciclables, mostraba alguna señal de uso. El resto de la casa estaba lleno de polvo, era frío y estaba a oscuras. En la cocina, los estantes llenos de comida enlatada parecían un poco fuera de lugar y sin lugar a dudas había otro olor humano en la mayoría de las cajas y envases. Arroyo Negro había captado el rastro la pasada noche pero no le había prestado demasiada atención, un mal hábito que sabía que debía remediar.

La comida, a diferencia de los objetos personales que había encontrado bajo la cama, no le pareció inútil. Puede que la comida humana no fuera tan interesante como el fruto de una cacería pero tenía la ventaja de ser estacionaria y estar disponible. Al instante olvidó por completo a la muchacha y se concentró en el botín de su cocina.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Floyd Robesin a voz en grito sobre el rugido del camión que pasaba a su lado—. No siempre miran por donde van.

Al menos no le cogió el brazo. Kaitlin no pudo evitar una risa: todos esos hombres preocupados de repente por ella y creyendo que corría peligro a causa del tráfico. Aun así, se sentía aliviada de encontrarse en el exterior después de tantas horas archivando. Observó al camión que se alejaba.

—Eso no es un camión de la basura. Parece un transporte de gasolina o algo así.

—Productos químicos —dijo Floyd. La estaba llevando por el camino de grava, lejos de la oficina y de la carretera estatal, hacia el interior del complejo—. Será una visita rápida —dijo—. Sólo lo más interesante. La oficina ya la has visto... probablemente más de lo que te gustaría. Así que nos queda la fosa y la incineradora propiamente dicha, el laboratorio y las instalaciones de recuperación.

—¿Para qué necesitáis un laboratorio? —preguntó Kaitlin—. ¿Es que no estáis

quemando basura?

—Sí y no. Esto es lo que uno llamaría un complejo de incineradora «*amigable con el medio*», de última generación. Adelantado a su tiempo desde un punto de vista científico. Estamos poniendo a prueba algunos procesos y tratamientos experimentales que se extenderán por todo el país en el transcurso de los próximos diez años. Podrás decir que estuviste presente cuando todo empezó —dijo con un guiño bromista.

—Ahá.

—Almacenamos los residuos peligrosos de veinte condados —continuó Floyd, ajeno al parecer a la falta de entusiasmo de Kaitlin.

—¿Quieres decir... radiactivos?

—¿Eh? Oh, no, no, no. No *tan* peligrosos. No trabajamos con sustancias tóxicas. Nuestros procesos de combustión y filtrado impiden que los metales y productos químicos dañinos contaminen el aire y las aguas subterráneas. Mercurio, PCBs. Tratamos gran cantidad de basura industrial y doméstica: pilas, fluorescentes, desechos médicos, fertilizantes, cargamentos de pintura vieja, transformadores eléctricos... esa clase de cosas.

—Ahá. ¿Y no se va todo a la atmósfera cuando lo quemáis?

—No. Ésa es precisamente la cuestión. Ven.

El camino de grava continuaba una corta distancia. Tras pasar por uno de los edificios de metal de techo ondulado, Kaitlin y Floyd alcanzaron al camión que antes los había adelantado. Al otro lado de una valla metálica, unos trabajadores ataviados con lo que parecían trajes espaciales de película estaban conectando unas gruesas mangueras del camión a unas válvulas situadas en un costado de un edificio de ladrillo mucho mayor que su oficina.

—Ése es el laboratorio —dijo Floyd—. Acceso restringido por razones de seguridad. Están descargando los componentes que se utilizan para formar nuestro disolvente químico. Se inyecta en el fregador, o sea, después del horno, junto con una mezcla de agua y barro, y seca los gases de humero y los gases ácidos. Eso —dijo mientras se inclinaba hacia un edificio bajo de cemento con una chimenea situado a varios cientos de metros— es la incineradora propiamente dicha. ¿Quieres ver cómo funciona?

—Claro —dijo Kaitlin—. Lo que sea antes de seguir archivando —se arrepintió en cuanto las palabras abandonaron sus labios. Floyd, pues desde que había oído que Frances lo llamaba así no podía seguir pensando en él como el señor Robesin, le había dado un empleo. Lo menos que podía hacer era no comportarse como una bruja en su presencia.

Pero Floyd se echó a reír y no se tomó en serio el comentario. Parecía tan encantado de poder salir del edificio y hacer la visita como Kaitlin lo estaba de no

tener que seguir archivando. Era un trabajo tedioso y repetitivo pero ¿qué otra cosa iba a hacer? ¿De qué otro modo iba a volver a entrar en el mundo normal y cotidiano? Las gafas de Floyd hacían que se pareciera un poco a un sapo, una imagen que su calva cabeza no contribuía a deshacer. Era un sapo bastante agradable, pero un sapo en cualquier caso. Kaitlin seguía sospechando un poco de lo amable que era, lo *bueno* que era. Lo mismo le ocurría con Frances. La gente no actuaba así... al menos no con Kaitlin.

Floyd la llevó hasta el extremo de «la fosa», donde un camión estaba descargando su basura. Señalo la grúa que movería la basura hasta el suelo móvil, por el que resbalaría el cargamento para caer en el horno propiamente dicho. De pie junto a la fosa, Floyd no parecía reparar en el olor que hacía que Kaitlin arrugara constantemente la nariz.

—Pensabas que haría más calor a tan poca distancia del horno, ¿a qué sí? —le preguntó—. Las temperaturas son muy altas pero utilizamos una tecnología de aislamiento realmente notable. No puede ser de otra manera. Si no, el edificio, el cemento mismo, empezarían a desmoronarse. Los árboles en cien metros a la redonda arderían.

—Uau.

—Eso es.

Floyd señaló el mecanismo de fregado, el tanque de grandes dimensiones donde se introducía el secante químico y trató de explicarle en mayor detalle el proceso de filtrado, pero para entonces a Kaitlin había empezado a dolerle la cabeza —puede que a causa del frío, o del trabajo, o de la terminología técnica que él estaba utilizando constantemente— y no comprendió gran parte de los detalles.

—Creo que ésta es la mejor parte —dijo Floyd mientras la llevaba hasta el otro lado de la incineradora, a un área llena de pilas y más pilas de ladrillos—. ¿Tú qué crees que es?

—No lo sé. ¿Una zona en construcción? ¿Van a levantar otro edificio?

—Lo que se construye aquí son los ladrillos. ¿Qué consigues cuando quemas algo? ¿Qué te queda?

—Nada. Bueno... cenizas.

—Exacto. Cenizas. En el pasado, al filtrar sustancias peligrosas y eliminar el residuo gaseoso, o sea el humo, a las incineradoras les quedaba un remanente de cenizas muy densas y extremadamente tóxicas. Lo mejor de este sistema de AgriTec es que separamos por completo las toxinas. De modo que las emisiones al aire son inocuas, así como el residuo de cenizas. Básicamente, convertimos la basura en material de construcción. Y el año que viene añadiremos varias calderas y un generador de vapor que nos permitirán producir energía y enlazarnos a la red de energía local.

—Parece... impresionante —dijo Kaitlin, sabiendo que se suponía que debía estar impresionada—. Pero las sustancias tóxicas no desaparecen, ¿verdad? O sea, no están en el humo ni en las cenizas, pero están en alguna parte.

—Oh, sí. Pero el volumen se reduce exponencialmente y es casi insignificante en comparación a lo que tendríamos si tuviéramos que disponer de toneladas y toneladas de cenizas venenosas. Y los chicos del laboratorio están trabajando en algunas aplicaciones para descomponer estas sustancias del todo y volverlas inertes. No estoy familiarizado con los procedimientos científicos utilizados...

—Ya, ni yo. Oye, ¿no tienes frío?

—¿Qué? Oh, perdona. Te he tenido aquí fuera mucho tiempo y eso que dije que sería una visita corta. Volvamos dentro y veremos tu horario con Frances.

Capítulo trece

Kaitlin olió la cerveza en cuanto abrió la puerta. El aroma le devolvió varios recuerdos que creía casi olvidados. También trajo consigo una punzada de nostalgia... y por eso hubiera deseado que estuvieran olvidados del todo. Encontró a Arroyo en la cocina, sentado a la mesita. Tenía los ojos hinchados y estaba rodeado por una impresionante colección de latas de cerveza vacías y desparramadas por todas partes. Se detuvo en el umbral de la puerta y lo fulminó con la mirada. Él la observó sin el menor interés.

—¿Qué demonios...? —había visto cosas peores. Había *hecho* cosas peores. Pero no en aquella casa—. ¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Has vuelto —dijo Arroyo—. Si es que alguna vez has estado aquí de verdad.

—¿Qué? —hizo un recuento mental de las latas—. Era una caja entera de cervezas.

Arroyo habló lenta, cuidadosamente, pero a pesar de ello no logró articular las palabras con claridad.

—No. Veintiuna. Con las dos de anoche eran veintitrés. Te faltaba una lata para tener una caja.

—Sí, y ahora me falta una caja para tener una caja. ¿Qué estás haciendo? —le dio una patada a las dos latas vacías que habían caído al suelo. Él la miró con aire burlón, como si no entendiera la pregunta—. ¿Sabes por qué estaba esa cerveza ahí?

La miró con mayor perplejidad.

—Esa cerveza —le explicó, en absoluto complacida— esa caja de cervezas que había comprado, ha estado en esa nevera desde que me mudé a esta casa, hace dos años. Me bebí la lata que falta la primera noche que pasé aquí y ésa ha sido la última vez que he probado el alcohol y la última vez que pienso hacerlo.

Arroyo la miró y parpadeó. Su frente se arrugó.

—No comprenden...

—Es evidente que no —le interrumpió ella—. Durante dos años he mirado esas latas cada día y aunque hay muchas cosas que no sé, lo que sí sé es que no tienen ningún poder sobre mí. Ya no.

—¿Para qué... para qué tenerlas si no es para beberlas?

—Si no lo entiendes, no servirá de nada que trate de explicártelo. El no bebérmelas es mi manera de... *era* mi manera de, no sé... de tener el control. Podía mirarlas y saber que era mejor que eso. Podía beberlas o podía no hacerlo. La decisión era mía.

Empezó a hacerse luz en los ojos de Arroyo. Asintió con lentitud.

—Era una capilla.

—¿Qué?

—Era una capilla a tu fuerza de voluntad —continuó, ya no reservado sino malhumorado— y yo la he profanado. Ahora querrás que me vaya.

—¿De qué estás...? Eres muy raro, ¿sabes? —raro, pensó, y letal. Las imágenes de aquel hombre de pie frente al bar, con un cuerpo cargado al hombro, empezaron a pasar por sus pensamientos. El sol invernal casi se había puesto y sus racionalizaciones diurnas empezaron a ceder terreno frente a los temores de la noche. ¿Por qué estaba desafiando a aquel asesino? Que no la hubiera matado la noche anterior no significaba que no fuera a hacerlo ésta. Y sin embargo había en su sarcasmo de la pasada noche y en sus remordimientos de aquel día algo que la enfurecía—. También eres patético —dijo antes de pensárselo dos veces. Extraño y patético.

Él empezó a ponerse en pie y al hacerlo se apoyó sobre la mesita, que se inclinó peligrosamente.

—Me equivoqué —dijo, consternado— creyendo que tu capilla estaba en el piso de arriba. *Ésta* era tu capilla y yo la he destruido.

—¿De qué estás hablando? —Kaitlin levantó las manos—. Mira... —Dio un paso adelante, le puso una mano en el hombro y empujó. A pesar de la enorme ventaja de tamaño con que contaba Arroyo, su posición no era demasiado estable y no pudo evitar caer de nuevo en la silla—. Puedes marcharte si quieres —dijo Kaitlin con un suspiro— pero si prefieres quedarte, eres bienvenido. No has destruido nada. Sólo te has bebido una cerveza que yo no iba a beberme. Nunca —al mismo tiempo que pronunciaba las palabras, la voz del fondo de su cabeza, la voz de la razón, la voz que ignoraba casi por rutina, le estaba gritando que «*lo dejara marchar*». Puede que fuera el hecho de que resultara tan patético. No solía encontrarse con gente más patética que ella. Fuera cual fuese la razón, quería que se quedase—. Sé que eres... diferente.

Arroyo alzó la cara y la observó con ojos entornados. De repente Kaitlin sintió que había hecho algo que no debía. Una oleada de temor renovado se llevó la simpatía que había albergado apenas un instante antes. El aliento se le trabó en la garganta. ¿Por qué había permitido que el hecho de que hubiera dormido en el suelo, en una manta, la llevara a creer que no era peligroso?

—¿A qué te refieres? —dijo él. Ya no parecía tan borracho, tan impotente ni tan inofensivo.

Ahora que era ella la desafiada en lugar de la desafiante, Kaitlin sintió que se le escapaba todo el aire de los pulmones.

—A nada.

—¿Te refieres a esto? —se volvió para mostrarle la joroba con toda claridad.

—No... no me refería a nada.

—Sí que te referías a algo. ¿El qué? —su voz era baja, amenazante.

Kaitlin se apartó un paso. De repente vio escenas del interior del bar: los

intestinos de un hombre desparramados por el suelo, una velluda bestia negra mordisqueando esos intestinos. No dijo nada. ¿Qué *podía* decir? Si le decía la verdad, si le revelaba su secreto, ¿la destriparía también? ¿Dejaría trozos de su cuerpo por toda la casa para las ratas? Salió muy despacio de la habitación, embargada por el temor a que saltara sobre ella en cualquier momento.

Arroyo la observó mientras se marchaba. Se dio cuenta de que la estaba mirando como si fuese una presa. Su timidez aguijoneaba sus instintos de depredador. ¿Lo temería una criatura del espíritu? Los espíritus resultaban difíciles de predecir. Puede que fuera una criatura débil, quebrada. No obstante, cuando uno ofendía a un ser del otro lado del Velo, aunque fuera un espíritu aparentemente débil, corría riesgos.

Cuando la chica dejó de estar a la vista, Arroyo Negro oyó que sus pasos titubeantes se convertían en una carrera hacia el piso de arriba. Los tablones del pasillo, justo sobre su cabeza, apenas crujieron a su paso, tan liviana e insustancial era. Sabía lo que iba a hacer antes de oír el chirrido de su somier. Se había escondido debajo de la colcha. Era su lugar de refugio. Por eso se había equivocado con la cerveza. Los objetos de su caja de cigarros no eran más que minucias del mundo material y aunque si los hubiera robado la habría enfurecido, lo que había hecho era violar algo que era de importancia espiritual para ella, la cerveza de la nevera, importante por razones muy diferentes a las que hacían que el alcohol lo fuera para él. O quizá no tanto.

Varios minutos más tarde Arroyo Negro se dio cuenta de que seguía mirando el umbral, el último lugar en el que la había visto. Estaba confundido por los estallidos alternantes de preocupación y antagonismo que demostraba hacia él. Se había enfurecido con él pero después no lo había echado de la casa. Recordaba haberla visto aquella noche en la carretera. Había tenido miedo pero no había huido; se había quedado paralizada pero no había sucumbido a la crisis total que afecta a los humanos al contemplar un Garou. Y ahora, de alguna manera, lo sabía. Le había dicho que era diferente y no se había referido a su deformidad. Puede que lo hubiera sabido desde el principio. Pero ¿cómo? Veía lo que los humanos no podían ver. ¿Cómo?

Se obligó a levantarse de la liviana mesa. El alcohol seguía abriéndose camino por su cuerpo y su cerebro. Un cambio rápido a Crinos lo cambiaría, eliminaría las toxinas de su cuerpo, pero Arroyo Negro prefería esta visión del mundo, más irreal; enmascaraba algunas de sus aristas más afiladas. La claridad no era amiga suya.

Cuando estuvo de nuevo en movimiento, advirtió un tenue aroma que no había atraído hasta entonces su atención: un olor insidioso y desagradable. Husmeó el aire en el umbral en el que la chica se había parado. Ahora que era consciente de su presencia, resultaba tan evidente como la joroba de su espalda. Siguió el persistente

tufo escaleras arriba, hasta la habitación a oscuras. Con cada paso que daba, crecía la curiosidad que sentía hacia la mujer... y con ella, por vez primera, su desconfianza.

—No has comido —dijo desde el pasillo, tratando de provocar alguna respuesta. Necesitaba verla, olería, a causa de aquel nuevo hedor que le erizaba el vello de la nuca—. No puedes irte aún a la cama. Es demasiado pronto —la chica no respondió pero él sabía que no estaba dormida—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó—. No me lo has dicho.

Sabía que no habían hablado mucho pero ¿qué le había ocultado?

—Kaitlin —seguía titubeando pero al menos hablaba—. No me lo habías preguntado —dijo con voz débil y una osadía que no resultaba nada convincente.

—Kaitlin, ¿dónde has estado hoy? Apesta.

Hubo una larga pausa. Entre las sombras cada vez más alargadas del cuarto, Kaitlin se sentó en la cama y dejó que cayera la colcha. Seguía vestida.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—He dicho... —empezó a decir él en tono acusador, pero ella lo interrumpió.

—Tú tampoco olías muy bien cuando te encontré —le espetó. Se tumbó con un movimiento brusco, arrojándose casi sobre el colchón, y a continuación se tapó de nuevo con la colcha.

Su renovada combatividad cogió desprevenido a Arroyo Negro. Sólo un momento antes había parecido acobardada. ¿Y ahora...?, casi sin darse cuenta descubrió que estaba enfadándose con ella; con los dedos hundidos en la madera del marco de la puerta, luchó por contener la más familiar de sus emociones. Después de todo, ¿y si *de verdad* era una criatura espiritual? ¿De verdad quería ofenderla? Volvió a intentarlo.

—Quiero decir... Tú no apesta. Hueles a algo... malo. No, o sea... algo que es... algo que no deberías... algo que no eres tú. —¿Cómo había conseguido enredar tanto las cosas? Mancillado por el Wyrn, quería decir, pero si era inocente de verdad esas palabras no significarían nada para ella. Se dijo que debía recordar que posiblemente no fuera tan inocente ni estuviera tan indefensa como pretendía, no si había logrado de alguna manera sobreponerse al Delirio—. ¿Dónde has estado? —preguntó de nuevo.

—He ido a trabajar —dijo ella.

—No volverás a ir.

Era así de simple. Estaba dispuesto a darle el beneficio de la duda y creer que no era un astuto sicario del Wyrn, que aquella peste a Wyrn que se le había pegado al cuerpo era de alguna manera producto de la casualidad.

Aparentemente, las cosas no estaban tan claras en la mente de Kaitlin.

—Mira, tú —dijo con voz temblorosa, balanceándose entre el miedo y el resentimiento—. Eres bienvenido aquí porque no creo que tengas otro lugar al que ir

y no me gusta la idea de que vuelvan a darte una paliza para que mueras congelado. Pero no voy a permitir que me digas lo que tengo que hacer. Si vas a matarme, adelante, hazlo, pero ya he tenido suficiente de ese rollo tuyo de yo-Tarzán-tú-Jane.

—¿Qué es lo que has dicho?

La voluntad de resistirse abandonó el cuerpo de Kaitlin. Se llevó una mano temblorosa a la boca, como si de alguna manera pudiese contener las palabras que ya había pronunciado.

—¿Qué es lo que has dicho? —volvió a preguntar él. Kaitlin lo miraba, sin palabras, boquiabierta—. ¿Has dicho que si iba a matarte?

Kaitlin le dirigió una mirada enloquecida por un instante, con la actitud de un animal atrapado, pero al ver que no hacía ademán alguno hacia ella, se calmó un poco. Pero seguía asustada, temerosa.

—¿No es eso lo que haces?

La pregunta, la *acusación*, pendió entre ambos, apartándolos con la fuerza invisible de sendos imanes de igual carga. Arroyo Negro estaba desgarrado; quería presionar más, descubrir qué sabía ella exactamente. Pero además, a pesar del tufo de corrupción que la rodeaba, se negaba a creer que esa muchacha perteneciera al Wym. Le miró los ojos y se dio cuenta de que no era así como quería que ella lo mirara. No quería intimidarla; no quería que le tuviera miedo.

—Nunca he matado a nadie que no se lo mereciera —dijo, pero al instante supo que las palabras no parecían decir lo que él había pretendido. ¿Cómo iba *eso* a tranquilizarla? Se maldijo en silencio.

Con un suspiro, Kaitlin dejó que sus hombros se hundieran hacia delante, exhausto su diminuto cuerpo por los tumultos alternativos de la cólera y el terror. Lo único que parecía quedarle era resignación. Miró el suelo.

—Este lugar —dijo— es lo único que me queda —hizo una pausa, respiró hondo—. Era una especie de... como una fortaleza. He sido tan estúpida como para dejarte entrar, así que... si ya no es segura... —respiró hondo de nuevo—. Bueno, como ya he dicho, si vas a matarme, hazlo y acaba de una vez.

La severa desesperación de sus palabras hizo que Arroyo Negro se encogiera. Reconocía muy bien la mezcla de miedo y resentimiento que socavaba su voluntad. En ellas se reconoció a sí mismo apenas un par de noches atrás, cuando había esperado que Canción de Víspera lo matara, cuando había *deseado* que Canción de Víspera lo matara. Dio un paso hacia ella. Levantó una mano y, muy despacio, se la puso en el hombro.

—No voy a hacerte daño, Kaitlin —dijo con tono sombrío—. Tú me aceptaste cuando nadie más lo hubiera hecho. He abusado de tu hospitalidad y... lo siento. Siento haberte dado órdenes pero esta noche hay en ti un olor a...

—A basura —murmuró ella, aún abatida, derrotada. Si existía un atisbo de alivio

debajo de su desesperación, Arroyo Negro no pudo percibirlo—. Hoy he ido a la incineradora, trabajo allí —dijo—. Queman cosas. Para eso son las incineradoras. Tenía pensado darme un baño, muchas gracias.

Aquel intento de sarcasmo alentó a Arroyo Negro, le demostró que ella no se había hundido del todo en la impotencia... como él mismo había hecho tantas veces.

—No es ese tipo de olor —dijo sacudiendo la cabeza—. Puede que no te des cuenta. Puede que no sea la clase de cosas que tú puedes percibir.

Kaitlin se encogió de hombros.

—¿De veras has matado a alguien alguna vez? —preguntó. Parecía querer que le dijera que había sido una broma.

—¿Porqué lo preguntas? —la observó con atención. ¿De veras le preocupaba tan poco el rastro del Wyrn? ¿Estaba tratando de distraerlo o simplemente no entendía de qué estaba hablando? Quería decirle que sabía que ella lo había visto con su forma de hombre lobo. Quería que admitiera que lo sabía. Tal vez entonces pudiese confiar en ella.

Kaitlin titubeó pero no se rindió.

—Parece algo razonable que preguntarle a alguien que se aloja en tu casa.

Arroyo Negro cruzó los brazos, molesto por sus constantes disimulos. Seguía ocultándose, aquella mujer que lo había visto a pesar del Delirio. Sin embargo no lograba convencerse de que era una enemiga, una amenaza. ¿Era esta razón o mera simpatía por una persona que lo había acogido? Le dio la espalda y bajó al piso inferior. Había dicho todo cuanto se atrevía a decir por el momento.

Esperó allí mientras oía cómo se bañaba. Kaitlin bajó algún tiempo después y comieron en silencio. Tres horas después de que ella volviera a subir, fue a su cuarto. La vio durmiendo —esta vez sí que estaba durmiendo— y se acurrucó con la manta en el suelo, junto a su cama.

Capítulo catorce

No habría canciones sobre las hazañas de aquella mañana. Canción de Víspera estaba seguro de ello.

Poca gloria había en el asesinato de estúpidas e impotentes bestias.

Sin embargo, una incursión de caza contra unos bóvidos domesticados y carentes de espíritu era preferible a quedarse de brazos cruzados en el túmulo. Ahora que Galia había muerto y Balthazar se había ido con ella, Evert Nube de Muerte se había sumido aún más en su introspectivo malestar. Si la jauría de caza estaba fuera, Canción de Víspera se quedaba a solas con Ladra-a-las-Sombras y sólo era capaz de soportar al pequeño necio durante períodos de tiempo limitados. Y no es que la jauría fuera precisamente un dechado de cualidades intelectuales.

—Sin humanos no hay Wyrms —le había dicho Astillabedules para invitarlo a su pequeña excursión. Sin humanos no hay Wyrms. El mantra de los Garras Rojas era de cuestionable veracidad, en el mejor de los casos. Era cierto que la ruina del Wyrms solía seguir el curso de la migración humana, al igual que el reptar de la Tejedora, anatema para los espíritus. Hacía tiempo que Canción de Víspera y Evert habían discutido las relaciones causales entre ambos fenómenos: ¿eran los humanos los agentes de esta corrupción o sus víctimas? Como con la cuestión de la gallina y el huevo, nunca habían podido llegar a una conclusión satisfactoria, pero sus reflexiones filosóficas y cosmológicas habían servido para unir al clan. En ocasiones Galia se había sumado a los debates y, como era común en todos los miembros de su tribu, había demostrado un entendimiento y una reverencia innatas hacia todas las cosas espirituales. Bajo la dirección de Evert y ella, dos Theurge de gran renombre, el Clan del Claro Aullante hubiera debido de conocer un futuro próspero.

Pero en algún momento a lo largo del camino se habían descarriado. Los lazos de parentesco y camaradería que los habían unido se habían deshilachado. Canción de Víspera culpaba de ello a Chepa, el cachorro metis que era una ofensa a Gaia. Hubiera sido mejor que lo ahogaran nada más nacer. Pero Galia no lo hubiera permitido y la maldición del metis, como una insidiosa enfermedad, se había aposentado entre ellos.

«*Todo esta muriéndose*». Eso era lo que había dicho Chepa.

—Bah —murmuró Canción de Víspera para sus adentros. ¿Qué podía saber ese necio borracho? Puede que no fuese la mejor época que el clan hubiera vivido pero en cuanto Nube de Muerte se recobrase de su pena y recuperase su fuerza, todo cambiaría para mejor. A lo largo de los años. Evert había demostrado su sabiduría y visión de futuro. Generalmente exhortaba a los miembros del clan a mantenerse alejados de las zonas pobladas por los humanos. De esa manera se evitaban muchos altercados y los Garou protegían el túmulo evitando llamar la atención. La

proscripción no era absoluta: Canción de Víspera tenía su bar y Frederich sus asaltos contra granjas aisladas; Chepa iba al pueblo en ocasiones.

Pero espera, se dijo Canción de Víspera. Chepa ya no formaba parte de la ecuación. Exiliado. Desterrado. Probablemente, ahora que se había marchado cambiara la suerte del clan.

Desde hacía algún tiempo, los miembros del clan sólo se reunían en raras ocasiones; más que disfrutar de su compañía, se toleraban los unos a los otros. Ningún Garou nuevo llegaba al clan y ni lupus ni homínidos tenían descendencia. Era como si el mal del metis hubiera envenenado la fuente y Gaia no quisiera entregar más de sus guerreros a este mundo. Luego habían empezado a marcharse hermanos del claro o, como Primera Garra o Kelly Pies Livianos, se habían adentrado en las profundidades de la Umbra para no regresar. Sí, todo estarían mejor sin Chepa.

Aunque era demasiado tarde para Galia Hija de la Lluvia, enferma durante tanto tiempo y ahora muerta desde hacía tres días. Las suyas habían sido una gracia y una belleza sin igual. La idea de que podría seguir entre ellos de no haber sido por el alumbramiento del malformado Chepa lo atormentaba sin descanso. Canción de Víspera no estaba seguro de cómo había podido ocurrir pero no le cabía duda de que la presencia de Chepa en su vientre había provocado una infección, de espíritu si no de cuerpo, que la había ido consumiendo con lentitud sin que nadie se diera cuenta hasta que fue demasiado tarde. Ojalá pudieran sentarse todos y hablar como en los viejos tiempos. A Evert le haría mucho bien; a todos ellos se lo haría.

En cambio, lo único que le quedaba era «*Sin humanos no hay Wyrms*» como cénit de la excelencia intelectual. Lo sorprendía un poco que Astillabedules le hubiera pedido que los acompañara en el ataque. Puede que sintiera la ausencia de Galia tan profundamente como Evert, o como él mismo. Acaso fuera posible, remotamente, que el fallecimiento de Galia produjera algún bien. ¿No honraría su vida el hecho de que a través de su muerte los supervivientes se unieran más? ¿Era ésa la chispa que había de encontrarse entre la oscuridad?

Como llevaba haciendo desde hacía tres días, Canción de Víspera revolvió sus recuerdos y recitó para sus adentros historias, canciones, leyendas, de pérdida y congoja. Los Garou eran una raza proclive a la desesperación pero para que hubieran podido sobrevivir tanto tiempo, debía de existir entre ellos esperanza en la misma medida.

Encontraba poco consuelo en la reacción de Frederich Noche de Terror al saber que los acompañaría en la incursión. «No te pongas en medio» había gruñido.

Canción de Víspera se había tenido que morder la lengua para no señalar que una excursión para matar vacas en los campos de la granja Davidson no parecía el tipo de misión en la que su presencia pudiera poner en peligro a nadie. Noche de Terror no era de los que recibía el sarcasmo con estoicismo. Ni siquiera eran terneras, sino

vacas *lecheras*, hubiera querido decirle al alfa de la jauría pero por suerte la prudencia había prevalecido.

Eligieron la primera hora de la mañana, cuando las reses estarían sueltas en los campos. Canción de Víspera marchaba tras los demás, moviéndose tan silenciosamente como le era posible. Antes se pudriría en el infierno que darle a Noche de Terror razones para criticarlo. Astillabedules estaba de buen humor porque consideraba la granja una invasión de un territorio que por derecho hubiera debido estar libre de humanos. Cynthia Oreja Suelta estaba feliz porque su mejor amigo, Astillabedules, estaba feliz. Noche de Terror esperaba con impaciencia la matanza, porque en verdad no habría en ello ningún desafío, ninguna cacería, meramente el asesinato de unas cuantas bestias estúpidas.

Años atrás, la granja de Davidson había sido una empresa familiar, un pequeño enclave humano con su granero rojo, su gallinero y su huerta. Ya no. La casa había sido derribada y reemplazada por un remolque dos veces más ancho que tenía aspecto tanto de oficina como de vivienda. El gallinero y la huerta habían desaparecido, así como cualquier pretensión de autosuficiencia. La granja, aunque seguía perteneciendo a la familia Davidson, era ahora una gran explotación dedicada exclusivamente a la cría de vacas lecheras, que se ordeñaban en un edificio metálico que había reemplazado al pintoresco granero. Varios meses atrás, Noche de Terror había irrumpido en la «instalación lechera», donde había destruido varias máquinas y matado algunas cabezas de ganado: todo para atemorizar a los humanos. Algún tiempo después, había vuelto a visitar el lugar con Astillabedules para planificar un asalto a mayor escala. Puede que por esa razón Noche de Terror no hubiera puesto más reparos a la presencia de Canción de Víspera. La destrucción tenía su propia historia, divorciada de la gloria y el honor: puede que la fría mañana sí que les trajera algún cuento, después de todo.

Al salir del bosque, Noche de Terror había guiado a los otros tres Garou por una ladera descendente en dirección al edificio de metal. Las vacas lecheras, cuyas ubres acababan de soltarse de las máquinas ordeñadoras, estaban reunidas obedientemente junto a una puerta de carga, en uno de los lados del edificio; no oyeron, olieron o vieron cómo se les acercaban los atacantes. La muerte cogería desprevenidas a las estúpidas bestias.

El olor del lugar puso enfermo a Canción de Víspera: maquinaria y grasa y demasiado estiércol acumulado en un solo lugar. Al cabo de un instante se sumó el aroma de la sangre que se derramaba sobre el barro mientras Noche de Terror doblaba la esquina del edificio y les abría la garganta a dos de los animales. Al ver la furia del ataque, Canción de Víspera supuso que el macho alfa pretendía matar a las cincuenta o sesenta cabezas de ganado de la explotación. Que se pudrieran los humanos. Quienquiera que tuviera la desgracia de estar operando las máquinas

aquella mañana huiría... para ser encontrado en una fría zanja, musitando de manera incomprensible varias horas más tarde.

Astillabedules no estaba lejos de Noche de Terror y Cynthia Oreja Suelta se manchó también las garras de sangre. Las vacas más cercanas empezaron a mugir con aprensión pero los sentidos de los animales domesticados no eran demasiado aguzados y siguieron saliendo del edificio sin saber lo que les esperaba.

A pesar de que sentía un hormigueo en la nariz a causa de la cada vez mayor cantidad de sangre derramada por todo el campo, Canción de Víspera se mantuvo apartado. No odiaba tanto a los humanos como los miembros de la jauría de caza. Lo distraían los pensamientos sobre la fallecida Galia, sobre Balthazar, quien se había marchado en mitad de la noche para llevársela de regreso a su tribu, sobre Chepa, que decía que su tierra estaba muriéndose... Chepa, que tenía la culpa de todo.

Pero la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos era muy sugerente. Canción de Víspera sintió que se le hacía la boca agua, que le empezaba a gotear la saliva desde el hocico mientras observaba cómo destripaba Noche de Terror a otra criatura indefensa y engullía sus entrañas con un hambre nacida de la cólera. Entonces se dio cuenta de que puede que no tuviera suficiente con el ganado, puede que destruyera la granja entera si nadie lo impedía. *Ésa* sí sería una hazaña digna de una historia; eso haría que los humanos de las inmediaciones murmurasen con miedo sobre los bosques durante generaciones. Con un acto así Noche de Terror obtendría gran renombre.

Al cabo de unos pocos minutos, los cazadores habían acabado con puede que una tercera parte del rebaño. El campo estaba cubierto de cadáveres mutilados, y sin embargo, una tras otra, las estúpidas bestias seguían saliendo del edificio, siguiendo cada una de ellas la cola de la hermana que la precedía. Canción de Víspera se descubrió sintiendo respeto por la audacia de Noche de Terror. Nada de acabar con una o dos vacas en los linderos de los pastos. Dentro de poco todas las cabezas de ganado habrían caído... pero los cazadores no iban a seguir con su carnicería sin oposición.

Con un estruendo, otra puerta de carga, la que daba al campo en el que se estaba desarrollando la matanza, se levantó y del interior del edificio salió un hombre. Vestía de manera extraña, no como un hombre, sino con una especie de casco con una placa reflectante que le tapaba la cara y una armadura corporal. Sostenía un arma, una especie de pistola pesada que Canción de Víspera no había visto nunca. Un segundo humano salió a la fría y sanguinolenta mañana y luego un tercero, un cuarto y un quinto. Alzaron sus armas al unísono y dispararon.

Noche de Terror, que era el más próximo, los vio. Apartó la mirada de su festín, con tiras de intestinos desgarrados colgándole del hocico, pero sus ojos, en lugar de arder con el fuego de la furia cazadora, estaban vidriosos y la mirada era distante y

vacía. Los disparos de los humanos lo acertaron y lo derribaron. No eran balas normales, de eso se dio cuenta Canción de Víspera enseguida, sino una especie de cargas explosivas que detonaban al impactar y abrían agujeros del tamaño de puños.

Canción de Víspera abandonó al instante el lugar desde el que estaba observando y cargó ladera abajo como habían hecho sus camaradas unos instantes atrás. Astillabedules y Cynthia habían escuchado las detonaciones y eran conscientes del peligro... pero también ellos, al igual que Frederich, reaccionaron con lentitud y torpeza, no como los guerreros avezados que eran.

Noche de Terror, mientras sus terribles heridas se cerraban en cuestión de segundos, volvió a ponerse en pie. Se tambaleó hacia delante y al instante recibió una nueva salva explosiva que lo derribó sobre el barro y el estiércol.

Canción de Víspera cargó con furia. ¿Porqué no estaban huyendo aquellos humanos? ¿Cómo podían resistir y luchar? No había tiempo para contemplaciones. Una furia pura y descontrolada le nubló la vista. Los humanos dispararon otra descarga contra Noche de Terror antes de que pudiera ponerse en pie y a continuación se volvieron y dividieron su fuego entre los otros tres Garou.

Astillabedules y Cynthia atacaron con torpeza. Los humanos los acertaron con sus disparos y los Garou fueron derribados por las explosiones. Canción de Víspera, que aún no estaba tan cerca, hubiera podido dar un rodeo, pero su furia lo impulsó hacia delante a pesar del peligro. Una salva lo acertó en plena rodilla y estalló. Cayó al suelo, lisiado. Pero al cabo de un momento volvía a estar en pie, con la carne, los tendones y el hueso curados y enteros.

Los humanos aprovecharon la pausa en el ataque para volver a concentrar su fuego sobre Noche de Terror. Unos rayos láser señalaban partes de su cuerpo que a continuación estallaban convertidas en cráteres desgarrados. La peste a pelo quemado se unió a la de la sangre y el estiércol. Pero a pesar de todo Noche de Terror logró levantarse de nuevo, justo a tiempo para recibir otra andanada. Sus heridas se curaban sólo para abrirse de nuevo al cabo de un segundo. Su cuerpo era destrozado, se curaba y volvía a ser destrozado.

Cynthia y Astillabedules no eran de mucha ayuda. Era como si le faltaran las fuerzas; recobraron el equilibrio con demasiada lentitud como para poder avanzar. Pero los humanos debían de haber perdido de vista a Canción de Víspera. A galope tendido, rodeó el edificio para llegar desde la dirección opuesta. Los humanos no pudieron concentrar su fuego. Y con un salto que los cogió desprevenidos, cubrió los últimos metros y cayó sobre el más cercano de ellos.

Agarró el arma por el cañón y el humano disparo. La explosión, a tan corta distancia, los derribó a ambos. A pesar de la sangre que manaba de la herida de su estómago, Canción de Víspera se levantó primero. Antes de que nadie pudiera reaccionar, le abrió el pecho en canal a su enemigo, le arrebató el arma y la volvió

hacia los demás. Su primer disparo derribó a tres de ellos. Y, a diferencia de los Garou, ellos no volvieron a levantarse.

El humano restante, viendo que las cosas se ponían en su contra, se volvió y corrió. En vano. Canción de Víspera arrojó el arma al suelo con repugnancia y se precipitó tras él. La armadura corporal no le sirvió de mucho. En cuestión de pocos segundos Canción de Víspera le había quitado el casco y le había tapado la boca, que no dejaba de gritar, con sus propios órganos internos.

Con la sangre hirviendo de furia, Canción de Víspera encontró a otro humano, un joven sin armadura, patético, loco de terror, agazapado en una esquina del edificio de metal. El Galliard le arrancó la cabeza de un zarpazo.

Sólo entonces empezó a calmarse. Sólo entonces volvió con Astillabedules y Cynthia, que estaba aturcidos y se mantenían en pie a duras penas. Sólo entonces descubrió el cuerpo inmóvil de Noche de Terror, cubierto de crueles heridas que ya no se estaban cerrando. Se volvió hacia el sol naciente. Después de todo sí que habría una canción por los hechos de aquella mañana, aunque Canción de Víspera nunca la hubiera esperado. Un aullido de pesadumbre. Una *Endecha por los Caídos*.

Capítulo quince

—¿Por qué demonios querría nadie llevar la contabilidad de su basura? —preguntó Kaitlin mientras se enfrentaba a una más de las aparentemente interminables montañas de formularios y facturas que esperaban su atención.

—Cariño, no es el dinero lo que hace que el mundo gire, ni tampoco el amor —dijo Frances—. Es el papeleo.

—Pero si lo único que hacemos es quemar basura —insistió Kaitlin. En aquél, su segundo día de trabajo, ya se sentía parte del *nosotros*. Estaba cómoda trabajando con Frances, y ésa era una sensación nueva para ella. Al igual que Floyd, Frances parecía genuinamente amable y no parecía desconfiar de Kaitlin porque fuera negra o viniera de otra parte del estado. Los dos parecían dispuestos a cuidar de ella... y encantados de hacerlo. Como una familia.

—Bueno, por dos razones —le explicó Frances—. Para empezar, está AgriTec, Corporación Multinacional. A los ejecutivos, la gente trajeada que gana todo el dinero mientras tú y yo trabajamos casi por el suelo mínimo, les encanta el papeleo. Les gusta que todo esté por triplicado. Les gustan las copias amarillas y rosas. Son abogados y contables. Cuantos más papeles se crean y distribuyen, más importantes se creen ellos y mayor salario pueden demandar.

»En segundo lugar, la incineradora es un consorcio entre la administración y la empresa privada. El gobierno local está implicado, así como el gobierno estatal, los federales y la EPA. Todo lo que te he dicho sobre los ejecutivos es válido para el gobierno, sólo que por partida doble o puede que triple. El papel baja por la ladera de una colina y en la falda de esa colina es donde entramos tú y yo en el cuadro. Para limpiar el estropicio, encontrarle sentido y archivarlo todo.

Kaitlin levantó una hoja.

—¿Ésta dónde va?

—Déjame ver... Es una lista de envíos próximos. Aún no está sellada, así que hay que contrastarla con la factura de la persona jurídica implicada, el Condado de Roscommon. Así que va en este archivador, segundo cajón de abajo. Si ya estuviera sellada, habría que fotocopiarla y archivarla en el tercer cajón.

—¿Y la copia?

—Grapada junto con la copia azul de la factura. Luego se la enviaríamos a Floyd.

—¿Por qué no está nuestro formulario en papel autocopiativo como el de la factura? Necesitamos copias de los dos, ¿no?

Frances se atragantó y estuvo a punto de vomitar sobre su café.

—Cariño, da gracias porque no sea así. Podría estar en papel carbón. Tenemos suficientes formularios en papel carbón para los próximos quince años y a este lado de la incineradora no hay nada peor para la manicura que el papel carbón. Ese

formulario que tienes ahí es más reciente pero alguien se confundió al encargarlo, así que no utilizamos los autocopiativos. En su lugar hacemos fotocopias. Cuando se acabe esa hornada de formularios, volveremos al papel carbón.

—Ah, ¿cuántos formularios del tipo equivocado tenemos?

—Bueno... nos deben de quedar unos 250,000. Bastará con unos pocos años.

—Oh —perderse en las tediosas minucias de los diferentes formularios, literalmente centenares, era más que suficiente. Kaitlin no tenía que pensar en nada que no fuera el cajón y la letra del alfabeto correctos; no tenía que pensar en Arroyo... ¿Y qué clase de nombre era ése, por cierto? Tenía que preguntárselo alguna vez. O puede que no debiera poner su suerte a prueba con alguien que había admitido haber matado gente como si tal cosa. ¿Lo había dicho en serio? Por supuesto que sí. Ella había visto...

Pero lo que había visto no parecía tener tanto peso a la luz del día, lejos de él. Todo era como un mal recuerdo. No podía ser real; desde luego no formaba parte del mundo normal y allí era donde Kaitlin quería estar. Allí era donde Frances y Floyd vivían sus vidas; allí era donde la gente tenía empleos y recibía su paga, aunque fuera el salario mínimo; allí era donde la gente tenía comida en la cocina y no pasaba días escondida bajo la colcha, encerrada por miedo a ver otras cosas.

Ojalá pudiese convencerse de eso cuando estaba en su casa, sola a excepción de un hombre al que había visto destripar a otro con los dientes. Ojalá pudiera convencerse de que no había visto nada de eso cuando sentía un reguero de sudor frío en el costado y unos ojos predatorios que la examinaban tratando de decidir cuál era el mejor trozo de su carne. Todo estaba en su mente, se decía una vez tras otra. Pero sólo a la luz del día, lejos de él, llegaba, apenas remotamente, a convencerse de ello.

—¿Algún problema? —preguntó Frances al ver que Kaitlin estaba dirigiendo una mirada vacía al siguiente formulario del montón—. ¿Es de un tipo nuevo? Tenemos como un millón de formularios diferentes, así que no esperes aprendértelos todos en un día, o dos, o diez.

—No, no hay problema —dijo Kaitlin, avergonzada—. Éste lo conozco. Sólo me he perdido un segundo —esbozó una sonrisa de disculpa. Lo último que quería era causarle a Frances la impresión equivocada... o puede que fuera la impresión *acertada*, sólo que mala: que era una persona problemática en la que no se podía confiar y que no había conservado un trabajo regular desde... bueno, nunca—. ¿Hoy viene Floyd... quiero decir, el señor Robesin, o estará fuera?

Frances se echó a reír.

—Puedes llamarlo Floyd —dijo—. Aquí no somos muy dados a las formalidades y, además, si le llamas a él señor Robesin, querrás llamarme señora Oliver a mí y eso hará que me sienta como tu abuela y se me pondrá todo el pelo gris... o lo poco que aún conserva su color natural. Creo que está por aquí pero no estoy segura. Esta

mañana había un mensaje en el contestador, enviado anoche muy, muy tarde. Decía que no estaría aquí por la mañana, que probablemente llegaría tarde. No dijo por qué.

—Oh. De acuerdo —dijo Kaitlin con un leve encogimiento de hombros y siguió archivando. Había preguntado sobre el paradero de su jefe más que nada para cambiar de tema, para apartar la atención de su propia falta de concentración.

—Cuando se presente —dijo Frances con aire de conspiradora— fíjate: se disculpará por llegar tarde. Da igual que sea el jefe. Se disculpará.

Los pensamientos de Kaitlin no tardaron en volver a divagar. Ahora que la imagen del furioso semblante de Arroyo Negro devorando a un hombre se había abierto paso en su mente, el trabajo no suponía distracción suficiente para bloquearla. Hablar con Frances era mejor pero Kaitlin tampoco quería que la tomaran por una charlatana. Así que trató de hacer preguntas relacionadas con el trabajo.

—¿Por qué lo de AgriTec? —preguntó—. O, sea, lo de «Agri» es por agricultura, ¿no? Pero nosotros quemamos basura. ¿Qué tiene eso que ver con la agricultura? ¿Es sólo porque ayudamos a conservar el medio ambiente en general?

—También por eso —dijo Frances— pero la compañía trabaja en muchos campos diferentes. Hemos desarrollado un montón de alimentos híbridos para el ganado. Más saludables. Lo mismo que en general llevan años haciendo los científicos y granjeros, sólo que ahora todo el mundo se pone como loco y arma escándalo con lo de la ingeniería genética. Si la gente supiera la mitad de lo que come...

Eso era algo en lo que Kaitlin no quería pensar demasiado. Por suerte para ella, al cabo de unos pocos minutos, Floyd entró en la oficina. Estaba silbando. Kaitlin nunca había conocido a alguien que de verdad silbara mientras caminaba con aire alegre. Le recordó a uno de los Siete Enanitos. ¿Feliz? ¿Gruñón? ¿Puede que Muditto?

—Buenos días, Frances. Buenos días, Kaitlin. Siento llegar tarde. Una reunión de padres de alumnos. La había olvidado hasta... —se detuvo al ver que Kaitlin se echaba a reír—. ¿Qué pasa? ¿Es algo que he dicho? ¿Reuniones de padres de alumnos? ¿Qué?

—¿Te están ardiendo las orejas? —le preguntó Frances—. Estábamos hablando de ti.

—Oh. Muy bien —parecía aliviado de que no fuera que se había dejado la bragueta desabrochada o algo así—. Bueno, entonces...

—¿Eso es para nosotras? —preguntó Frances señalando un puñado de documentos que traía.

—¿Hm? Oh, sí. Me he topado con Larry de camino aquí... Larry Evans —le dijo a Kaitlin—. El Dr. Evans. Es el administrador del laboratorio. Toma —le entregó los formularios a Frances.

Ella los hojeó y pareció sorprenderse levemente.

—Cinco traslados a la vez. Qué raro, ¿no?

Floyd se encogió de hombros.

—Bueno, Larry es un tipo raro. Deben de haber terminado un proyecto.

—¿No eres tú el que manda? —preguntó Kaitlin y entonces se dio cuenta de que la pregunta resultaba peyorativa, cosa que ella no deseaba—. O sea, eres el director. Él trabaja para ti... ¿no?

Floyd soltó una risilla.

—El laboratorio forma parte de la división de I+D de la compañía. Nosotros llevamos parte de los aspectos administrativos de sus operaciones pero desde un punto de vista funcional yo diría que es semiautónomo.

—Lo que significa —añadió Frances— que los peces gordos piensan que cualquiera que se encuentre al otro lado de la verja puede ser un espía de otra compañía, así que no nos cuentan nada sobre lo que están haciendo.

Floyd lanzó a Frances una mirada que parecía decir «*No empieces a propalar rumores*».

—Eso no es del todo cierto —dijo—. Ayer mismo le estuve hablando a Kaitlin sobre el fregado y algunas de las técnicas de reciclaje. Lo cierto es que no entendería gran parte de los aspectos científicos de las operaciones aunque decidieran informarme sobre ellas. Así que simplemente nos atenemos al plan que nos marcan.

Frances, detrás de Floyd, asintió y le guiñó un ojo a Kaitlin.

—Sí, señor Robesin —esto pareció exasperar enormemente a Floyd, que suspiró y abandonó la oficina, mientras las dos mujeres rieron en silencio.

Al llegar a la puerta se detuvo y se volvió hacia Kaitlin.

—Oh, casi lo olvido —dijo, al tiempo que se daba unos golpecitos con el dedo en la cabeza—. Kaitlin, le he mencionado a Anne, mi mujer, que habías empezado a trabajar y me ha pedido que te invite a cenar. ¿Tienes planes para el viernes?

Por un instante Kaitlin sintió pánico y al instante se avergonzó de haber tenido aquella reacción sin razón alguna.

—El viernes. Eso es mañana.

Floyd lo pensó un momento.

—Sí. Supongo que tienes razón. Si ya tienes planes o si te viene mejor en otro...

—No, mañana será perfecto —dijo con demasiada rapidez, tratando de disimular su agitación y haciéndola aún más patente. ¿Por qué estaba Floyd haciendo aquello? ¿Es que su esposa quería ver a la nueva empleada, asegurarse de que no era demasiado guapa?

—Estupendo —dijo Floyd. Había intentado parecer agradable y entusiasmado pero sólo había conseguido dar la sensación de que estaba confundido—. Um... puedo llevarte desde aquí... mañana, me refiero. Y luego acercarte a casa. O sea... no tienes coche, ¿verdad?

—No, no tengo —dijo, forzándose a guardar la calma—. Será estupendo... muy

amable de tu parte.

—Estupendo —repitió él y a continuación desapareció en su oficina.

—Te gustará Anne —dijo Frances con voz tranquilizadora—. Es un auténtico encanto. Y tú le gustarás a ella.

Kaitlin sonrió y asintió y luego trató de perderse de nuevo en el trabajo.

Arroyo Negro alzó la cabeza. Estiró sus quejumbrosos huesos y se levantó de la sucia y gastada manta que se había convertido en su único consuelo. «*Ahora es como tu caseta* —le dijo una voz baja, vitriólica, seductora—. *Eres como su perro*».

Con lentitud, lanzó a su alrededor una mirada entornada, pero nadie había pronunciado las palabras, seguía siendo la misma habitación vacía con la colcha hecha un ovillo sobre la cama y la manta en el suelo. Aparte de los restos de pintura agrietada y descascarillada, las paredes estaban vacías. Había manchas de humedad por todo el techo, señales visibles de una amenaza invisible que, si nadie le ponía coto, iría pudriendo la madera y el yeso hasta que al fin la estructura resultara inhabitable. Arroyo Negro vio en las ventanas su propia imagen distorsionada y tras el cristal sólo la oscuridad, la impenetrable noche negra.

¿Tanto había dormido? No lo creía. Kaitlin debía de haber vuelto del trabajo pero no la oía. Se detuvo un instante para escuchar y oyó... nada. Absolutamente nada. «*No oyes nada, no ves nada, no haces nada. Inútil metis, perrillo faldero*», dijo la voz.

Arroyo Negro salió del dormitorio y sus pies de Homínido fueron de repente las zarpas de su forma lupina. Ya a cuatro patas se encontró, no en el pasillo del piso de arriba sino en lo profundo del bosque, bajo un cielo tan negro como antes, un océano tranquilo que no perturbaba el tosco reflejo de una parodia deformada. Se adentró por el camino que se abría frente a él, atraído inextricablemente hacia delante, trotando al principio y luego a la carrera, sin que a sus sentidos lupinos se les escapara un solo detalle del gran bosque que se extendía a su alrededor: la visión del diminuto Lagarto que cruzaba a rastras el camino; el aroma terroso de las hojas caídas, capa sobre capa, pudriéndose desde abajo; el crujido de las ramas inquietas. «*Éste es el lugar al que perteneces* —dijo la voz—. *Solo en la espesura. No como un esclavo de los humanos. Oculto a los ojos de los Garou*».

Arroyo Negro percibía la verdad que escondían las palabras. Mientras estuviera ausente no recordaría a los demás la desaprobación expresada por Gaia con su creación y ellos no podrían seguir abusando de él. Por lo que a los humanos se refería, no les había encontrado utilidad en toda su vida. Estaría mejor, más feliz por sí solo. Todo el mundo estaría mejor.

—Entonces, ¿te vas a quedar aquí? —preguntó el otro lobo.

La senda boscosa había desaparecido. Arroyo Negro se encontraba en un claro

apartado. En uno de sus extremos una fuente vivaz y burbujeante se vertía sobre una hondonada y, sentado junto al estanque, se encontraba el lobo horrorosamente feo que Arroyo Negro conocía como Meneghwo.

—Me quedaría —dijo Arroyo Negro con brusquedad— si creyera que iba a estar a solas.

Meneghwo reflexionó sobre esto; al cabo de un rato pareció comprender la indirecta.

—No te preocupes —dijo, neutro en el tono y en las maneras—. No me quedaré mucho tiempo. Éste es tu mundo onírico, no el mío.

Mundo onírico. Arroyo Negro volvió a mirar a su alrededor.

—Entonces, ¿nada de esto es real?

—Es tan real como quieras o necesites —dijo Meneghwo—. ¿Te quedarías aquí? —preguntó de nuevo—. ¿Dejarías atrás a tu clan, a tu familia, a tu humana?

«*No es una simple humana* —reapareció la voz—. *Es peligrosa. Nos ve. Lleva la mancha del Wyrn*».

—No tengo familia y no tengo clan —replicó Arroyo Negro—. ¿Por qué no me dejas solo? Los dos seremos más felices.

—No soy yo el que ha venido a tu sueño ha buscarte —respondió Meneghwo—. Tú has venido a buscarme a mí.

«*El lobo espíritu mente. Quiere que sigas sufriendo. Ni siquiera te dejará soñar en paz. Nadie quiere que regreses*».

Meneghwo frunció el ceño.

—Creo que ya es suficiente —dijo. De repente, era una gran bestia Crinos que se abalanzaba sobre Arroyo Negro.

El miedo se apoderó de éste pero, como en sus peores pesadillas, fue incapaz de moverse. Sus pies estaban pegados al suelo. Pies. Volvía a estar en forma de hombre. Su cuerpo adoptaba formas a su capricho, no por decisión suya. Su consciencia no era lo bastante tenaz para prevalecer en el mundo onírico.

Meneghwo alzó una zarpa... pero no golpeó. En lugar de hacerlo, puso la mano sobre el pecho de Arroyo Negro, sobre lo que éste vio lleno de asombro: una segunda boca. La boca se arrugó, llena de cólera y frustración. «*No está pensando en ti, sólo en sí mismo* —dijo la boca—. *Es estúpido y feo y quiere que compartas su destino. ¡Criatura fea y patética...!*». Las últimas palabras, un chirrido agudo y áspero, terminaron abruptamente mientras la boca se cerraba. Y entonces desapareció, como si nunca hubiera estado allí.

Arroyo Negro escuchó el silencio, completo a excepción del chapoteo de la fuente.

Meneghwo volvió a darle unas palmadas en el pecho y a continuación se apartó, de nuevo en forma de lobo gigante, y Arroyo Negro era también un lobo.

—Así que te quedarías —dijo el Lobo de Retazos sacudiendo la cabeza—. Cuánto te pareces a tu padre.

—Yo no tengo padre —dijo Arroyo Negro, que seguía mirándose el pecho con asombro.

—¿Recuerdas las palabras que Búho te dijo? —preguntó Meneghwo.

Arroyo Negro asintió.

—Dijo que la furia y el odio no son lo mismo.

—¿Y...? —lo instó Meneghwo.

—Que debía servirme de la furia sin sucumbir al odio.

—¿Entonces porqué las ignoras? —Meneghwo pronunció estas primeras palabras con voz severa pero luego continuó con mucha más amabilidad—. ¿Es que eres más sabio que Búho?

—Yo... yo... —balbució Arroyo Negro, incapaz de responder hasta que su furia se encendió y le prestó voz—. Yo soy al odio lo que el desierto al ardiente sol de la tarde. Cuando pase el calor, miraré con buenos ojos el sol. ¿Pero ocurrirá esto antes del fin de los tiempos?

—Cuánto te pareces a tu padre —dijo Meneghwo, más triste que enfadado—. ¿Es que no ves que Búho se ha marchado? No queda nadie digno de él, así que, ¿cómo puede mantener a raya el mal de la tierra? Y lo mismo ocurre con Serpiente de Agua. Ahora que Galia está muerta, no tiene razones para quedarse.

Arroyo Negro *no* había sabido que los espíritus se habían marchado pero la acusación de ignorancia había lastimado su orgullo.

—Sé que la tierra está enferma pero también sé que nadie me escuchará a mí, el maldito de Gaia. ¿Qué voy a hacer yo solo?

—¿Tan diferentes del odio son el resentimiento y la amargura? —preguntó el Lobo de Retazos.

—Eres feo y estúpido —saltó Arroyo Negro—. Aún más maldito que yo —reprimió la tentación de mirarse el pecho, tan familiar le resultaban a sus oídos aquellas palabras.

—Cuánto te pareces a tu padre —dijo Meneghwo una tercera vez, como si las palabras formasen parte de un ritual—. Te quedarías aquí, entre las cosas que no son, mientras el mundo se derrumba a tu alrededor. Pero la culpa es siempre de otros. ¿No podrías pedir a Búho que regresara?

—¡Eres un necio! ¡Un idiota! —gruñó Arroyo Negro al gran lobo—. Si éste es mi mundo onírico, déjame solo.

—Así como el mundo es la tierra del corazón y la Umbra la del espíritu, éste lugar es la tierra de la mente —dijo Meneghwo—. Si descuidas cualquiera de ellos, hazlo por tu cuenta y riesgo.

—¡Fuera! —gritó Arroyo Negro—. ¡Déjame solo!

El gran Lobo de Retazos miró a Arroyo Negro sin dejarse impresionar durante un prolongado momento y entonces bajó la cabeza. Al instante siguiente había desaparecido... así como el bosque, el claro, la fuente. Arroyo Negro se encontraba en mitad de un vasto y desnudo desierto, azotado igual que la tierra endurecida y cubierta de grietas por la furia inmisericorde del sol.

Al despertar seguía en su manta. La manta de Kaitlin. En el dormitorio de Kaitlin, en la casa de Kaitlin. El sol no se había puesto del todo. Tenía la boca y la garganta secas pero durante mucho tiempo fue incapaz de reunir la energía necesaria para levantar sus huesos quejumbrosos del suelo. Así que yació en silencio y contempló las manchas de humedad en el techo, señales visibles de una amenaza invisible.

Capítulo dieciséis

—Apesta —dijo Arroyo Negro casi antes de que Kaitlin hubiera cerrado la puerta. Le salió al paso en el vestíbulo.

—Gracias. Yo también me alegro de verte —dijo ella.

El tono de su voz hizo que se encogiera. Parecía que desde la primera vez que le había puesto los ojos encima no había sentido otra cosa que temor o furia hacia él. No estaba tratando de insultarla pero si algo había sido toda su vida era franco. Nunca se le había dado bien utilizar la mano izquierda cuando los sentimientos de otro estaban implicados... y nunca había sentido la inclinación a intentarlo.

—No es una peste normal... humana —trató de explicarse.

—Oh, así que ahora ni siquiera huelo como un ser humano. ¿Y a qué huelo, a cerdo?

—Wym.

—Huelo como un gusano, estupendo. ¿Sabes?, no esperaba «hola cariño, ¿qué tal tu día en el trabajo?». No sé lo que esperaba. Pero esto no.

—Tienes que llevarme allí —dijo él.

—¿Qué?

—Al lugar en el que trabajas.

—¿La incineradora?

—Sí.

—Acabo de venir de allí. No voy a volver y...

—Pues más tarde, entonces. Pero esta noche —añadió con voz llena de urgencia—. Cuando no haya nadie.

—No pienso ir *caminando* hasta...

—Te llevaré en brazos.

—¿Qué?

Arroyo Negro empezó a caminar arriba y abajo del vestíbulo. Trató de no cerrar los puños y gruñirle, pero la resistencia de Kaitlin lo enfurecía. No podía *decírselo*. No tenía manera de explicarle lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué no podía sencillamente hacer lo que él le decía? Lo estaba mirando. Con mucha atención. Podía sentir cómo seguía con una mirada cautelosa hasta el último de sus movimientos. Miedo y resentimiento: aquéllas eran las únicas lentes con las que lo enfocaba. Uno o el otro, a veces los dos. Y Arroyo Negro lo odiaba. Apoyó la frente en la pared y soltó un gruñido de frustración. Kaitlin pasó a su lado en dirección a la cocina.

Tras respirar hondo, fue tras ella tratando de tener presente su plan, pues corría el peligro de olvidarlo por culpa de su agitación. Cuando había mencionado al Wym, ella había reaccionado como si ignorara lo que significaba; una prueba más de que la

muchacha no era una criatura espiritual, como había pretendido su imaginación y de que no era un sicario de la corrupción. O quizá es que fuera lo bastante hábil como para engañarlo, como para atraerlo.

Esperó y se calmó mientras ella abría un armario y lo registraba. ¿Era la peste del Wyrn más fuerte que ayer?, se preguntó ¿O le estaban jugando una mala pasada sus sospechas? Cuando ella se hubo decidido por un plátano y una barrita de cereales y se hubo sentado a la mesita, volvió a respirar hondo e hizo un nuevo intento, hablando lenta, metódica, casi dolorosamente:

—Kaitlin, no puedo explicártelo... o sea... tienes... tienes que dejar de ir a ese lugar —balbució estas palabras mientras la frente de Kaitlin se arrugaba y entonces empezó a darle puñetazos a la pared—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Al cabo de un momento se calmó, recuperó el control y dejó de dar golpes a la pared. El ceño fruncido de Kaitlin había cedido paso a una expresión de alarma que para Arroyo Negro resultaba igualmente ofensiva. Parecía ser la dinámica de su relación: ella salía al mundo de los humanos y volvía llena de arrogancia y desdén. Él se enfadaba y la asustaba hasta la muerte. Arroyo Negro no quería enfadarse con ella; no quería asustarla. Miró a Kaitlin y su miedo lo hirió.

—No te estoy diciendo lo que tienes que hacer —dijo a modo de disculpa tras un prolongado y contenido silencio—. Quiero convencerte, hacerte ver —tantos años habían pasado desde la última vez que le importara lo que otro pudiera pensar de él. Enfurecerse, saltar, era su forma de ser, agravada por una incesante repetición. Hasta en sus sueños se había revuelto contra Meneghwo, quien por dos veces había tratado de ayudarlo.

También Kaitlin había tratado de ayudarlo. ¿Y aquel estallido era su manera de darle las gracias? Lo estaba mirando muy quieta, con el plátano pelado en la mano pero olvidado por completo. No era de extrañar que lo temiera y desconfiara de él. Nunca le había dado razones para pensar de otra manera. Pero lo más terrible, sin embargo, era que precisamente eso era lo que estaba intentando hacer: demostrarle que se preocupaba por ella, que quería impedir que le hicieran daño. ¡Y ella no se lo permitía! Estaba intentando seguir los consejos de Meneghwo, al menos hasta cierto punto. No podía forzarse a perdonar a sus antiguos compañeros de clan; no podía forzarse a temer por la suerte del mundo de los Garou o el de los humanos, que lo habían rechazado y despreciado durante tanto tiempo. Pero aquella chica había tratado de ayudarlo y de una manera extraña parecía tan atrapada como él entre los mundos.

—Kaitlin... yo... tú... —la expresión de escepticismo que se dibujó en el rostro de la chica lo cortó en seco. Las palabras y los gruñidos se mezclaron en su garganta. La calma lo abandonó. Con gran esfuerzo, logró contener una explosión de furia y reproches. ¿Cómo podía resultar tan complicado ayudar a una sola joven? Arroyo

Negro cerró los ojos y con un gran suspiro se tragó el fuego.

—¿Sabes? —dijo Kaitlin con voz vacilante, todavía un poco acobardada por su histrionismo—, no eres la persona más sencilla del mundo. O sea... mira, no soy una cobarde ni nada parecido y no provengo de la situación más normal del mundo pero... es que no entiendo de dónde vienes. No creo que pueda. Y probablemente tú no puedas entender de dónde vengo yo. Es como si los dos viniéramos de lugares realmente extraños... o sea, *realmente* extraños... pero los dos son completamente diferente, sólo que no... normales. ¿Sabes? Y tú... o sea, tus amigos te dan una paliza y te dejan en el bosque para que mueras congelado y... Bueno, tu *nombre*, por el amor de Dios. ¿La gente te llama Blackie el Jorobado, Chepa? Eso tiene que dejar cicatrices. Y tu nombre de verdad no es mucho mejor. Arroyo Negro. ¿Qué clase de... quiero decir, en qué demonios estaba pensando tu madre?

—Mi madre murió hace tres noches —dijo Arroyo Negro con la mirada fija en el mugriento linóleo—. La noche antes de que me encontraras.

La boca de Kaitlin se abrió un poco. No dijo nada durante largo rato y entonces:

—Oh. Lo... lo siento. No... no pretendía... No sé qué decir.

Arroyo Negro levantó la mirada hacia ella.

—Di que vendrás conmigo esta noche —insistió—. Puedo encontrar la incineradora sin ti. Conozco la zona. Se suponía que no debíamos... nunca nos acercamos demasiado. Tengo que descubrir lo que pasa allí... y enseñártelo.

—¿Debíamos? ¿Quiénes? —le preguntó.

—Di que vendrás conmigo.

—Dime a quiénes te refieres. ¿Tus amigos? ¿Los amigos que te dieron una paliza de muerte? ¿Esos amigos? No te gusta hablar de ellos.

—No, no me gusta. Y sí, son mis antiguos amigos. Si tienes suerte, nunca los conocerás.

—Si *ellos* tienen suerte —dijo ella mientras le daba un bocado al plátano—. Tendría una o dos cosas que decirles.

—O sea que vendrás —dijo Arroyo Negro.

Kaitlin cruzó los brazos, masticó el plátano y lo fulminó con la mirada.

Salieron varias horas después de anochecer. Arroyo Negro se ofreció de nuevo a llevar a Kaitlin en brazos pero ella se negó. Él tenía la sospecha de que no creía que pudiera hacerlo. Era comprensible: cojeaba al caminar y su joroba no le hubiera permitido llevarla a la espalda con comodidad. Pero era tan pequeña que no hubiera supuesto problema alguno, ni siquiera en forma humana.

Cuando pasaron junto a la Casa del Barril, estaba desierta. Habían clavado unos tablones sobre el panel de cristal roto. Arroyo Negro jugueteó con la idea de volver a entrar y robar una botella. Llevaba casi veinticuatro horas sin tomar un trago, desde

que se terminara la cerveza ceremonial de Kaitlin. La sensación de sobriedad prolongada —veinticuatro horas seguidas era un tiempo prolongado para él— no era completamente, ni siquiera en su mayor parte, agradable. Había muchas cosas en las que no quería pensar. Si hubiera estado borracho todo el día y toda la noche, no habría pensado en Galia; no habría pensado en Evert, en el odio que le profesaba o en lo que Balthazar había dicho: que la tierra se estaba muriendo. No le habría importado tanto que Kaitlin llegara a casa oliendo a Wyrn...

No era verdad, comprendió, habría estado pensando en esas cosas de todas maneras, sólo que no se hubiera sentido obligado, o acaso capacitado, para hacer algo sobre ellas.

El complejo de la incineradora estaba a unos ocho kilómetros de la casa de Kaitlin. Arroyo Negro era engañosamente rápido y fuerte; estaba acostumbrado a que lo subestimaran por culpa de su joroba y su cojera. En varias ocasiones tuvo que detenerse para esperar a Kaitlin. Ella estaba haciendo lo que podía, pero no había manera de que sus cortas piernas le permitieran seguir su ritmo. Cuanto más se acercaban al complejo, más despacio marchaba Arroyo Negro y más fácil le era a Kaitlin mantener su paso. El último kilómetro lo recorrieron en completo silencio. En un momento dado la chica empezó a hablar y Arroyo Negro le hizo callar, cosa que le hizo enfurecer. Pero guardó silencio.

Siguieron el camino hasta la última curva. Una vez que el complejo estuvo a la vista, Arroyo Negro llevó a Kaitlin al bosque. A esas horas la puerta principal estaría cerrada; eso era seguro. Así que Arroyo Negro cubrió corriendo los últimos cien metros. Para cuando Kaitlin, maldiciendo y casi sin aliento, lo alcanzó junto a la valla, había adoptado de nuevo su forma humana y, aparentemente muy satisfecho de sí mismo, estaba señalando un pequeño desgarrón en la malla metálica lo bastante ancho como para que una persona pasara arrastrándose.

—¿Qué? —susurró Kaitlin—. Así que has encontrado un agujero en la valla. Qué bien —él hizo un nuevo gesto para acallarla pero ella le clavó un dedo en el pecho y susurró con voz enfática—. ¡Y como vuelvas a salir corriendo y me dejes atrás...!

Lo siguió al otro lado de la valla. En el interior los árboles clareaban enseguida, así que los dos intrusos permanecieron en el perímetro interior del complejo, escondidos lo mejor posible entre las sombras. Arroyo Negro empezó a olisquear el aire. Ahora podía percibir con toda claridad el tufo a Wyrn que se había pegado a Kaitlin. En más de una ocasión, los ancianos de la tribu le habían enseñado que no era un verdadero olor lo que estaba captando; no era su nariz sino su alma la que seguía el rastro al Wyrn. Arroyo Negro siempre lo había dudado —a él le parecía un olor de verdad— y se había ganado las reprimendas de los ancianos por expresar en voz alta su escepticismo.

—¿Porqué haces eso constantemente? —susurró Kaitlin. Lo preguntó de una

manera que sugería que ya conocía la respuesta... pero deseaba estar equivocada.

—Enséñame dónde trabajas —dijo en voz baja.

—Si querías hacer una visita, podíamos haber venido mañana —dijo ella.

—Enséñamelo.

Avanzaron a rastras. Unos pocos focos iluminaban partes del camino de gravilla que discurría por la parte central del complejo. Arroyo Negro y Kaitlin avanzaron por detrás de uno de los almacenes metálicos. Al llegar a la esquina, se detuvieron y Kaitlin señaló al otro lado del camino.

—Ése. Ahí —dijo refiriéndose a un pequeño edificio de ladrillo.

Arroyo Negro tenía sus dudas: no de que ella trabajara allí, sino de que aquel edificio fuera el lugar que estaba buscando. El perturbador tufo a corrupción del Wyrn parecía pegarse a todo lo que había en la zona. ¿Por qué, se preguntó, no habría Evert Nube de Muerte ordenado al clan que investigara el lugar y llevara a cabo las acciones necesarias? El macho alfa les había ordenado siempre que se mantuvieran lejos del complejo.

—¿Qué más hay aquí? —le preguntó.

Kaitlin contó con los dedos.

—La incineradora, el laboratorio y el sitio de los ladrillos.

—¿El qué?

—He olvidado cómo lo llaman. Es donde hacen los ladrillos. El sitio del reciclaje.

—Enséñamelo.

Regresaron junto a la valla y a continuación se internaron más en el complejo siguiendo el perímetro y aprovechando la protección de los árboles y las sombras más densas. Al cabo de unos cientos de metros, se volvieron en dirección al camino de gravilla y avanzaron hasta encontrarse en la parte trasera del segundo edificio de ladrillo, mucho mayor que el primero y rodeado por otra valla cubierta de pinchos.

Kaitlin parecía confundida por la escena que, sin duda, veía de manera muy diferente, consumida como estaba por los caprichos de la noche.

—No creía que fuéramos tan lejos —dijo— pero eso es el laboratorio.

El edificio no tenía ventanas y desde la parte de atrás no había forma de saber si había alguien en su interior.

—Espera aquí —dijo Arroyo Negro.

—¿Qué?

—Volveré enseguida —le aseguró. Su forma humana no era la más sigilosa pero haría menos ruido moviéndose agazapado hasta la parte delantera del edificio del que habrían hecho los dos juntos. Tras acercarse tanto como se atrevió, vio que la cancela que había delante del edificio estaba cerrada. Las luces del interior estaban encendidas y había tres coches aparcados cerca del edificio, al otro lado de la valla. Aparte de esto, Arroyo Negro no pudo discernir movimiento o encontrar evidencia

alguna sobre el número de personas que podía haber en su interior. Sin embargo, en aquel lugar, en el interior del complejo, podía sentir con más claridad la corrupción del Wyrn que en la carretera estatal, cerca de la oficina de Kaitlin.

—Sigamos —le susurró a ella cuando regresó.

La valla que rodeaba el laboratorio no se extendía por todo el perímetro. De hecho, terminaba en una de las esquinas traseras del edificio; no había entradas o salidas traseras que proteger, sólo un terraplén acusado que discurría por detrás del laboratorio. Arroyo Negro estaba pensando en la incineradora propiamente dicha y en el «sitio del reciclaje» mientras Kaitlin y él descendían por el terraplén para poder subir por el otro lado y cruzar el laboratorio sin tener que pasar por la zona iluminada. Estaba pendiente de la chica; era liviana y ágil y se le daba bien trepar. Conforme descendían por la oscura cuesta, la peste del Wyrn se hizo más pronunciada; ahora parecía estar en movimiento. Al principio pensó que el viento le estaba jugando una mala pasada pero en el interior del oscuro terraplén no había viento... sólo un chorrillo de agua salobre que discurría por el fondo.

Arroyo Negro tenía mejor olfato para el Wyrn que algunos Garou, que *muchos* Garou. Siempre había sospechado que ésa era la razón del resentimiento que los ancianos sentían hacia él... eso y su carácter recalcitrante. Mientras descendía hasta la base del terraplén, la peste se hizo abrumadora. Kaitlin llegó a su lado pero no pareció notar nada raro. El agua no les llegaba más allá de las suelas de las botas pero a pesar de ello Arroyo Negro tenía el estómago revuelto. Controló la sensación de repulsión física y siguió el rastro al agua hasta una amplia tubería que sobresalía de la cuesta, justo detrás del laboratorio y que estaba tapada con una gruesa placa de metal con un diminuto agujero que permitía que saliera el agua. Se tapó la boca y la nariz con el brazo.

—¿Qué? —inquirió Kaitlin.

A Arroyo Negro le costaba creer que no fuera capaz de percibir la presencia de la corrupción, de la podredumbre y de la malignidad. Puede que fuera sólo humana, después de todo. No una criatura del espíritu. Puede que hubiera otra explicación para el hecho de que no hubiera sufrido el Delirio.

—No lo hueles, ¿verdad?

—Es agua estancada —dijo ella sin dejarse impresionar por la intensidad de su reacción—. Apesta un poco. Eso es lo que pasa con el agua estancada. No irás a decirme que esto es a lo que huelo cuando vuelvo a casa, porque yo *no* bajo aquí y meto los pies en este agua. Ni siquiera sabía que esto estuviera aquí.

Arroyo Negro asintió.

—Por eso te he traído para que lo vieras —y entonces dio un paso y entró en el mundo espiritual.

Un instante Kaitlin lo estaba mirando y al siguiente había desaparecido. Era como si Arroyo Negro, a mitad de paso, hubiera dejado de existir. Pestañeó varias veces y esperó a que la mala pasada que le habían jugado las luces de la noche se corrigiera por sí sola pero por mucho que miró a su alrededor no recibió más recompensa que una oscuridad vacía. La tubería de drenaje, la zanja, el terraplén, la parte trasera del laboratorio... pero ni rastro de Arroyo Negro.

—¿Arroyo? —susurró con urgencia a la noche y no recibió respuesta—. *¿Dónde demonios te has ido?*

Y entonces oyó una voz: no la voz de Arroyo Negro. Dos voces. Dos hombres en el exterior del terraplén, cada vez más próximos.

—¿Qué has oído?

—Ya te lo he dicho: alguien que hablaba.

—¿Por qué iba a haber alguien aquí a estas horas?

—¿Por qué iba a haber alguien en la granja esta mañana?

Un haz de luz, y luego un segundo, cruzaron el borde superior del terraplén por encima de la cabeza de Kaitlin. Los dos hombres no estaban aún tan cerca como para poder ver el interior. Habían dejado de hablar pero un sonido diferente, el sonido metálico de un arma amartillada, hizo que se encogiera. Se acurrucó, aterrorizada, sola en la oscuridad. Al principio había temido que la despidieran por allanamiento. Ahora eso parecía insignificante. Si AgriTec era tan paranoica con respecto al espionaje industrial como Floyd había dicho, ¿dispararían primero y preguntarían después? ¿Qué pensarían de una muchacha negra aterrorizada y escondida en una zanja llena de barro?

Los rayos de luz bajaban más y más conforme los hombres se aproximaban. Kaitlin se apartó todo lo que pudo, arrastrándose a cuatro patas sobre el agua estancada, que a tan corta distancia *sí* que apestaba. Pero no le importaba. Se hubiera bebido un litro de aquella basura si con eso hubiera podido evitar que los tíos de las linternas y las armas la encontraran. Cuando se estaban acercando se preguntó si no sería mejor que los llamara para que no se toparan con ella por sorpresa. Puede que de ese modo fueran menos propensos a disparar.

Cuando Arroyo Negro le dio una palmadita en el hombro, tuvo que tragarse un jadeo sobresaltado, así como una serie de imprecaciones referidas a la práctica de desaparecer y abandonarla. Levantó la mirada hacia la parte alta del terraplén. Las siluetas de los hombres resultaban ya visibles contra el cielo de la noche. Los haces de luz se estaban moviendo hacia el fondo de la zanja y justo cuando estaban a punto de llegar sobre Kaitlin, Arroyo Negro la tomó de la mano y el mundo normal dejó de existir.

Capítulo diecisiete

Canción de Víspera encontraba consuelo en la proximidad de sus hermanos, aunque Gaia sabía que quedaban muy pocos. Cinco en total. Recordaba el tiempo en que habían sido más del triple. Debía de haber por lo menos uno más pero nadie sabía donde estaba Evert Nube de Muerte.

Tendido sobre un féretro de maderos cubiertos de resina, Frederich Noche de Terror parecía más en paz, más en calma, de lo que había estado en los últimos tiempos de su vida. Él era —había sido, se corrigió Canción de Víspera— uno de los nacidos bajo la luna llena que menos disfrutaban de la caza y más de la matanza; y había muerto igual que había vivido: cubierto de sangre hasta los codos. Canción de Víspera había visto morir a otros Garou pero hubiera esperado ver cómo dejaba de salir Luna por el oeste antes que presenciar el fin de Noche de Terror.

El narrador de cuentos de Claro Aullante miró a su alrededor una vez más, esperando ver a Nube de Muerte. Quizá estuviera entre las sombras, tratando de lidiar con la desaparición de su guerrero de mayor renombre. Escudriñó las sombras pero Nube de Muerte no estaba a la vista.

Los demás se encontraban presentes. No muy lejos estaba Claudia Permanece Firme, impávida, con una expresión tan severa como una tormenta, toda ella energía contenida pero a punto de desencadenarse. La desazón de Ladra-a-las-Sombras resultaba más visible. El Lunático yacía cerca del féretro, con las patas delanteras extendidas frente a sí y la barbilla apoyada en el suelo entre ellas. De tanto en cuanto, profería un suspiro lastimero, casi un gemido. Tenía las orejas gachas. Astillabedules y Cynthia Oreja Suelta guardaban una vigilia silenciosa sobre el caído. Como compañeros de jauría de Frederich que eran, habían pasado la mayor parte del día construyendo el féretro: maderos de roble empapados en resina de pino. Cuando llegara el momento prenderían con facilidad y arderían durante largo tiempo y con fuerza.

Si llegaba el momento.

Tras lanzar otra mirada al claro, Canción de Víspera rodeó el féretro y se aproximó a Permanece Firme.

—¿Dónde está? —le preguntó. No era necesario que dijera a quién se refería.

Claudia no levantó la mirada hacia él —había adoptado su forma lupina— pero gruñó casi entre dientes.

—Vendrá. Estoy segura de que vendrá.

—¿Se lo has dicho?

A modo de respuesta para una pregunta que no hubiera debido ni formularse, ella le mostró los dientes. ¿Acaso no era la Guardiana? Por supuesto que se lo había dicho.

Canción de Víspera contempló la escena con tristeza. Cinco Garou eran todo lo que quedaba de un clan antaño orgulloso. Su número menguaba a cada día que pasaba. Galia estaba muerta. Balthazar, quien en realidad no formaba parte del clan pero había estado entre ellos durante muchos meses, se había marchado. Chepa había sido exiliado. Noche de Terror había caído. ¿Quién, se preguntó Canción de Víspera, sería el siguiente? ¿Quién más caería y le serían negados los ritos apropiados? La ausencia de Nube de Muerte era aún más grave aún porque tres días después de la muerte de Galia, aún tenían que prestarle a ella el debido homenaje. Habían sido más que pacientes, pensó Canción de Víspera. Todos habían asumido que el pesar de Evert debía de ser casi insoportable así que no habían insistido. El alfa los dirigiría en los ritos cuando pudiera y hasta entonces se consolarían solos, cada uno con su luto propio y privado. Pero la tragedia había vuelto a abatirse sobre el clan. ¿Y dónde estaba Nube de Muerte a la hora señalada?

—Esto tiene que terminar —musitó Canción de Víspera mientras se apartaba de Claudia Permanece firme, del féretro y de los demás dolientes.

Canción de Víspera fue primero a la cueva, el estrecho lugar en el que Galia había pasado sus últimas semanas, cada vez más enferma y más débil, el lugar en el que había muerto. Balthazar Caminante del Espíritu la había velado allí. Había llegado al clan después de que cayera enferma y no pudiera seguir hablando con sus hermanos. El Caminante les había dicho que los espíritus le habían encomendado su cuidado. Canción de Víspera y los demás habían asumido que traía consigo una curación. Nunca había abandonado su lado. Pero Galia Hija de la Lluvia no había recobrado las fuerzas, no se había recuperado de su mal; y cuando había muerto, Balthazar había escapado con su cuerpo.

Canción de Víspera se había enfurecido. Evert Nube de Muerte no había dicho nada; había seguido enfadado y en silencio, igual que durante los últimos meses, pero no había proferido siquiera un gruñido de cólera por la injusticia cometida con el clan.

Cabía la posibilidad, pensó Canción de Víspera, de que Evert estuviera en la cueva, expresando en privado el dolor que parecía incapaz de mostrar frente a los demás. La cueva, sin embargo, estaba tan vacía como una promesa olvidada, tan silenciosa como una tumba.

Canción de Víspera no podía ver aquel lugar sin ponerse a pensar en Galia, en Evert, en Caminante del Espíritu... y en Chepa. El hosco metis había acudido allí a menudo para sentarse junto a Galia, para observar su cuerpo silencioso e inmóvil con ojos doloridos e incluso para derramar lágrimas por ella. Chepa, de manera tan ardiente como cualquiera de ellos, había esperado un desenlace diferente para su enfermedad. Por su sentimiento de culpa, tuvo que recordarse Canción de Víspera

para no empezar a sentir lástima por el desgraciado. Demasiado poco y demasiado tarde. Claro que Chepa había lamentado que su nacimiento condenara a su madre. Más hubiera valido que el monstruo no naciera nunca. Escupió en la tierra y aplastó el denso salivazo con el talón de la bota, tratando de borrar el recuerdo del exiliado.

A continuación se dirigió al círculo de fuego menor. El agujero manchado de hollín y el anillo de piedras que lo rodeaba eran mucho menores que el círculo grande, donde se prendería fuego al féretro de Frederich, donde Chepa —maldito fuera su nombre por negarse a abandonar sus pensamientos— se había enfrentado a su sire y había sido expulsado del clan. Nube de Muerte no se encontraba allí. Canción de Víspera no había confiado en encontrarlo, pero en el fondo había albergado la esperanza de que...

Aquél era el lugar en el que los tres —Evert, Galia y él mismo— se habían sentado a menudo hasta altas horas de la noche y habían conversado, debatido, compartido canciones o simplemente habían aullado a Hermana Luna. El hecho de que Nube de Muerte hubiera estado allí podía haber significado que estaba haciendo las paces con su pesar, aventando su tristeza, lamentando la pérdida del pasado para poder seguir adelante hacia el futuro. Por lo que Canción de Víspera sabía, Evert no había estado en el círculo desde que Galia cayera enferma. De hecho, apenas había pronunciado palabra. Durante meses había sido esclavo del dolor de su corazón... No, el dolor por la muerte de Galia les pertenecía a todos ellos pero Nube de Muerte lo había reclamado para sí y al hacerlo les había negado a los demás cualquier parte en la angustia que era aquella porción de la Gran Rueda. Y lo que era aún peor, sin la aceptación comunitaria de la pérdida, hasta que el clan como un todo pudiera llorarla, la Rueda no seguiría girando ni les traería la renovación que acompaña siempre a la muerte.

—¿Por qué has tenido que abandonarnos? —les dijo a las piedras silenciosas, aunque sus palabras eran para Galia. Entonces le habló al ausente Nube de Muerte—. ¿Es que no has tenido ya suficiente tiempo?

El recuerdo de Galia se merecía algo mejor. El clan se merecía algo mejor. Frederich Noche de Terror se merecía algo mejor.

Pensar en el caído Ahroun, en su cuerpo que Evert ni tan siquiera había visto aún, hizo que se inflamara la furia de Canción de Víspera. Galia se había ido. Ahora, también Frederich se había ido. Debían observar los ritos. Preparado o no, Evert tenía que ocuparse, tenía que hacerlo. Era un alfa. Un nacido bajo la luna creciente. Era su lugar, su deber.

La determinación y un creciente sentimiento de indignación impulsaron a Canción de Víspera hacia delante. Volvió el rostro al oeste, la dirección en la que el sol se hundía bajo la tierra, la dirección de la oscuridad y el fin de las cosas. Lejos de los anillos del fuego, lejos de las capillas a Búho y Serpiente de Agua, lejos de la

sucia caverna en la que Galia había exhalado su último aliento, había un lugar que no debía ser perturbado, un lugar que los espíritus se encargaban de vedar a pájaros e insectos, un lugar cuyos árboles estaban a salvo aún de los soplidos más fuertes del Viento del Norte. Aquél era el lugar al que todos ellos hubieran debido ir, una vez que se hubieran celebrado los ritos por la muerte de Galia, una vez que el fuego hubiera reclamado el cuerpo roto de Frederick. Aquél era el lugar al que los Garou del Clan del Claro Aullante iban juntos o no iban. Aquél fue el lugar en el que Canción de Víspera encontró a Evert Nube de Muerte.

El alfa se encontraba de pie frente al Fresno. Tenía la cabeza inclinada a un lado y un hombro más alto que el otro, como si una contractura dolorosa en el cuello le impidiera erguirse en toda su estatura. El pelo oscuro de Nube de Muerte estaba salpicado de gris; su cara era como el cuerpo, expuesta durante años al sol y la lluvia y el frío, cubierta de arrugas más profundas de lo que Canción de Víspera había advertido hasta entonces, cañones de preocupación abiertos por ríos de lágrimas.

—Evert —dijo Canción de Víspera en voz baja, reacio a molestar a su alfa pero impelido por las necesidades de su pueblo. Nube de Muerte no respondió, no pareció percibir siquiera la presencia de su narrador, así que Canción de Víspera volvió a llamarlo, un poco más fuerte esta vez—. Evert.

Nube de Muerte oyó su nombre esta vez. Se volvió lentamente y con la primera mirada a aquellos ojos de color verde pálido, Canción de Víspera vio... nada.

Nada y todo.

Ya no estaban allí el fuego y el acero de un líder de los Garou. Ya no los destellos de la perspicacia más profunda y más ancha que el mayor de los lagos. Ya no la seguridad con que Nube de Muerte había mirado en los corazones de los demás y en el suyo propio. Aquél era un anciano cansado y apesadumbrado, tan quebrado en espíritu como el cuerpo de Frederick sobre su féretro.

—Evert —dijo Canción de Víspera de nuevo, esta vez con mayor gentileza, por miedo a que una palabra dura pudiera hacer añicos a aquel hombre al que el clan necesitaba con tanta desesperación.

—Ella debería estar aquí —dijo Nube de Muerte, perplejo, desorientado, incapaz de comprender la gran distancia que existía entre lo que *debiera ser* y lo que *era*.

Canción de Víspera, quizá por vez primera en toda su vida, se quedó sin palabras. «*Ella debería estar aquí*». No era una afirmación de pesar o cólera; era más bien un lamento, una súplica. Las palabras de Nube de Muerte supuraban confusión y pérdida, eran descarnadas como una herida infestada de gusanos.

Harano Canción de Víspera había visto el rostro de la desesperación en el pasado y ahora lo miraba desde los ojos dolientes de Nube de Muerte. Se hundía en el alma y lo consumía a uno desde dentro. Canción de Víspera se tambaleó, golpeado por un gélido lanzazo en el pecho que pareció ir a partirle el esternón y arrancarle el corazón

para mostrárselo a los elementos. No, eso no podía ser.

—Ya sabes lo de Frederich —dijo. Nube de Muerte no podía estar tan mal como parecía. No podía ser. La responsabilidad de Canción de Víspera era traerlo de regreso, recordarle *quién era*, recordarle el deber y la esperanza. Pero Nube de Muerte lo miraba con ojos vidriosos, ojos que no comprendían—. Claudia te lo ha dicho —insistió, con firmeza, tratando de guiarlo de regreso a la realidad. El alfa sólo necesitaba tiempo, dirección.

—Ella debería estar aquí —repitió Nube de Muerte al fin. Con los ojos consumidos por las dudas miraba de hito en hito a Canción de Víspera y al Fresno.

El nombre con el que conocían al Fresno estaba equivocado en cierto modo. En realidad no era un fresno sino un viejo roble muerto, partido años atrás por un rayo que había vaciado su interior hasta que sólo había quedado de él la firme corteza. El árbol recibía su nombre y su santidad por aquello que llenaba su interior: las cenizas de los muertos, tres puñados recogidos del féretro consumido de cada Garou que fallecía. Tres ofrendas de cada uno de los muertos: la primera honraba a Búho, la segunda a Serpiente de Agua y la tercera a Madre Gaia, que las convertía a todas ellas en una sola.

Ella debería estar aquí. Galia. Nube de Muerte sólo era consciente de su ausencia y de que eso estaba mal. Pero la Rueda no podía detenerse por una dolorosa injusticia.

—Frederich está esperando —dijo Canción de Víspera con gentileza—. Eres el alfa. Eres uno de los nacidos bajo la luna llena. Está tendido en su féretro.

—Ella debería estar aquí —el pesar de Nube de Muerte, el sonido de su forzada soledad, resonó por todo el claro.

—Se ha ido, Evert. Fue nuestra en vida pero Balthazar se la ha llevado a los suyos en la muerte.

—*Balthazar* —La mención del nombre del Caminante inflamó la cólera de Nube de Muerte—. ¡Balthazar Caminante del Espíritu! —rugió desafiante hacia los cielos, con un fuego renovado en la mirada—. ¡Maldito sea el día que te permití entrar en este túmulo! ¡Maldito sea el día en que saliste arrastrándote del vientre de tu madre! ¡La haría pedazos para impedir que nacieras!

La sorpresa de Canción de Víspera cedió rápidamente, cedió a la *esperanza*. Donde había furia, había esperanza. Puede que la solución no fuera tratar de arrullarlo. Al ver una oportunidad, se aferró a la furia del macho alfa.

—Entonces vayamos tras él y enseñémosle una lección —conminó a Nube de Muerte—. Enseñémosela con sangre para que nunca la olvide. Galia vino aquí por su propia voluntad. Era uno de los nuestros. Los Uktena no pueden reclamarla. Debería estar aquí, sus cenizas entre nosotros.

El pecho de Nube de Muerte se hinchó mientras la furia se apoderaba de él. Aún

seguía en forma humana pero ¿por cuánto tiempo? Se arañó la cara con las uñas, dejando regueros sangrientos en su propia piel. Un alarido de pesar negado y furia renovada se alzó desde las profundidades de su vientre.

Canción de Víspera contempló el efecto de sus palabras y midió con cuidado las siguientes:

—Pero primero debemos ocuparnos de Frederich.

Nube de Muerte se quedó rígido, como si de repente le hubieran echado encima un cubo de agua fría. Tenía el rostro entre las manos y resbalaba sangre entre sus dedos.

—Tú eres el macho alfa, Evert —dijo Canción de Víspera, tratando de llegar a ese lugar que media entre la desesperación y la rabia, entre Harano y el ansia de sangre—. Eres uno de los nacidos bajo la luna llena y Frederich descansa en su féretro.

Canción de Víspera esperó, las manos lacias a los costados, preparado para responder con su forma de batalla a la de Nube de Muerte si lo había presionado demasiado y demasiado deprisa. Evert temblaba de manera tan violenta que parecía que sus músculos fueran a partirse en cualquier momento.

Y entonces, lentamente, la tensión cayó de los hombros de Nube de Muerte, de sus brazos, de todo su cuerpo. Bajó las manos y reveló un rostro cubierto de sangre y lágrimas saladas.

Canción de Víspera sintió que su forma de batalla lo llamaba. Tan cerca del precipicio habían llegado y sin embargo no era seguro que pudiera sacar a Nube de Muerte del negro abismo del Harano. Pero aún había fuego allí, y también furia.

—Vamos con Frederich —dijo Canción de Víspera, con la frente empapada de sudor a pesar del frío. Una brisa fresca sopló sobre su nuca, haciendo que se encogiera y tiritara. En el interior del árbol, las cenizas de los Garou se arremolinaban y arañaban las paredes de su tumba. Algo en el sonido se le antojó extraño a Canción de Víspera pero Nube de Muerte atraía en ese momento toda su atención. El narrador alargó la mano y, al cabo de un largo momento, Evert se la estrechó—. Vamos con Frederich —dijo Canción de Víspera en voz baja. El alfa esbozó una sonrisa débil y entonces, juntos, con el viento en el cabello, abandonaron aquel lugar.

Capítulo dieciocho

Kaitlin cayó al lago más frío que jamás hubiera sentido. La sorpresa y el miedo le robaron el aliento de los pulmones. Boqueó y sacudió los brazos durante un momento antes de darse cuenta de que no había agua. No se estaba ahogando. Sin embargo sus pies no encontraban sitio donde apoyarse. Estaba ciega, si por causa de una luz brillante o una oscuridad completa, no hubiera podido decirlo. Ciega del todo. O muerta. Linternas y armas. Luces que se movían por el terraplén. El sonido de unas pistolas amartilladas. El pánico volvió a apoderarse de ella. Tosió y sacudió los brazos en... ¿qué, agua, aire, oscuridad?

—Quieta —dijo la voz de Arroyo, calmada, calmante—. Quieta un momento.

Estaba allí, entonces. Dondequiera que fuese *allí*. No estaba sola.

—¿Dónde estás? ¿Ves algo? Yo no... Estoy ciega. ¿Soy sólo yo? ¿Dónde estás?

—Quieta —estaba muy cerca y había pronunciado las palabras en voz baja, en su oído. Sintió su aliento en el cuello.

Alargó la mano. Las yemas de sus dedos encontraron sustancia al fin, tocaron... su cuerpo, un hombro. Enterró los dedos en el tejido de la deshilachada camisa, la estrujó en el puño, se aferró a él ansiosa de vivir.

—¿Me han disparado? ¿Me estoy muriendo?

—No te estás muriendo. Sólo permanece quieta un momento. Confía en mí.

Que confiara en él. En la experiencia de Kaitlin, las únicas personas que decían «confía en mí» eran precisamente aquéllas en las que no se podía confiar. Ella no quería confiar en él; quería *ver*.

Lentamente, unas siluetas indistintas empezaron a cobrar forma. Trató de mirar a su alrededor. ¿Dónde estaban los hombres de las linternas y las armas? No estaba segura. Unas manos firmes le sujetaban la cabeza por los dos lados.

—Quieta —dijo Arroyo de nuevo, esta vez con menos delicadeza—. ¿Alguna vez prestas atención?

—¿Y tú? —replicó ella.

Arroyo gruñó, *literalmente*. Kaitlin trató de apartarse pero sus manos eran demasiado fuertes. Pensó por un momento que veía la cara de lobo que la había mirado la otra noche, pero entonces se dio cuenta de que no era más que su tosco rostro sin afeitar y su cabello despeinado. El rostro al que se había acostumbrado. Estaba confundida, atrapada entre su alivio por poder ver de nuevo y su alivio por verlo *a él*.

Mientras su visión se iba expandiendo gradualmente y volvía a la normalidad, comprendió que su alivio había sido prematuro. Mirase donde mirase, viera lo que viese, nada era normal en aquel lugar.

Arroyo y ella no estaban ya en la zanja de la parte trasera del laboratorio. Se

encontraban en una pequeña e irregular península que sobresalía en mitad de un lago de alquitrán apestoso y resplandeciente. En lugar del terraplén y la tubería metálica casi cegada, había un agujero de grandes dimensiones que escupía el alquitrán entre borboteos. Las burbujas de aire que ascendían a la superficie y estallaban expulsaban vapores nauseabundos a la noche. Se tapó la boca y la nariz.

—Me he muerto —dijo—. Me he muerto y estoy en el infierno.

Estaba de rodillas y de no ser porque Arroyo la sujetaba, se hubiera desplomado.

—No has muerto —le dijo él—. Pero esto era lo que quería mostrarte.

—Pero yo no olía así —dijo ella mientras dirigía una mirada al alquitrán que los rodeaba por casi todas partes—. Dijiste que apestaba. Me hubiera dado cuenta de algo así.

—No podías. No en el mundo físico.

El mundo físico. El mundo normal. Dejó que sus palabras se escurrieran sobre ella sin hacerle el menor efecto. Su mente lidiaba con cuanto la rodeaba con menos éxito que sus sentidos, que empezaban a hacer inventario. No había ningún otro olor que penetrase la viscosa miasma del alquitrán. Los vapores le llenaban la boca, la lengua, la garganta, las fosas nasales.

—¿Podemos salir de aquí? —preguntó.

Arroyo la ayudó a ponerse en pie y se la llevó de aquel lodo burbujeante. Más allá del foso, la noche no parecía... vaya, normal. No había edificios a la vista. El complejo de la incineradora había desaparecido. Una densa niebla flotaba a baja distancia del suelo y los pocos árboles que Kaitlin alcanzaba a ver eran cáscaras secas y sin ramaje de cuyos troncos cubiertos de heridas brotaba pus.

—Corrupción. Podredumbre —dijo Arroyo—. Ésta es la peste del Wyrn. ¿La hueles ahora?

¿Que si la olía? Le costaba un enorme esfuerzo no vomitar. Sintió que se le formaba una bola de alquitrán denso y negro en la boca del estómago.

La pútrida corrupción resultaba difícil de ignorar pero lo que se estaba insinuando con más lentitud en su consciencia era, no una presencia, sino una ausencia, el silencio ominoso. Aparte del siseo y burbujeo del foso de alquitrán, la noche nublada estaba en silencio. No había el menor sonido de criaturas nocturnas, la brisa no agitaba las ramas de los árboles. Sólo el crepitar y zumbir de la espesa y burbujeante podredumbre.

—Muy bien. Ya me lo has enseñado. ¿Podemos irnos ahora?

Arroyo asintió.

—No te separes de mí. En este lugar los caminos son diferentes.

Kaitlin no entendió pero quería salir de allí; demandar una explicación sobre lo ocurrido y sobre el lugar en el que se encontraran sólo serviría para que tardaran más en marcharse. Así que siguió de cerca a Arroyo Negro. Se había mostrado comedido

con ella pero saltaba a la vista que también estaba inquieto por todo lo que les rodeaba. Constantemente vigilaba los alrededores y escudriñaba la niebla como si temiera que algo fuera a salir de ella en cualquier momento. No se movía con torpeza pero sí con rigidez, como si tuviera todos los músculos tensos. Su agitación socavaba la determinación de Kaitlin de permanecer en calma, pero luchó contra el pánico; resistió el impulso de discutir, de condenarlo por llevarla hasta aquel lugar alienígena.

Mientras caminaban, Kaitlin advirtió una sensación peculiar: no era falta de peso, porque en aquel lugar seguía existiendo el arriba y el abajo, pero en ocasiones era como si sus pies no se apoyasen sobre nada. No sentía la presión del suelo bajo las suelas. Sólo que la sensación era como ver algo por el rabillo del ojo y, al volverse hacia allí, no encontrar nada. Cuando bajaba la mirada, veía que sus pies estaban tocando el suelo. Si pensaba en ello, empezaba también a sentirlo. Pero cuando sus pensamientos empezaban a vagar. —¿Dónde demonios estaban? ¿Qué era aquel lugar? ¿Cómo habían llegado allí?— la disociación de la realidad física empezaba a avanzar a rastras por los mismos límites de su consciencia, para desaparecer en cuanto ella se daba cuenta.

Al levantar la mirada del suelo, advirtió que el paisaje había cambiado de manera inexplicable: los árboles por los que Arroyo y él estaban caminando ya no estaban secos, ni carecían de ramas y copas —con la niebla persistente, nunca se veía más de un puñado de ellos al mismo tiempo— sino que eran robustos especímenes, gruesos y viejos y sanos. El hedor del alquitrán —la mancha del Wyrn, lo había llamado Arroyo; la peste de la corrupción— no era tan abrumador allí, aunque parecían estar siguiendo un curso paralelo al de la zanja por la que fluía la burbujeante y densa sustancia como sangre medio coagulada.

—¿Lo estamos siguiendo? —preguntó Kaitlin.

—Sí.

—¿Por qué? Creía que querías apartarte de la peste.

—Esto me da mala espina.

—¿Y por eso quieres seguirlo?

—Ya casi estamos... Allí —con esta última palabra, el mundo vibró alrededor de Kaitlin como la superficie de un lago golpeada por una piedra. Arroyo despidió un brillo trémulo por un instante pero no desapareció, a pesar de que parecía como si se le hubiese perdido un paso en alguna parte. El resto del bosque cambió también. Kaitlin se encontró de repente con que los árboles y la zanja estaban ordenados de manera diferente y el cargamento de negro icor que transportaba ésta desembocaba ahora en un pequeño arroyo. Allí donde se tocaban los residuos y el agua, brotaba con un siseo un vapor funesto que se elevaba serpenteando con lentitud.

Arroyo se detuvo allí mismo, con el rostro contraído de preocupación. Se frotó la incipiente barba.

—Mira —dijo mientras señalaba a un árbol situado junto al arroyo. El árbol aún estaba sano pero allí donde sus raíces se hundían en las aguas, estaban negras y podridas y, para asombro de Kaitlin, podía ver cómo circulaba el agua *por su interior*, podía ver cómo circulaba la savia negra por el tronco y las ramas, como sangre contaminada; podía ver cómo se volvían frágiles las hojas.

¿Hojas?

—Esto es una locura —dijo—. Aún estamos en invierno. No debería de haber hojas en ese árbol y además... puedo ver en su interior. O sea, no está abierto ni nada parecido pero puedo ver su interior.

Arroyo le habló con calma. Con demasiada calma, como si fuera una niña.

—Las estaciones no son tan pronunciadas en este lugar. Y me sorprende que puedas ver la corrupción en el interior del árbol.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Justo lo que he dicho. Durante algún tiempo he creído que podías ser una criatura de este mundo, un espíritu de la Umbra, pero estaba equivocado. No obstante, pareces poseer una visión muy potente. Es curioso.

—Tienes muchas cosas que contarme, señor Nunca-He-Matado-A-Nadie-Que-No-Se-Lo-Mereciera —había sabido desde el principio que había algo raro en él, aparte de eso que ya sabía en el fondo de su corazón: que no era humano. Pero el hecho de que pareciera saber lo que estaba ocurriendo allí... eso probaba la cuestión de una vez y para siempre. Aquél no era el mundo que se extendía al otro lado de su puerta; aquél no era el bosque que rodeaba su casa... o al menos no como ella lo veía. Aunque se hubiera vuelto total e irrevocablemente loca, seguiría estando la cuestión del trastorno de Arroyo. Y cuanto más lo pensaba Kaitlin, más deseaba haberse vuelto loca. Eso significaría que nada de todo aquello estaba ocurriendo. Aquel extraño bosque, aquella repugnante y burbujeante corrupción, aquella niebla que no remitía: nada de eso sería real.

Pero Kaitlin había visto cosas muy extrañas antes. Cosas imposibles. Y ni siquiera en su determinación por escapar de ellas, por ignorarlas o por negarlas había podido convencerse de que no las veía. Había cosas imposibles, inexplicables en el mundo. ¿Por qué no un mundo imposible e inexplicable? Miró a Arroyo. Tenía el rostro sombrío y parecía haberla olvidado y estar perdido en sus propios pensamientos.

Arroyo Negro miraba fijamente los enrevesados zarcillos de corrupción que flotaban en el arroyo. Le había mostrado a Kaitlin lo que había venido a mostrarle — no creía que ella pudiera volver a trabajar allí— pero también había descubierto mucho más de lo que esperaba. Aquel arroyo no le era extraño. No lo había seguido hasta allí desde hacía muchos años, porque Nube de Muerte había ordenado que todos los miembros del clan permanecieran apartados de las zonas que frecuentaban

los humanos. Pero Arroyo Negro conocía el lugar. La incineradora, o lo que quiera que estuviera engendrando aquella corrupción, no era demasiado antigua. Trató de recordar con exactitud cuándo había sido construida y cuándo había quedado prohibida el área para los Garou. ¿Hacía tres años? ¿Cuatro?

No albergaba la menor duda sobre la naturaleza de lo que estaba viendo. Su indecisión se refería a lo que tenía que hacer al respecto. Se le revolvía el estómago con sólo mirar u oler el manchado arroyo. Quería combatir al Wyrn. Para eso le habían puesto en el mundo... si le daba crédito a las viejas historias que contaba Canción de Víspera.

Pero pensar en Canción de Víspera y sus historias le asqueaba tanto como el tufo de la corrupción. No podía combatir aquella amenaza solo, de eso estaba seguro. Pero el Clan del Claro Aullante, la única familia que jamás hubiera conocido o tenido, lo había rechazado, lo había expulsado. ¿Cómo podía acudir ahora a ellos? El problema era de ellos. Le habían dejado bien claro que no querían volver a tener nada que ver con él.

Sin embargo, cuando volvió la vista hacia Kaitlin, sintió la necesidad de protegerla. Aunque nunca volviera a la incineradora, con una amenaza como aquella acechando en los bosques, extendiéndose, nunca estaría a salvo. Lo embargó una extraña inquietud por tener que asumir esa clase de responsabilidad hacia ella, pero la sentía en el fondo de su corazón. Trató de entenderlo así: no quería regresar al túmulo; no quería volver a ver a aquéllos que con tanta intensidad lo despreciaban; no quería sentir el desdén de Canción de Víspera, la profunda animosidad de su propio padre. Pero para salvar a Kaitlin tenía que salvar al clan. Tenía que advertirlos.

Volvió a mirar a Kaitlin y recordó todos los problemas que había tenido que soportar por su causa. ¿Merecía de veras aquel sacrificio?

A Kaitlin no le gustaba el lugar. No era su lugar y lo sabía. Lo sentía en las tripas, en los huesos. Además, Arroyo seguía mirándola de forma curiosa. Había estado mirando fijamente el riachuelo y entonces se había vuelto hacia ella... de manera extraña. Extraña hasta para él. Puede que fuera su imaginación. Pero no lo creía.

—Vamos —dijo él por fin.

Kaitlin se sentía demasiado confundida por el lugar como para discutir. Trató de registrar todo en su mente mientras seguía adelante pero el paisaje fluía a su alrededor de una manera que desafiaba a sus sentidos. Tenía la impresión de que recorrían kilómetros con cada paso.

Cada vez que su pie tocaba el suelo, el mundo era nuevo. El riachuelo seguía a su lado, igual que la niebla y los árboles pero el lugar que tocaba su pie no era el mismo hacia el que se había dirigido; cuando miraba atrás, la escena no era la misma que un instante antes.

Arroyo no parecía confundido. Su atención estaba concentrada en el riachuelo y los zarcillos de corrupción que se extendían por él como venas líquidas de color obsidiana a través de una superficie de mármol. Conforme avanzaban, las venas se fueron haciendo menos pronunciadas, menos evidentes. A veces se sumergían bajo la superficie del agua y otras desaparecían del todo para reaparecer poco después.

Antes de que pasara mucho tiempo, el asalto de irrealidad al que sus sentidos estaban siendo sometidos empezó a pasarle factura. Se le nubló la visión y sintió que empezaba a cruzar los ojos; sólo con grandes esfuerzos lograba evitar que el esquivo paisaje desapareciera del fondo de su visión. Empezaron a dolerle los ojos y el dolor no tardó en extenderse a sus sienes, sus oídos y la base de su cráneo.

«*Una criatura de este mundo, una criatura de la Umbra*». Eso era lo que Arroyo Negro le había dicho que creía que era.

—Me parece que no —murmuró. Podía sentir que no pertenecía a aquel lugar, que no podría sobrevivir en él demasiado tiempo sin quebrarse. Fuera lo que fuese esa Umbra, no quería tener nada que ver con ella. En aquel lugar su ser se sentía mal, ajeno de alguna manera. De manera similar a como se sentía cuando veía a alguno de los espectros etéreos en la ciudad o uno de los fantasmas que acechaban dentro de una persona que caminaba por la calle. Veía cosas que no debía ver y verlas era como abrir una ventana a un mundo prohibido.

Ahora se había adentrado del todo en un mundo prohibido. Puede que no fuera el mismo porque no le transmitía la misma futilidad y nostalgia que los fantasmas pero igualmente era un mundo que no estaba hecho para ella.

No quería pedirle a Arroyo que se pararan a descansar. Si acaso, él marchaba cada vez más deprisa y conforme avanzaban más y más, la desconexión entre lo que Kaitlin veía y lo que sentía y experimentaba se hacía más intensa. ¿Habían cubierto con ese paso un kilómetro, dos o acaso cientos? Los músculos, tensos por la ansiedad, empezaron a dolerle. El martilleo que palpitaba en el interior del cráneo acalló el burbujeo del arroyo, que a estas alturas parecía casi libre de las venas negras. Cuando la presión llegaba a un punto en que Kaitlin estaba segura de que iba a estallarle la cabeza, Arroyo se detuvo.

Cayó de rodillas y boqueó como una persona a punto de ahogarse, pero él pareció no darse cuenta. Estaba concentrado en un extraño montón de rocas; parecía una especie de muro, uno de cuyos extremos se hundía en el arroyo.

Tocó las piedras y pareció confundido.

—¿Serpiente de Agua? —dijo—. Serpiente de Agua, ¿nos has abandonado?

A estas alturas Kaitlin no confiaba ya en sus percepciones pero tenía la impresión de que Arroyo le estaba hablando a las piedras. Por muy perturbador que esto fuera, al menos la presión de su cabeza empezaba a remitir. Ahora que se habían detenido, parecía que la desorientación estaba esfumándose de manera gradual. Puede que tras

unos pocos minutos hubiera podido prestarle atención al comportamiento de su salvador, pero no tuvieron unos pocos minutos.

Kaitlin y Arroyo ya no estaban solos. Una enorme y gruñente criatura lobo se erguía al otro lado del muro, donde un segundo antes no había habido más que niebla. A Kaitlin se le hizo un nudo en la garganta y el estómago al recordar que ya había visto una criatura como aquélla antes.

Y entonces apareció otra. Salida de la nada. Simplemente estaba allí, erguida, con el pelaje erizado, gruñendo. Empezaron a aparecer visiones en la mente de Kaitlin, visiones de cuerpos desmembrados tendidos en el suelo del bar. Aunque la muerte le estaba mirando la cara, estaba demasiado exhausta como para correr. Se volvió hacia Arroyo...

... y también él era un colosal y enfurecido hombre lobo.

Capítulo diecinueve

Claudia Permanece Firme fue la primera en cruzar desde el mundo físico. La Guardianiana debía de haber sentido la presencia de Arroyo Negro; el que hubiera esperado encontrarlo o no suponía poca diferencia. Gruñó y enseñó los colmillos. Profirió un ululato discontinuo que convocó a los demás miembros del clan, y en cuestión de escasos segundos se unieron a ella: Astillabedules, Cynthia Oreja Suelta, Canción de Víspera, Ladra-a-las-Sombras; sólo Noche de Terror y Nube de Muerte estaban ausentes. Gruñendo y arañando el suelo, se dispersaron formando un semicírculo alrededor de Arroyo Negro y Kaitlin y pareció que se disponían a hacerlos pedazos.

Arroyo Negro adoptó su forma de hombre lobo en cuanto vio la furibunda disposición de Permanece Firme. Venía en Crinos, con el klaive en la mano. Si hasta ella, ruda pero serena entre los Garou, estaba dispuesta a derramar sangre, es que Arroyo Negro estaba en graves dificultades.

—Hay corrupción del Wyrn extendiéndose por el arroyo —les dijo con los guturales ladridos de la lengua de los Garou—. Aún no ha avanzado demasiado...

—¿Es que no has hecho ya suficiente? —gruñó Canción de Víspera—. Tú eres la corrupción de este clan. Gaia nos desprecia por tu culpa...

—No soy yo el que ha corrompido ese arroyo —lo interrumpió Arroyo Negro—. Eso es obra del Wyrn. Pero puedo mostraros...

—¡Hiede a Wyrn! —gruñó Astillabedules—. ¡Viene aquí apestando a corrupción la noche después de la muerte de Frederich!

Las orejas de Arroyo Negro se agitaron; miró a los demás, estupefacto.

—¿Noche de Terror ha muerto? Pero ¿cómo...?

—Veneno —gruñó Oreja Suelta.

—Ganado envenenado en la granja Davidson —dijo Canción de Víspera con los dientes apretados—. Envenenado y luego atacado por humanos inmunes al Delirio —lanzó una mirada furiosa y amenazante a Kaitlin.

—¡Y ahora trae a uno de ellos *aquí!* —dijo Astillabedules. Estaba en forma Lupus y con el hocico a la altura del suelo; se aproximó a Kaitlin gruñendo.

Kaitlin estaba paralizada y tenía los ojos muy abiertos a causa del terror pero era cierto que no había sucumbido al Delirio, como Arroyo Negro había visto ya. Fuera cual fuese la causa, no les beneficiaba a los ojos del clan.

—Esta chica no tiene nada que ver con la muerte de Noche de Terror —dijo Arroyo Negro—. Me ha ayudado a encontrar la fuente de la corrupción del Wyrn. Se está extendiendo hasta aquí. Debemos proteger el arroyo antes de que el túmulo se contamine. ¡Mirad! Serpiente de Agua ya no responde a nuestra presencia. Debemos...

—¡Es *tu* presencia lo que ofende a Serpiente de Agua! —le espetó Canción de Víspera—. Nos tendieron una trampa con ganado envenenado en la granja. La chica te ha atraído al Wyrm. ¡Sólo estabas a un paso de la corrupción! ¡Pudriste a Galia desde dentro y ahora pretendes contaminar el túmulo!

Arroyo Negro se adelantó con aire amenazante. De manera casi imperceptible, el semicírculo de Garou retrocedió, pero Arroyo Negro se dio cuenta. Sabía que caminaba por una línea muy delgada: entre provocar un ataque con su beligerancia o invitarlos a atacar con su debilidad. Sus posibilidades, y las de Kaitlin, no eran demasiado buenas si estallaba la violencia. Y entre los Garou, la violencia no estaba nunca demasiado lejos de la superficie. Sólo estaba tratando de advertirlos. No tenían que defenderse de él. Lo único que tenían que hacer era escuchar. Pero Noche de Terror había caído y los Garou no estaban de humor para mantener conversaciones.

—Claudia —Arroyo Negro apeló a la Guardiania, la más sensata de todos ellos—. Tú sabes que no tengo nada que ver con la muerte de Frederich. Tú sabes que nunca he sucumbido, ni siquiera he estado a punto de sucumbir, a la corrupción del Wyrm. Díselo.

Todos los ojos se volvieron hacia Permanece Firme. A ella no le gustó la atención. Observó a Arroyo Negro con cautela y a continuación dijo:

—La chica... ¿Cómo es que está aquí, observando, escuchando? ¿Es humana... o una criatura del Wyrm?

Kaitlin no había entendido nada de la conversación mantenida entre gruñidos pero ahora que todos los ojos se volvían hacia ella, se encogió. Arroyo Negro confiaba en que no cediera al temor y saliera corriendo. No sería capaz de protegerla; la cazarían en cuestión de segundos si lo hacía. Se le acercó y se situó delante de ella para escudarla del máximo número de Garou posible. Quería que entendieran que respondía por ella, que estaba bajo su protección... por poco que eso pudiera significar.

—No sé cómo es posible que nos vea y no huya —admitió—. Puede que corra sangre de Parentela por sus venas y ella no lo sepa... o puede simplemente que Gaia le haya sonreído —estaba tratando de encontrar algo que resultara plausible. No contaba con una audiencia receptiva—. Pero no es del Wyrm. Yo lo sabría.

—Apesta —gruñó Astillabedules.

—Ya os lo he dicho, me ha ayudado a encontrar la fuente del peligro —dijo Arroyo Negro—. Pero el arroyo es sólo el comienzo. La corrupción ya se extiende por la tierra. Se ha filtrado a los árboles. Seguidme y os lo mostraré. No me creáis si no queréis. Dejad que os lo *enseñe*.

—¡Engendro del Wyrm! —aulló Canción de Víspera.

—¡Maldito seas! —respondió Arroyo Negro con un grito—. ¡Escúchame o estarás condenando la tierra! Se está muriendo. Los espíritus se han marchado. No los

hemos servido bien. Están enfadados. Balthazar lo vio cuando se llevó a mi madre y tenía razón. Debemos...

—¡Engendro del Wyrm!

—¡Engendro del Wyrm! —Astillabedules se sumó al grito—. ¡Engendro del Wyrm!

Y también Oreja Suelta.

—¡Engendro del Wyrm!

Permanece Firme parecía renuente a condenarlo pero tampoco acudía en su ayuda. Ladra-a-las-Sombras, que hasta entonces se había limitado a observar y había parecido el menos beligerante de todos, parecía descolocado por la hostilidad reinante pero hasta él empezaba a demostrar mayor agitación, gruñía y enseñaba los dientes.

—¡Escuchadme! —gritó Arroyo Negro, sabiendo que era inútil pero confiando de alguna manera en acallar el cada vez más agudo aullido. Alargó el brazo hacia atrás, tocó el brazo de Kaitlin; no podía dirigirle ni una mirada pero quería asegurarse de que seguía allí. Mientras aullaba y le gruñía a Canción de Víspera que se callara, mantenía sus ojos fijos en Permanece Firme. Si la Guardiania unía su voz a las demás que lo estaban condenando, todo estaba perdido. Al mismo tiempo, tenía que controlar su propia furia. Era difícil resistirse al deseo de abalanzarse sobre Canción de Víspera, de abrirle la garganta para obligar a los demás a escuchar. Pero no lo escucharían.

—¡Ya basta! —exclamó una voz poderosa.

Y el aullido cesó. Todos se volvieron al unísono y contemplaron a Evert Nube de Muerte. Se erguía frente a ellos, en su Crinos magnificante, con las garras llenas de sangre. Su propia sangre. Tenía el pecho cubierto de profundos arañazos. Las garras alzadas frente a sí. El semicírculo se abrió para dejarle pasar y se encaró con Arroyo Negro.

Éste vio los sanguinolentos cortes y retrocedió varios pasos. Las heridas eran culpa suya. *Tenían* que serlo. Al igual que todas las indignidades y heridas que Nube de Muerte había sufrido desde el día que Arroyo Negro naciera eran culpa suya. La idea de luchar contra el Wyrm o de conseguir que los demás lo creyeran lo abandonó en el preciso instante en que vio a su padre.

—¿Quién es esta criatura? —dijo Nube de Muerte, pero no era Kaitlin de quien hablaba. De hecho, parecía ajeno del todo a su presencia. Sus ojos no se apartaban de Arroyo Negro. Por lo que a él se refería, hasta los demás Garou podrían no haber estado allí—. ¿Quién es esta criatura que está muerta para mí? ¿Quién vendría a atormentarme después de que mi amada se ha marchado al otro mundo? ¿Estabas compinchado con el Caminante? Vino a ocuparse de ella, dijo. Y luego se lleva su cuerpo en mitad de la noche. ¿Quién es éste que viene el día que mi camarada ha sido asesinado y trae consigo a una humana... una humana que bien podría ser una

criatura del Wyrm? La trae al túmulo. ¿Ibas a dejar que violara este lugar de poder? ¿Tanto me odias que querrías ver destruido todo cuanto he construido?

Arroyo Negro permaneció mudo, incapaz de refutar los argumentos de Nube de Muerte, quien parecía motivado únicamente por el odio. Así había sido siempre: el cachorro impúdico, el metis que mordisqueaba los talones de su padre hasta que recibía una bofetada. ¿Cómo podía enfrentarse a la palabra de su padre, del macho alfa, del fundador del túmulo? Arroyo Negro se encogió. Sintió el peso de su joroba; notaba que el semicírculo de Garou volvía a acercársele, con destellos asesinos en la mirada. Pero había en juego más que su propio fracaso y Arroyo Negro sacó fuerzas de la urgencia de sus noticias y de su nueva determinación.

—La corrupción se está extendiendo hacia aquí —dijo, tratando de contener con su calma el ansia de sangre que llenaba el aire—. Sigue la ruta del arroyo... desde la incineradora situada al oeste del pueblo.

Nube de Muerte suspiró. Él no tenía joroba pero el peso de sus preocupaciones le encorbaba los hombros.

—Este túmulo es la luz que mantiene a raya la corrupción.

—¡Pero basta con que vayáis a mirar...!

Nube de Muerte alzó una garra sanguinolenta e impuso silencio a su deformado vástago.

—Tanto Búho como Serpiente de Agua velan por nosotros y nos protegen. No tenemos nada que temer —se enderezó entonces y se irguió por encima del acobardado Arroyo Negro.

—Pero la corrupción debe de ser muy fuerte —insistió Arroyo Negro—. Se está extendiendo. Búho y Serpiente de Agua...

—¡Ya basta! —dijo Nube de Muerte por segunda vez—. No quiero escuchar una palabra más.

—¡Aún no has escuchado nada de lo que he dicho! —le gritó Arroyo Negro—. ¡Jamás lo has hecho!

Nube de Muerte le dio la espalda a Arroyo Negro y habló para los Garou del clan allí reunidos.

—Éste ha sido exiliado. Ha regresado en contra de mis órdenes y ha puesto en peligro el túmulo al traer aquí a una humana corrompida por el Wyrm. No hay castigo demasiado severo para él. Que no vuelva a hacernos ningún daño.

Un aullido victorioso y cruel de pura sed de sangre se alzó entre los Garou, pero antes de que los primeros alaridos reclamando la piel de Arroyo Negro hubieran escapado de sus gargantas, éste había cogido a Kaitlin y había escapado a la Umbrá. Los cazadores no tardaron en salir tras sus presas.

Capítulo veinte

Arroyo estuvo a punto de herir a Kaitlin cuando la obligó a ponerse en pie de un tirón y ella misma casi se cortó el labio entero de un mordisco. Pero le estaba agradecida.

Durante los pocos minutos que había estado en el claro entre aquellas bestias, había tenido la certeza de que iba a morir. Eso aún podía ocurrir. Ocurriría de hecho, a menos que Arroyo —uno de los monstruos— pudiera dar esquinazo a los demás. A pesar de su joroba y su cojera, corría por aquel bosque de esquivos contornos llevándola aferrada al pecho, como si fuera una niña. Si antes le había dolido la cabeza a causa de la discontinuidad del paisaje, ahora, arrastrada a la velocidad de la potencia y la desesperación de Arroyo, se retiró a su lugar de soledad. No comprendía la escena que había presenciado; trató de dejar que la niebla cubriera sus pensamientos. No había más que el brusco avance y la trabajosa respiración de Arroyo. Cerró los ojos e imaginó que volvía a estar bajo la colcha, a salvo del mundo.

Pero no pudo escapar a los aullidos. Los gritos hambrientos, maniáticos de unas bestias que pretendían asesinarla. No había forma de que pudiera saber lo que había ocurrido entre ellos. Durante unos momentos la habían estudiado con atención. Su patente hostilidad sugería que se avecinaba un fin con garras y dientes. Cruzó los brazos y se los apretó contra el vientre. Puede que la mataran deprisa. No quería que le desparramaran los intestinos por el suelo de aquel bosque que ni siquiera parecía de verdad. ¿Alguien la encontraría alguna vez? ¿Sabría su familia lo que le había ocurrido? ¿Les importaría?

Los aullidos parecían más próximos ahora. Una mala pasada que le jugaba el bosque, pensó. Con lo veloz que se movía Arroyo, ¿cómo podían ser los otros más rápidos?

Saboreó sus lágrimas y la sangre de su labio. Trató de contener sus sollozos, para no distraer a Arroyo. Un paso en falso podía significar el fin para los dos. Los otros no cejaban ni perdían terreno.

Cuando volvió a levantar la mirada, Kaitlin vio lo que supo por instinto que tenía que ser su casa. No la casa que siempre había visto. La carretera había desaparecido y el patio era una extensión abierta de gladiolos en flor, una alfombra violeta que se le habría antojado hermosa de no ser por su frenética carrera y los aullidos ávidos de sangre que les pisaban los talones. La casa propiamente dicha no era una casa: no tenía tejado ni paredes y sólo se veían los suelos de madera y la escalera que aparentemente sostenía el piso superior. En éste, suspendido en el aire, no había más que la cama de Kaitlin, cubierta por su colcha. Ningún mueble más, ninguna otra señal de su presencia.

Mientras Kaitlin trataba de absorber lo que estaba viendo, Arroyo pareció

tropezar y durante un momento también ellos, como el segundo piso de la casa, estuvieron suspendidos en el espacio. Y también en el tiempo, se hubiera dicho. La respiración de Arroyo, entrecortada a causa de la fatiga, hizo una pausa... y volvió a empezar a mitad de jadeo. Durante ese instante, Kaitlin volvió a sentir el contacto del agua fría, como si hubiera saltado de nuevo al lago... o hubiera emergido de él. Porque el mundo cambió mientras ella contenía el aliento, cambió para volver a ser lo que debiera haber sido todo ese tiempo. Apareció de nuevo el bosque de maleza y árboles densos. Apareció de nuevo un cielo que no estaba oculto tras la niebla, una casa que tenía tejado y ventanas y puertas. Kaitlin sintió el alivio que se siente al despertar de una pesadilla.

Pero entonces volvió a oír los aullidos tras ella. Sintió cada paso inseguro mientras Arroyo, aún con la forma de una bestia monstruosa, atravesaba a toda velocidad su patio. La pesadilla no se había quedado en el otro mundo. Estaba allí. La estaba siguiendo. Y quería su sangre.

Arroyo apenas frenó para destrozar su puerta. Una ventana en la habitación contigua se hizo añicos, una figura casi invisible atravesó el cristal. Unas garras se hundieron en la madera del parqué mientras la desesperada carrera llegaba abruptamente a su fin. Kaitlin no podía respirar. Habían logrado regresar a casa... pero no había servido de nada. Las bestias de la furia lo habían hecho también.

Por la cocina. Arroyo derribó la puerta que llevaba al sótano, bajó las escaleras de dos en dos. Arrojó a Kaitlin a una esquina y se volvió para enfrentarse a unas garras que estaban ya sobre su garganta.

Todos los gruñidos y aullidos que había oído hasta ese momento no fueron nada comparados con el estrépito que estalló a escasos metros de ella. Se arrastró hasta la esquina, la misma esquina en la que se había escondido una vez de Arroyo. Alguien le echó agua a la cara... no, agua no; se limpió y olió a sangre. Tenía la mano manchada.

En la oscuridad, lo único que podía ver era un torbellino de movimiento y el destello de colmillos y garras. Ahora los gruñidos eran subrayados por el chasquido de las fauces que se cerraban: sobre el aire, con el rozar de colmillos contra colmillo o sobre la carne, acompañados de aullidos de rabia y dolor. Allí cargó otra forma oscura, aquí un cuerpo se arrojó, o fue arrojado, al otro lado de la habitación. ¿Era eso un destello de plata? Kaitlin trató de contar cuántos enemigos estaban atacando a Arroyo: más de uno desde luego pero ¿cuántos más? ¿Dos, tres, todos los que habían estado reunidos junto al arroyo?

A menos que Arroyo pudiera vencerlos a todos, estaban condenados. Las aullantes bestias querían sangre. No ofrecerían cuartel.

Y entonces, de repente, todo cesó. Los salvajes aullidos y ladridos quedaron reducidos a gruñidos sordos. Los cuerpos ya no se abalanzaban unos sobre otros,

mordiendo y desgarrando. Una figura medio agazapada retrocedió hacia Kaitlin. Tras decidir que si era uno de los otros, ya estaba muerta, extendió un brazo, sintió la tosca curva de la joroba de Arroyo y supo que era él. También tocó sangre en su pelaje. Cuando apartó la mano la tenía llena de mechones de pelo ensangrentados.

—¿Estás bien? —le preguntó... y lo absurdo de sus palabras casi hizo que vomitara en cuanto salieron de sus labios. ¿Que si estaba bien? ¿Cómo podía él, cómo podía cualquier cosa, estar bien? Ahora ese bien sólo podía medirse en términos de: aún con vida.

Arroyo gruñó, significara eso lo que significase. Pero seguía en pie.

Mientras sus ojos empezaban a adaptarse a la oscuridad. Kaitlin distinguió más ojos, rojos y furiosos, aún muy lejos de renunciar a su ansia de sangre. Formaban un arco, parecido al que los monstruos habían trazado junto al muro de piedra. Arroyo extendió el brazo hacia ella y le tocó el hombro.

—¿Tú... salir? —preguntó, aunque ella apenas reconoció la voz, profunda, gutural, trabajosa. Trató de imaginar una voz humana saliendo de aquellas fauces mortales y decidió que se alegraba de que no hubiera luz. Pero la pregunta estaba clara.

¿Podía salir? No en medio de los monstruos, por las escaleras. Pero aquél era un sótano sin terminar. Aparte de dos diminutos ventanucos a los que no llegaba, ¿no había en alguna parte un lugar por el que pudiera arrastrarse? ¿Podía llegar sin que la descubrieran hasta la parte delantera de la casa y arrastrarse por debajo del porche? Tal vez. ¿Y en la oscuridad, sin toparse con una de aquellas bestias? Y si era así, ¿luego qué? ¿Correr al bosque para que la cazasen allí cuando hubieran acabado con él?

—No —dijo mientras le apretaba el brazo—. No —no lo abandonaría.

Él volvió a gruñir y casi al instante se abalanzó de nuevo sobre los otros monstruos. Los grotescos sonidos del combate a muerte volvieron a alzarse, con más fiereza aún que antes, si es que eso era posible. Kaitlin no podía mirar. En la oscuridad, llena de impotencia, se miró las manos, miró la sangre que las manchaba. Esperó en vano algún sentimiento de repulsión hacia ella pero el miedo la había reducido a la insensibilidad; no podía estar más asustada; por Arroyo, al que no podía ayudar; por su propia piel, si aquella noche incomprensible era real; por su mente, si no lo era. Pero rezó con todo fervor pidiendo la locura mientras los gruñidos y las dentelladas se le acercaban.

Una de las bestias rugió de agonía. ¿Era Arroyo? No era capaz de diferenciar los sonidos; no podía ver más que cuerpos arremolinados que se debatían con violencia.

Pero entonces, de repente, *pudo* verlos: una confusa melé de bestias cubiertas de sangre y espumarajos, los licántropos de los mitos y las leyendas. Arroyo estaba entre ellos, con el pelaje manchado de sangre y un lado de la cara desgarrado. Uno de los

demás se alejaba cojeando, con un brazo inútil colgando a un costado y abierto hasta el hueso. Los tres o cuatro restantes golpeaban y mordían y desgarraban. Kaitlin no era capaz de determinar cuántos eran de tan feroz y rápida como era la acción. Pero todos estaban atacando a Arroyo. Sus garras estaban húmedas de sangre. Lo matarían. Pronto. Cada centímetro de su cuerpo brillaba como si estuviera cubierto por una capa de aceite.

No. Había otro. Otro que no luchaba contra Arroyo sino a su lado, si Kaitlin podía dar crédito a sus ojos. Al principio no había reparado en él en medio de la confusión de cuerpos, todo fuerza y pelaje y furia. De repente volvió a perderlo de vista. No recordaba haberlo visto junto al muro pero era difícil de saber con seguridad. Se movían demasiado deprisa. Toda la manada estaba cambiando constantemente de posición, saltando, golpeando, esquivando. Para el horror de Kaitlin, había al menos un brazo tirado en el suelo... y no unido a ningún cuerpo. Buscó con desesperación a Arroyo en la batalla. Allí. Un brazo, dos brazos. Aunque la sangre que cubría su cara apenas le dejaba ver.

Volvió a ver al recién llegado. Entonces se percató de que era más grande que los demás. No había dado mucho crédito a su primera impresión pero sí que estaba luchando con Arroyo. Un golpe con el dorso de una mano poderosa destrozó el cráneo de otro atacante. Éste retrocedió un paso tambaleante y se desplomó. Las fuerzas se estaban igualando.

Conforme se alargaba la lucha, Kaitlin comprendió por qué resultaba tan difícil seguir la pista del recién llegado entre los demás. Mientras que los pelajes de éstos tenían un solo color o eran moteados, el suyo era un mosaico de retazos entremezclados, cada uno de un color diferente. Ahora que sabía lo que estaba buscando, Kaitlin se dio cuenta de que entre todos los combatientes él era el único que no estaba cubierto de sangre. Y más aún, la repentina luz que le había revelado la letal batalla parecía emanar de aquel gran lobo.

La suerte de la lucha siguió cambiando y conforme más enemigos se retiraban destrozados, el gran tamaño del Lobo de Retazos se hizo evidente: era dos veces más alto que Kaitlin, y más aún y le resultaba imposible permanecer completamente erguido en el sótano. Pero la estrechez del espacio no parecía suponer un obstáculo para él. Paraba todos los ataques que le dirigían y algunos de los que buscaban a Arroyo. Cuando la apretada maraña de cuerpos se separó, los tres atacantes restantes lo miraron con aire exhausto. Ninguna de las criaturas, salvo él, había salido ilesa.

Siguió una breve pausa, mientras los oponentes se miraban, tratando de determinar el estado de los otros y buscaban una debilidad o herida que les permitiera propinar un golpe mortal. El respiro fue breve, unos pocos segundos nada más y entonces, por designio o por accidente, los tres atacantes volvieron a la carga al mismo tiempo.

Dos de ellos golpearon a Arroyo. Logró esquivar al primero pero el segundo le hundió los colmillos en el costado. Lanzó un grito de dolor mientras con sus propios colmillos lanzaba una dentellada al antebrazo del primero de los atacantes. El segundo, superada la guardia de Arroyo, atacó con unas zarpas que se movían a la velocidad del rayo...

... y fue apartado por el gran Lobo de Retazos, quien lo sujetó por el cuello y lo levantó medio metro del suelo. La criatura no pudo resistir la fuerza del gigantesco hombre lobo. El Lobo de Retazos lo golpeó contra otro de los suyos y a continuación los arrojó sin esfuerzo contra la pared opuesta.

La única lucha que aún continuaba era la que enfrentaba a Arroyo y el animal cuyo brazo tenía entre éste las fauces. Mordió y dio una sacudida con todas sus fuerzas y su víctima aulló de dolor, incapaz de escapar. Un fuerte golpe del Lobo de Retazos derribó esta vez a Arroyo y el otro monstruo se retiró tambaleándose y aferrando su brazo destrozado.

Durante un momento, reinó el silencio. Aparte del luminoso Lobo de Retazos, todas las criaturas estaban aturdidas y lastimadas. Kaitlin observaba llena de asombro, temiendo que el vencedor continuara su ataque contra Arroyo... contra ella. No entendía por qué los había ayudado para luego volverse de aquel modo contra ellos. Mientras Arroyo sacudía la cabeza y parecía recobrar el sentido, parecía estar preguntándose la misma cosa.

Y entonces el Lobo de Retazos habló:

—Esto-Debe-Terminar —las palabras brotaron tronando de las profundidades de su pecho y sacudieron los cimientos de su casa. La ferocidad que había demostrado en la batalla no se había extinguido ni de lejos; era como si tuviera que contenerse para no seguir luchando... pero ¿de qué lado? Su mirada furiosa recorrió la habitación y contempló uno detrás de otro a todos los hombres lobo—. Los Garou no matan a los Garou.

Al mirarlo, Kaitlin supo a qué se había referido Arroyo al hablar de una criatura del espíritu. La criatura no era como los espíritus o espectros que había visto en la ciudad. El Lobo de Retazos, aunque horrendo de contemplar, era una bestia magnífica; resplandecía frente a sus ojos; luminosa, sobrenatural, era una criatura del espíritu. Y al mirar a los demás, ya no cegada por el miedo o la negación, pudo ver una chispa de él en cada uno de ellos, un fragmento de espíritu que daba vida a sus pasiones.

El Lobo de Retazos alargó la mano y ayudó a Arroyo a incorporarse.

—Éste no es el enemigo —dijo el lobo espíritu. Puso una mano en el pecho de Arroyo y le limpió la sangre de los ojos—. Y ellos no son tus enemigos —dijo—. Debéis olvidar el pasado y mirar hacia el futuro. Éste es mi regalo para vosotros.

Arroyo se tambaleó bajo el peso de aquella mano colosal pero no cayó; acudieron

lágrimas a los ojos de Kaitlin; no sabía muy bien por qué. La tensión acumulada de estar perdida, el temor por su vida, la inesperada salvación. Se desplomó, vencida por el peso de la esperanza y el futuro.

Pero el Lobo de Retazos se acercó a ella, la ayudó a incorporarse, la sostuvo cuando las piernas estaban a punto de fallarle.

—Tampoco ésta es vuestra enemiga —dijo—. Debéis miraros a vosotros mismos. Los espíritus no olvidan a sus hijos sin razón. Sed sabios. Sed fuertes.

Y desapareció. Y la luz con él. Pero mientras los demás licántropos empezaban a apartarse en confundido silencio, se encendió una luz en lo alto de las escaleras. Kaitlin corrió hacia Arroyo. Lo abrazó sin importarle la sangre que lo cubría. Trató de sostenerlo cuando las rodillas se le doblaron pero era demasiado pesado para ella. Cayeron juntos al suelo y cuando se quedaron inmóviles, volvía a ser un hombre, sangrando y exhausto y delirante, y ella le acunó la cabeza en su regazo.

Capítulo veintiuno

Arroyo Negro se estremeció y respiró entrecortadamente.

—Lo siento, lo siento —dijo Kaitlin mientras utilizaba un paño húmedo para limpiar con suavidad los bordes del corte de su hombro—. Estoy intentando tener cuidado pero tiene que dolerte. No creo que haya forma de impedirlo. Toma —le llevó un vaso de agua a los labios. Sus manos temblaban todavía un poco a causa de lo que Arroyo Negro y ella acababan de vivir.

—Preferiría algo más fuerte —dijo él, mientras bebía un sorbito de agua.

—Sí, bueno, pues eso no va a pasar. *Alguien* se bebió toda mi cerveza y puedes estar muy seguro de que no voy a cruzar la carretera para ir a la Casa del Barril de tu amigo.

Arroyo Negro estaba llegando rápidamente a la conclusión de que la sobriedad estaba sobrevalorada. Estaba tumbado en la cama de Kaitlin mientras ella se ocupaba de las dolorosas y profundas heridas que le habían infligido las garras y los colmillos de sus compañeros de clan. No sólo le hubiera dolido mucho menos de haber estado borracho sino que si lo hubiera estado durante los últimos días, nunca se habría metido en aquel embrollo. Si hubiera estado borracho no se habría molestado en husmear en la incineradora; si hubiera estado borracho, no habría seguido el curso del arroyo hasta el túmulo; y no le habrían dado una paliza de muerte. Una vez más.

Suspiró y hasta eso le dolió.

—He tratado de seguir sus consejos y así me ha ido —rezongó.

—¿De qué estás hablando? ¿Los consejos de quién?

—De Meneghwo.

—¿Mene-qué?

—El que me salvó —dijo Arroyo Negro—. Nos salvó.

A pesar de la presencia evidente de las profundas heridas que cubrían todo el cuerpo de Arroyo Negro, la mención de la lucha pareció acabar con la relativa calma de Kaitlin. Sus manos empezaron a temblar de forma violenta, tan violenta que derramó parte del agua del vaso que Arroyo Negro le había devuelto.

—El Lobo de la Colcha —dijo.

—¿Colcha? —Arroyo Negro la observó con mucha atención. ¿Se había dado un golpe en la cabeza sin que se dieran cuenta?

—Colcha. Retazos. Todo encaja —dijo Kaitlin—. Todos esos pelajes diferentes —dio unas palmaditas a la colcha, donde Arroyo Negro estaba tendido sangrando—. Es como esto. Pequeños trozos sacados de... Dios sabe dónde, pero cada uno de un lugar diferente. Y entonces los unes y tienes esto, entero, nuevo...

—Feo, mestizo... —Arroyo Negro puso los adjetivos.

—*Precioso* —insistió Kaitlin, mirándolo con el ceño fruncido—. ¿Sabes una

cosa? Para ser alguien que tiene una joroba en la espalda estás muy pendiente de la apariencia física.

Arroyo Negro se apartó de ella, se negó a dejar que siguiera ocupándose de sus heridas.

—No necesito tu ayuda —le espetó.

Kaitlin apartó las manos y las levantó como si se estuviera rindiendo.

—Lo sé, lo sé, no necesitas la ayuda de nadie. Ya lo he visto —al cabo de unos pocos minutos siguió limpiándole la herida del hombro y Arroyo Negro se lo permitió de mala gana—. Sólo estaba pensando en esta mañana, nada más —dijo— y él me ha recordado a mi colcha. ¿Cómo dices que se llama?

—Meneghwo.

—Joder —hizo una pausa para lavarlo—. ¿Es que ninguno de tus amigos tiene un nombre *normal*? Aunque tengo que decir —continuó antes de que él tuviera tiempo de responder— que me alegro de que te llames Arroyo Negro y no Blackie Chepa. Blackie no te pega.

—¿Y por qué?

—No lo sé. Blackie suena a alguien que se divierte de vez en cuando. Pero tú siempre estás de mal humor. Eres la persona más malhumorada que he conocido en mi vida. Y para una vez que me sacas por ahí, casi consigues que me maten.

Arroyo Negro le dirigió una mirada feroz, a partes iguales ofendida y asombrada. ¿Aquella era su manera de enfrentarse al trauma? ¿Insultarlo?

—Pues tú —respondió— tampoco eres unas pascuas, que digamos.

Kaitlin le limpió la herida con un poco menos de cuidado y él se encogió de dolor.

—Eres tan crío... —dijo—. Sí, vas por ahí arrancando brazos, pero un poco de agua y jabón y empiezas a chillar como...

—¿Como una chica?

—Como un cerdo. Chillas como un cerdo.

Arroyo Negro decidió que ignoraría el comentario. Sospechaba que si seguía agitando a Kaitlin sólo conseguiría un exceso de celo en su manera de limpiarle las heridas. Sin embargo, desde que era un cachorro y Galia se ocupaba de él, nadie había querido ayudarlo. Cerró los ojos, trató de ignorar el dolor y descansó tranquilo en la certeza de que aquella mujer quería ayudarlo. No lo estaba haciendo por miedo. ¿Por obligación? Puede. Pero ¿acaso importaba? ¿Cuándo había sido la última vez que alguien se había sentido obligado hacia él? Unos pocos sarcasmos eran un precio muy pequeño a cambio del consuelo. Además de que no ignoraba que la noche pasada había sido traumática para Kaitlin. Mucho más que para él. Él también había afrontado una muerte casi segura pero a manos de unos individuos a los que conocía desde siempre: de una raza de criaturas cuya existencia siempre había conocido. Debía de haber sido atterradoramente irreal para ella. Si estaba un poco agitada, era

normal. Ella no le había pedido que la arrastrara a la Umbrá y la soltara en mitad de un clan de Garou enfurecido y ávido de sangre.

—¿Por qué estaban tan enfadados? —le preguntó al fin, pensativa, como si hubiera captado el sentido de su silencio—. ¿Por qué querían matarnos? ¿Nos lo merecíamos?

Arroyo Negro mantuvo los ojos cerrados; no quería ver en su rostro el dolor que oía en su voz. Parecía tomarse como algo personal el hecho de que hubieran querido matarla. Los humanos reaccionaban así.

—Ellos hubieran dicho que sí.

—¿Por qué?

—A mí, porque mi existencia es un signo de corrupción. A ti... porque estabas allí y ellos estaban enfurecidos, y porque puedes vernos.

—¿Y eso me convierte en... peligrosa?

—Podrías serlo. La mayoría de los humanos, cuando nos ven, pierden el sentido, se desmayan, se vuelven locos. Al menos durante algún tiempo. Y luego no recuerdan. Recuerdan *algo*, pero no mucho. Se sienten enfermos y aterrados y puede que se extiendan algunos rumores extraños. Pero tú...

—Te vi delante del bar la semana pasada —dijo Kaitlin.

—Lo sé.

Silencio.

—Tenías un cuerpo sobre los hombros, ¿verdad?

—Sí —dijo Arroyo Negro—. Y sí, se lo merecía. Su amigo y él nos hubieran matado a Canción de Víspera... o sea, Murphy, y a mí por veinte pavos. Sin razón alguna, en realidad. Sólo por el placer de hacerlo.

—¿Y tú? ¿Para ti también es un placer?

Arroyo Negro abrió los ojos. No estaba dispuesto a aceptar... Pero no podía desechar la pregunta del todo. Nunca se sentía tan vivo, tan unido a Gaia y a toda la creación, como en aquellos pocos segundos de la caza que precedían a la muerte de la presa.

—Nunca es *tan* sencillo —volvió a cerrar los ojos.

Estaba claro que Kaitlin sabía cuándo no debía cruzar una línea. Siguió limpiando sangre de las heridas. Sus cuidados volvieron a ser gentiles y cuando, varios minutos más tarde, habló de nuevo, su pregunta no fue tan acusadora.

—¿Qué has querido decir con eso de que tu existencia es un signo de corrupción?

Arroyo Negro suspiró.

—Los de nuestra raza no pueden emparejarse entre sí. Debemos encontrar compañero fuera de nuestro pueblo, entre los humanos o los lobos.

—¿Os apareáis con lobos?

—Algunos de los nuestros están muchos más próximos a los lobos que a los

humanos.

—Pero ¿qué tiene ese tabú que ver con...?

—Yo soy la prueba de lo que ocurre cuando dos de nosotros se emparejan: un cachorro maldito, una afrenta para Gaia.

Abrió los ojos y se sentó; parecía que ella no tenía intención de dejarlo en paz.

—¿Por eso te odian? —le preguntó Kaitlin con incredulidad. La respuesta la enfureció—. Pero si no es culpa *tuya*...

—No importa de quién es la culpa —dijo él—. La carga es mía y debo llevarla.

Pero ella no estaba dispuesta a dejarlo así.

—Es sólo que... está... está *mal*. Es tan malo como la gente que me odia por ser negra. Es de ignorantes. Es de idiotas.

—Entre los humanos, ¿no es un crimen que los hermanos se emparejen entre sí?

—Bueno... sí, pero no es exactamente lo...

—No es exactamente lo mismo, no —dijo—. Pero yo soy deforme. No soy humano ni lobo y entre los Garou me desprecian.

—Garou —repitió Kaitlin—. Usáis ese nombre constantemente. Meneghwo también lo utilizó. Tu pueblo, tu raza, son los Garou.

Arroyo Negro trató de incorporarse un poco más para poder mirarle directamente los ojos.

—Algunas de estas cosas las descubres por ti sola. Otras las aprendes de mí. Pero no puedes revelar nada a otros humanos. Nuestro nombre no es para los humanos de esta era del mundo. No sé cómo es posible que nos veas, pero es una de las razones por las que querían matarnos. Te ven como una amenaza y lo mismo le ocurrirá a otros de mi raza.

—Pero ¿por qué? —quiso saber—. ¿Tú piensas que soy una amenaza? Cuando cambias, cuando te conviertes en un licántropo, te vuelves grande y poderoso y feroz. ¿Cómo podrían los humanos hacerte daño?

—Podrías decir lo mismo de los osos, los leones o los tiburones. ¿Cómo podrían los humanos hacerles daño? Los cazan. Destruyen su hábitat. Los humanos forman parte del problema. Ellos son los que despojan a Gaia de todo.

—Como la mancha del Wyrn —dijo Kaitlin—. La Corrupción.

—En cierto modo, pero no es tan sencillo —la corrigió Arroyo Negro—. La devastación extendida por los humanos facilita la difusión de la corrupción del Wyrn y la corrupción del Wyrn alimenta la devastación humana. Cuál es la causa y cuál el efecto... la respuesta a esta cuestión está enterrada en el tiempo. También está la Tejedora, pero su poder es menor en las tierras boscosas. Ve a una de las costras, una de vuestras ciudades y...

Kaitlin levantó las manos.

—Vale, vale, vale. Creo que es más de lo que puedo asumir de una vez. Y, sí, lo

recordaré, mis labios están sellados. ¿Y sabes otra cosa? Tus amigos son unos bastardos ignorantes.

Arroyo Negro hizo ademán de responder, de devolver la ofensa, pero se encontró sin palabras frente a alguien que criticaba a sus compañeros de clan. ¿Por qué iba a defender a aquéllos que lo habían expulsado? Muchas veces había pensado lo mismo que Kaitlin acababa de decir pero siempre se había sentido culpable por su resentimiento. Él era el maldito de Gaia. Por supuesto que los demás lo despreciaban. Nunca —ni *una sola vez*— lo había respaldado nadie en sus pensamientos. Desde que era un cachorro y Galia lo protegía, nadie se había puesto de su lado y hasta ella, acobardada por los desvaríos de Nube de Muerte, había terminado por callar cuando Arroyo Negro se había hecho mayor.

Ahora tenía a Kaitlin. La había tratado con rudeza y la había puesto en peligro con su temeridad. Y sin embargo era a los otros Garou a quienes ella denunciaba. Salía en *su* defensa. Arroyo Negro sintió la conocida y habitual punzada de culpa, pero fue la gratitud lo que lo dejó sin palabras.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kaitlin—. ¿Dónde vamos... dónde vas a partir de ahora?

—Han dejado muy claro que aquí no soy bien recibido. Ya oíste lo que dijeron Nube de Muerte y Canción de Víspera.

—En realidad, no pasé de *grr* y... bueno, ya sabes.

—Oh. Bien.

—Pero sí, supongo que sus intenciones estaban muy claras. ¿Qué hay de lo que dijo Meneghwo?

—Dijo que miráramos al futuro. Eso no significa que el futuro tenga que estar ya aquí —señaló Arroyo Negro—. Será mejor para todos que me vaya. Es lo que quieren.

—¿Y qué hay del asunto del alquitrán, el arroyo, la mancha del Wyrn? —preguntó Kaitlin—. ¿Les advertiste sobre eso? ¿Lo saben?

—Les advertí. Pero no me escucharon.

—¿Y seguirá extendiéndose? ¿Qué significa eso? ¿Qué pasará?

—Si nadie le pone remedio, con el tiempo la tierra morirá.

—¿La tierra morirá? —un tono duro empezaba a insinuarse en sus palabras—. ¿Eso qué significa? La tierra morirá...

Arroyo Negro se encogió de hombros. No tenía ganas de explicarlo. Él no estaría por la zona cuando ocurriera, así que no iba a pensar en ello.

Su negativa a responder estaba enfureciendo a Kaitlin.

—¿Y tú puedes marcharte sin más y dejar que ocurra eso... *sea lo que sea*?

Ella era como Canción de Víspera, en cierto modo, decidió Arroyo Negro. No podía dejarlo tranquilo. Siempre tenía que decir una cosa más, siempre tenía que

hacer una pregunta más. Sintió la tentación de levantarse y marcharse, por mucho que le doliera, por mucho que ella se hubiera puesto de su lado frente a sus torturadores. ¿Pero cómo no iba a haberlo hecho? Ellos trataban de matarla. Él había tratado de salvarla. *Por supuesto* que se había puesto de su lado. Pero lo peor de todo era que ella tenía razón. Por mucho que lo jodiera y lo enfureciera, tenía razón. No podía darle la espalda sin más a la amenaza de la mancha del Wyrn. O quizá sí pudiera pero no *quisiera*. Aún podía oler cómo se propagaba el insidioso veneno por debajo de la tierra, corrompiendo el espíritu de las aguas, de los árboles. ¿Cuántos años quedaban hasta que la podredumbre de la Umbra se manifestara también en el mundo físico? ¿Cinco, tres, uno? ¿Florecerían los árboles esta primavera? ¿Moriría el bosque y se convertiría en un yermo el hogar de los Garou? Pero aunque él pudiera hacer algo, ¿qué razones tenía para quedarse? La capilla a Serpiente de Agua era ahora un montón de rocas, nada más. ¿Dónde estaba la sabiduría de Búho? Meneghwo había confirmado que los espíritus le habían dado la espalda al Claro Aullante. ¿No debería Arroyo Negro tomar eso como señal y hacer lo mismo? Y sin embargo allí estaba Kaitlin, diciéndole que debía quedarse y luchar. Ella veía las cosas de otra manera.

—Puedo irme —dijo—. Y tú puedes venir conmigo.

Kaitlin se quedó callada, pensativa. Apartó la mirada, como si Arroyo Negro hubiera dicho algo que ella estaba pensando pero que no se atrevía a proponer. Finalmente sacudió la cabeza, lo rechazó como todos los demás.

—Ya he escapado otras veces —dijo—. Acabo de empezar a volver al mundo. A mi mundo. No puedo abandonar de nuevo.

Arroyo Negro asintió. Había tardado años en llegar a ese punto: años de burla y abuso arrojados sobre sus espaldas. Su pueblo lo había abandonado; su propio padre lo había abandonado. ¿Por qué iba a ser diferente aquella pequeña y frágil humana?

—Estoy cansado —dijo y entonces cerró los ojos hasta que oyó que los pasos se alejaban de él por el pasillo.

Capítulo veintidós

Esta vez Arroyo Negro reconoció su mundo onírico. Abrió los ojos y se sentó en la cama de Kaitlin. La colcha estaba manchada de sangre, que habían vertido sus muchas heridas. No sabía con seguridad qué era lo que lo llevaba a creer que estaba en un sueño: puede que el hecho de que la visión apenas pareciera una ilusión, trémula, preparada para cambiar en el instante mismo en que apartara los ojos. ¿Qué significaría, se preguntó, que en el sueño él estuviera ileso mientras su sangre manchaba la colcha? El mundo onírico, al igual que la Umbra, estaba lleno de significados ocultos para aquéllos que sabían cómo interpretarlos. Pero Arroyo Negro no era uno de los nacidos bajo la luna creciente. Él era un Ahroun, guerrero de nacimiento. Para él, el mundo onírico y la Umbra, al igual que el mundo físico en ocasiones, eran caprichosos, crueles e impredecibles.

Se volvió hacia la puerta del dormitorio y allí estaba Meneghwo, el gran lobo de pedazos cosidos, sentado sobre los cuartos traseros.

—Pensé que estarías por aquí —dijo Arroyo Negro. Trató de impedir que la amargura le empañara la voz. Meneghwo le había salvado la vida, al fin y al cabo... y a Kaitlin. ¿Pero de qué había servido?

Meneghwo no respondió. Se limitó a mirarlo con sus ojos desparejados, uno pardo, otro verde.

—¿Qué? —preguntó Arroyo Negro, suspicaz—. ¿Qué quieres? —no hubo respuesta. El silencio lo irritó. Así como la mirada levemente entristecida, decepcionada, del lobo—. ¿Qué? —el lobo siguió sin responder. A Arroyo Negro se le erizó el pelaje—. He tratado de hacer lo que dijiste. «*Mira al futuro*» —dijo con voz burlona—. He tratado de advertirlos. He querido forjar mi propio futuro. Y mira lo que he conseguido.

Arroyo Negro señaló las manchas de sangre de la colcha, pero la colcha ya no estaba hecha de tela, sino que era una colección de pedazos de pelaje diferentes, como Meneghwo. Salvo que cubierta por completo de sangre, no sólo las manchas que habían dejado sus heridas. Levantó las manos empapadas en sangre.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz? —gruñó al lobo espíritu—. Sé que no sólo dijiste que mirara al futuro. «*Olvida el pasado*». Bueno, lo mejor que puedo hacer es *olvidar* el pasado, así que me largo. No le estoy dando la espalda a la amenaza del Wym, así que no me mires de ese modo. Les he advertido. Si no han querido escuchar... —apartó la piel sanguinolenta que había sido la colcha. A cada momento que pasaba, la silenciosa acusación del Lobo de Retazos lo enfurecía más.

Y también el hecho de que no tenía la menor idea de lo que el futuro le deparaba. Si se marchaba, se marcharía a un mundo de incertidumbres. Por primera vez contempló y comprendió de verdad la posibilidad de abandonar aquel lugar, de

abandonar su clan y todo lo que conocía, por muy desagradable que fuera. De abandonar a Kaitlin.

Esto último no hubiera debido importarle. Al fin y al cabo no era más que una humana, más o menos. Pero lo había ayudado cuando nadie más lo hubiera hecho. Se había puesto de su lado. Durante algún tiempo había asumido de alguna manera que se marcharía con él y hasta que se había negado a hacerlo no había comprendido lo *mucho* que había deseado que lo hiciera. Por encima de todo lo demás, admitir esto en su interior —admitir que quería que se quedara con él, que valoraba su compañía— fue lo que más lo enfureció.

—¡No estoy huyendo! —le gruñó a Meneghwo, quien ladeó la cabeza pero no le ofreció ni reprimenda ni consuelo—. ¡No estoy huyendo! —volvió a decir, mientras adoptaba su forma guerrera. Ya había soportado suficiente el silencio de Meneghwo. Saltó de la cama y cuando sus pies tocaron el suelo, éste cedió debajo de él.

No como lo hubiera hecho un suelo, con un gran estrépito y el crujido de la madera, tras de lo cual se hubiera precipitado al piso inferior. Aquel suelo estaba hecho de la materia de los sueños y cedió como un océano, aceptando a Arroyo Negro entre sus aguas.

Se hundió profundamente en ellas y, mientras la sorpresa remitía y trataba de superar con su mente los pérfidos caprichos del mundo onírico, descubrió que se estaba ahogando. No en agua. Estaba sumergido en corrupción pura. Tenía la boca y la garganta llenas de alquitrán viscoso y burbujeante. Los pulmones le ardían. Toser y escupir no servía de nada. No había aire. Arroyo Negro se debatió y dio patadas, pero estaba perdido en un mar de podredumbre y putrefacción, tan negro como el charco burbujeante que Kaitlin y él habían visto, tan negro como su propio nombre. Trató de escapar, lleno de terror y de furia. La *maldad* de la corrupción lo enfurecía, al mismo tiempo que le arrebatava el aliento. No podía encontrar otro olor que su peste y era incapaz de ver nada en la absoluta oscuridad.

Y entonces, de repente, emergió a la superficie. Estaba a cuatro patas, hundido hasta los codos y las rodillas en un pútrido limo de color gris. Un espasmo sacudió su cuerpo, tosió y vomitó. El hirviente caos de corrupción remitió y no quedó más que agua estancada e inmóvil. Sentía en la boca el olor y el sabor punzante de la corrupción del Wym. Su estómago y su garganta seguían sufriendo espasmos, tratando de expurgarlo del todo de la funesta sustancia.

Se puso en pie... o trató de hacerlo, al menos, porque se golpeó la cabeza y volvió a caer de rodillas. Las paredes de un túnel subterráneo hecho de piedra sin trabajar lo rodeaban, lo enjaulaban. ¿Dónde, se preguntó, estaba el profundo océano de corrupción que lo había abrumado? Aquel agua despedía el mismo tufo pero era muy poco profunda...

Algo atrajo su atención, un destello de luz en medio de las aguas turbias. Arroyo

Negro metió la mano y tanteó de forma frenética... *allí*. Su mano aferró una empuñadura desgastada por el uso y sacó del agua una hoja de plata, un klaive Garou. Mientras se preguntaba cómo podía haber acabado en un lugar tan desolado y olvidado de Gaia, descubrió que el arma no estaba en absoluto escondida bajo la superficie de las sucias aguas.

Una onda que perturbaba el agua por lo demás inmóvil atrajo su atención, seguida por la sensación de algo que le acariciaba la rodilla. Arroyo Negro retrocedió a rastras. Hundió la punta del klaive en el agua como si el líquido, al igual que el negro océano antes, pudiera tratar de aniquilarlo. Pero el agua, aunque repugnante, era pasiva, inerte. Lo hundió aún más. Trató de escudriñar las profundidades...

... El tentáculo salió del agua como un rayo y lo golpeó en la cara. Arroyo Negro cayó de espaldas. Cogió el tentáculo con la mano derecha y le propinó un corte con el klaive que empuñaba en la izquierda. La hoja atravesó la forma tenebrosa, que, seccionada, se hundió con un chapoteo en el agua.

Recibió el segundo ataque casi de inmediato, y el tercero, y el cuarto. Las puntas de varios tentáculos salieron despedidas hacia la oscuridad como si hubieran sido escupidas por un ventilador. Pero otro tentáculo se deslizó por el agua, se enroscó en su pie y subió hasta su rodilla. Más tentáculos cayeron desde el techo mientras el agua parecía un hervidero de apéndices gomosos que trataban de atrapar al Garou. Utilizando las garras y el klaive. Arroyo Negro logró cortar muchos de ellos pero no tenía espacio para maniobrar y los tentáculos lo acosaban desde todas direcciones. Le sujetaron los brazos, disminuyendo su capacidad de lucha; apretaron el klaive contra una pared, aunque todavía logró destrozar media docena de ellas usando la fuerza bruta; se enroscaron como serpientes alrededor de su cuello y lo constriñeron hasta que empezó a ver puntos luminosos frente a los ojos.

Antes de que pudiera darse cuenta, lo estaban alzando en vilo. Lo arrastraron, a pesar de que aún se debatía y luchaba, sobre las fétidas aguas estancadas que cubrían el suelo del túnel. En algún momento el klaive cayó de su mano, pero para entonces ya no podía blandirlo. Sintió que las fuerzas abandonaban su cuerpo y estuvo a punto de resignarse a su suerte... hasta que vio adónde lo estaban arrastrando los tentáculos.

Sólo lo vio al final. Primero sintió que el túnel de piedra y roca daba paso a una cámara mucho más grande. Luego olió el húmedo, mustio hedor de la corrupción, aún más intenso que antes. Escuchó el ominoso sonido del rozar de huesos... no verdaderos huesos, sino dientes. Dientes más grandes que su brazo, como estalactitas y estalagmitas, abriéndose, preparados para destrozar lo que quiera que los horripilantes tentáculos pudieran traer. Eso fue lo que vio. Empezó a debatirse de nuevo, pero los zarcillos lo arrastraron más y más.

Y entonces, de repente, estuvo libre. Había hecho trizas la colcha de Kaitlin, así como el colchón y los postes de la cama. Había fragmentos de la almohada por toda

la habitación. La luz del día brillaba tras la ventana: era por la tarde allí en el mundo real.

Arroyo Negro se volvió hacia la puerta pero no vio señal de Meneghwo. Enfurecido, empezó a quitarse las astillas de entre el pelaje y las garras y los trozos de lo que había sido la colcha de los dientes. Aún albergaba un fuerte sentido de cólera hacia el lobo espíritu pero una furia aún más intensa ardía en su interior. Aunque ya estaba del todo despierto, no podía librarse del hedor y el sabor nauseabundos del Wyrn. A regañadientes tuvo que reconocer que Meneghwo se había salido con la suya: no podía darle la espalda a la amenaza. No se evadiría, no buscaría excusas. Por vez primera en toda su vida, sintió que la más pura de las rabias brotaba de los rincones más profundos de su corazón, una rabia que acalló todas sus furias y sus odios anteriores, una rabia que le dio razón para existir.

Capítulo veintitrés

Kaitlin caminaba con las manos en los bolsillos de la parka. No podía evitar mirar al bosque cada pocos segundos. La jauría asesina de sanguinarios monstruos resonaba aún en su memoria, si no en sus oídos. Con cada paso que daba en la carretera, esperaba que una gigantesca y gruñente criatura lobuna saliera del bosque y le arrancara los miembros uno a uno. La pasada noche, Arroyo Negro apenas había logrado protegerla el tiempo suficiente para que apareciera el Lobo de Retazos. Meneghwo. Lobo espíritu. Las demás bestias habían parecido escarmentadas por su reprimenda... ¿pero por cuánto tiempo? No parecían seres demasiado razonables. Kaitlin trató de apartar sus pensamientos de las garras y los colmillos y la sangre que le había salpicado el rostro en la oscuridad del sótano, pero había muchos otros pensamientos sombríos en los que solazarse.

Arroyo Negro estaba pensando en marcharse. Eso debería de haber sido un alivio. Debería de haberlo sido pero no lo era. Su renuencia a dejarlo marchar era una cuestión de necesidad, se decía una vez tras otra. Él había atraído la atención de aquellos monstruos hacia ella; si se marchaba, ¿qué impediría que la mataran? Puede que el Lobo de Retazos no apareciera la próxima vez. Ésta era, quería pensar, la razón de su preocupación por su marcha.

Puede que albergara alguna idea fantasiosa sobre unir los dos mundos que no pudiera evitar. Tenía que reencontrar su lugar en el mundo físico, el mundo normal; estaba tratando de hacerlo. Pero el mundo sobrenatural parecía decidido a reclamarla. Si existía alguna posibilidad de que al estar con Arroyo Negro pudiera reconciliar los dos mundos, como una ofrenda a los espíritus...

Pero ésa era una idea tonta. Estúpida.

Desde luego no había nada personal en el hecho de que no quisiera que se marchara. Nada que tuviera que ver con la soledad, con los días y noches pasados con otro exiliado, nada de simpatía, nada de...

Desde luego que no.

Él le había pedido que lo acompañara y ella se había negado de pleno. Había tenido que hacerlo. Antes de que pudiera pensarlo mucho, antes de que empezara a *desearlo*. Ya había corrido demasiado. Eso era aquel lugar: el punto más lejano que podía alcanzar. Había llegado al extremo de aquella carretera, había dado la vuelta y estaba tratando de regresar. No podía volver a empezar a correr.

Por eso había salido. No le gustaba tener que abandonar de puntillas su propia casa, pero Arroyo Negro tenía que tomar la decisión por sí solo. Había despertado poco después del mediodía, se había arriesgado a echarle un vistazo —seguía durmiendo pero sus sueños no eran tranquilos— y luego se había marchado. Si seguía allí cuando regresara, decidirían entre los dos lo que iban a hacer a partir de entonces.

Si se había marchado... bien. En cualquier caso, ella no iba a abandonar su casa.

Le había mostrado lo que quería decir con «*corrupción del Wyrn*». Ella no entendía, ni siquiera había empezado a entender, lo que había ocurrido la pasada noche. Pero sabía que algo andaba mal y sabía que algo horrible y peligroso estaba saliendo del laboratorio. Quizá Floyd pudiera ayudar. Kaitlin no sabía cómo se lo iba a explicar. No podría mostrarle lo que Arroyo Negro le había mostrado a ella; no podía arrastrar a su jefe al otro mundo. Pero tenía que haber un modo. Puede que Arroyo Negro estuviera dispuesto a cortar con todo y escapar, pero ella no.

Miró hacia atrás. El bosque, con sus árboles denudados y su densa maleza, parecía ominoso y gris. Era como antes, cuando había decidido que nunca podría volver a vivir en una ciudad pues no sabía lo que podía encontrar en cualquier parte, un día cualquiera. Ahora se preguntaba si volvería a sentirse cómoda al aire libre o si los furiosos aullidos seguirían resonando para siempre en sus pensamientos.

Arroyo Negro se agazapó tras el tronco caído. La carretera —y Kaitlin— se encontraban a menos de cincuenta metros de distancia. Iba a regresar a aquel lugar. A pesar de lo que le había mostrado. Reprimió un profundo gruñido en el fondo de la garganta mientras sus garras abrían profundos surcos en la madera muerta.

La muchacha estaba asustada. No dejaba de mirar en todas direcciones. Arroyo Negro no podía superar la desolación que le provocaba su traición. Pues, ¿por qué otra razón iba nadie a regresar allí sabiendo lo que sabía? Se imaginó a sí mismo corriendo tras ella y atacando, destrozando su cuerpo diminuto. El pensamiento lo excitó y lo enfermó al mismo tiempo. Había despertado de su sueño loco de rabia contra el Profanador. El guerrero que había en él quería matar a la chica... pero su cólera estaba templada por las palabras y las acciones de Meneghwo. El lobo espíritu les había dicho que la chica no era su enemiga, la había levantado del suelo. Seguramente no lo hubiera hecho de haber estado ella manchada.

Arroyo Negro no sabía que pensar, salvo que tenía otros asuntos que atender. Tendría que descubrir la verdad sobre Kaitlin más tarde... si es que había un más tarde.

Le lanzó una última mirada y a continuación le dio la espalda y se adentró en el bosque, con rapidez pero no a la carrera. Tras haberse decantado por un curso de acción, no prestaba atención más que a los furiosos latidos de su corazón, no fuera a sentir la tentación de cambiar de idea. Siguió adelante como si llevara anteojeras, escudándose los ojos y la mente, concentrado tan sólo en el futuro más inmediato. Cada paso se convirtió en una obra de completa e inquebrantable concentración. Dejó que el odio que sentía por el Wyrn lo impulsara; ese sentimiento era incuestionable. Olió el hedor que aún imaginaba aferrado a él desde sus sueños. Sólo había lugar para la certeza: odio hacia la corrupción, batalla, vida o muerte. No podía arriesgarse a

albergar pensamientos que pudieran hacer que se cuestionara sus actos, que pudieran apartarlo de su camino. Su determinación podía titubear si permitía que su mente se dispersara. No tenía tiempo para la chica, que lo había rechazado y que muy bien podía estar traicionándolo; no le quedaba energía para aquéllos que lo habían condenado y escarnecido durante toda su vida; no le quedaban lágrimas para su madre muerta, para sí mismo o para su suerte.

Él era un protector de Gaia, Ahroun, guerrero por nacimiento. Su esencia entera la consagraba al odio por el Wyrn, por la corrupción. La necesidad de su pueblo era de una magnitud tan superior a él mismo que él se encogía hasta la insignificancia. Hasta aquel momento su vida entera había sido un proceso de pérdida y ya no le quedaba nada más que perder. Salvaría la tierra o perecería en el intento... y no podía salvar la tierra por sí solo.

Daba cada paso como si fuera a ser el último, tomando nota de cada hoja, cada rama, porque si se detenía, el muro que era su resolución podía empezar a agrietarse.

Cruzó la marca que señalaba los límites del Clan del Claro Aullante. En el fondo de su mente, esperaba oír un grito, un ataque. Pero siguió adelante y nadie alzó la voz para impedirselo. Los espíritus guardianes no lo consideraban un enemigo. O puede que, tal como Meneghwo había afirmado y todo cuanto había visto había confirmado, los espíritus hubieran abandonado el túmulo.

Entonces oyó, montado a horcajadas sobre el frío viento de la tarde, el grito del clan. No era el alarido horripilante de una criatura del Wyrn, como en la historia de Canción de Víspera; más bien varias voces unidas como una sola, lamentándose, recordando, honrando. La Endecha por los Caídos atrajo a Arroyo Negro hacia allí. Exiliado o no, era un hijo de aquel túmulo, de aquel clan, de aquel pueblo. Escuchó las voces aullantes y las imágenes de Frederich Noche de Terror que dibujaban, de su vida y sus hazañas pero, aparte las notas específicas de la historia, la endecha hubiera podido igualmente ser por Galia Hija de la Lluvia o por Arroyo Negro. O, pensó, por Evert Nube de Muerte.

Siguiendo el grave y lastimero tono de la endecha, Arroyo Negro se aproximó al círculo del fuego. El calor de las brasas se extendía más allá del claro, aunque el féretro se había consumido ya casi por completo. Seis lobos se sentaban formando un semicírculo, con los hocicos y las voces alzados hacia los cielos. Cada uno de ellos mostraba aún las cicatrices ganadas en la batalla de la pasada noche, igual que el propio Arroyo Negro. En su forma de guerra, era más de tres veces más alto que cualquiera de ellos, pero no estaba allí para reemprender la lucha.

De pie detrás de ellos, unió su aullido a la endecha. No es que le hubiera tenido simpatía a Noche de Terror —Frederich había sido siempre uno de los que más habían despreciado al metis— pero un Ahroun caído al servicio de Gaia merecía honores y alabanzas. Uno tras otro, conforme los demás fueron reparando en la voz

del recién llegado que se unía a las suyas, todos guardaron silencio. Claudia Permanece Firme fue la primera en oírlo. Lo miró, adoptó su forma de mujer y se llevó la mano a la empuñadura del klaive. Canción de Víspera y Nube de Muerte fueron los siguientes, y sus aullidos se apagaron hasta quedar reducidos a nada. Finalmente, Astillabedules y Cynthia Oreja Suelta, camaradas de Noche de Terror en la caza, se apartaron de su pesar y repararon en la presencia de Arroyo Negro. Casi al instante, sus canciones trocaron el homenaje por hostilidad y los tonos lastimeros por gruñidos amenazantes. Dejaron de estar a cuatro patas y sus cuerpos se hicieron altos, musculosos, fuertes, mientras sus formas de lobos se cambiaban por las de Crinos.

El aullido de Arroyo Negro fue el último en morir. No poseía una voz especialmente instruida o atractiva pero en su canción de lobo no había nada de sarcasmo o resentimiento. A pesar de sus sentimientos personales hacia Noche de Terror, le prestó un honesto homenaje al Garou caído. Esto pareció contener la cólera de los demás.

—¿Es que no has hecho ya bastante, Chepa? —gruñó Canción de Víspera.

Arroyo Negro ignoró al narrador y miró a Permanece Firme. La Guardiania, al igual que la pasada noche, lo observaba fijamente pero no parecía inclinada a saltar sin provocación previa. Por supuesto, la mera presencia de Arroyo Negro, su misma existencia, podía ser provocación más que suficiente. Astillabedules y Cynthia estaban dispuestos a reiniciar la lucha, a pesar de que aquél se sujetaba el brazo contra el pecho, inservible tras la batalla de la pasada noche pues, como todas las heridas infligidas por los dientes y las garras de los Garou, tardaría en curar.

—He regresado —dijo Arroyo Negro con tanta calma como le fue posible en la lengua de gruñidos de los Garou—, porque esta tierra está amenazada. Hay que limpiar la corrupción del Wyrn. Vais a escucharme.

Se hizo el silencio en el claro. Por muy metis que fuera, la confianza y el aplomo de Arroyo Negro, la fuerza de su porte, los habían impresionado. Recibió sus miradas feroces una tras otra, con un solo pensamiento en la mente: que debía librar una guerra, pero no contra los suyos, sino contra el Wyrn. Era un guerrero de Gaia. La presente necesidad anulaba todas las consideraciones, el pasado era algo que no existía por el momento, estaba olvidado, si no perdonado. Su mirada pareció calmarlos. Astillabedules y Oreja Suelta ya no gruñían, acaso porque recordaban al Ahroun que se les había enfrentado con bravura la pasada noche a pesar de su superioridad. Ladra-a-las-Sombras miraba a los demás con nerviosismo; haría lo que ellos hicieran. Canción de Víspera miraba a Arroyo Negro con suspicacia. Y Evert Nube de Muerte...

El alfa adoptó la forma de lobo hombre y por un instante la resolución de Arroyo Negro flaqueó. Aquél era su padre, el renombrado nacido bajo la luna creciente que durante tantos años había despreciado y rechazado a su vástago metis. Arroyo Negro

sintió que menguaba en estatura; su joroba era de repente un peso muerto que lo encadenaba al suelo. Aquél era su padre, a quien había avergonzado. Sintió el impulso de arrojarse al suelo, de rodar y ofrecer el vientre en un gesto de sumisión... pero entonces miró con más atención.

Y vio el anciano cansado en el que se había convertido su padre. Las profundas arrugas de Nube de Muerte habían sido en el pasado una señal de sabiduría; ahora parecían tiras de piel colgando de una estructura marchita. Sus ojos, hasta entonces sendas esmeraldas penetrantes, eran ahora pálidos y acuosos. El pesar había devorado a este orgulloso Garou. Puede que el desprecio y el resentimiento le hubiesen pasado también factura, al igual que habían hecho con Arroyo Negro durante tantos años. Miró a su triste y debilitado padre y vio en él los peores aspectos de sí mismo: orgullo, negación.

—El arroyo está siendo corrompido —dijo Arroyo Negro—. La mancha del Wyrn está avanzando hacia el túmulo. Y sea por eso o por cualquier otra razón, Búho y Serpiente de Agua se han marchado. Les hemos fallado.

Nube de Muerte se encogió. Volvió la cara para no ver a su acusador. Arroyo Negro estaba asombrado. Nunca había visto semejante... semejante *debilidad* en su padre. Aquél no podía ser el renombrado alfa, el nacido bajo la luna creciente que había fundado el clan. Arroyo Negro no pudo evitar un acceso de satisfacción al ver al hombre que durante tantos años lo había despreciado y había abusado de él, reducido de aquella manera. Pero también vio la enfermedad de Nube de Muerte reflejada en la enfermedad de la tierra: el túmulo privado de sus espíritus guardianes, el arroyo cada vez más corrompido por las funestas excrecencias del Wyrn. Nada de eso hubiera ocurrido si Nube de Muerte no hubiera sido...

—Negligente —dijo en voz alta—. Has sido negligente con tus deberes, viejo. Los espíritus lo saben. Te han dado la espalda. Cuando Galia murió, no quedó nadie que fuera digno de ellos.

Nube de Muerte volvió a encogerse. Los demás Garou, que no estaban acostumbrados a ver cómo recibía el alfa palabras tan duras, miraban asombrados, enfurecidos. Astillabedules, ardiendo de cólera, se adelantó, pero Claudia Permanece Firme lo detuvo con un leve movimiento de la mano. La Guardiania no dio a Arroyo Negro ninguna otra señal de apoyo. Puede que pensara que era el derecho de Nube de Muerte, su *deber*, solucionar la cuestión.

—Se está burlando de ti, Evert —dijo Canción de Víspera con los dientes apretados—. Esta abominación, este enano metis que sólo vive gracias a tu caridad, se está burlando de ti.

Nube de Muerte no respondió. A decir verdad, parecía incapaz de responder y los demás Garou lo miraron con creciente confusión. Todos excepto Canción de Víspera, cuya cólera iba en aumento a cada momento que pasaba.

—Es un exiliado, Evert —dijo el narrador—. Danos la orden y lo destruiremos — Astillabedules respondió con un gruñido sordo de aprobación.

—¿Es que has olvidado las palabras del Lobo de Retazos? —preguntó Arroyo Negro—. Los Garou no matan a los Garou. La huella del Wyrms está en esta tierra. Ése es nuestro enemigo.

—¡Da la orden! —instó Canción de Víspera a Nube de Muerte.

—¿Es que has olvidado también —preguntó Arroyo Negro con creciente confianza mientras los demás titubeaban— quién te hizo esas heridas, Canción de Víspera? Volveré a hacerlo si me obligas.

Canción de Víspera ignoró el desafío. Se volvió hacia Nube de Muerte.

—Éste es el que mató a Galia —dijo—. Su deformidad la enfermó, la pudrió por dentro hasta que murió.

La mención de Galia Hija de la Lluvia provocó un cambio notable en Nube de Muerte. Su rostro se volvió hacia Arroyo Negro por vez primera. Había fuego en los ojos del alfa.

—Él la mató —dijo Canción de Víspera para alimentar ese fuego—. Tan seguro como está aquí ahora, la mató. Aún seguiría con vida si no fuera por él.

Arroyo Negro había oído aquellas acusaciones muchas veces. Había sido acusado de tantas cosas a lo largo de los años que estaba acostumbrado a creer lo que los demás decían de él. *Era* el maldito de Galia. *Era* el mal que afligía la tierra. Su confianza, su determinación empezaron a flaquear. Delante de él, Nube de Muerte no parecía de repente tan viejo como él había pensado, ni tan cansado ni tan débil.

—Él mató a Galia —repitió Canción de Víspera— y está aliado con los que mataron a Frederich, humanos que pueden vernos y nos odian. Si Chepa huele el hedor del Wyrms es por lo próximo que está a él, corrompido desde el mismo día en que nació.

—¿Es que no te había exiliado? —demandó Nube de Muerte, muy erguido ahora, con los dos puños a los costados—. ¿Es que he sido demasiado misericordioso?

Agazapado detrás de su determinación cada vez más consumida. Arroyo Negro sintió el impulso de salir corriendo. Se enfrentaba a su propio padre, un gigante entre los Garou, que había expulsado al Wyrms y había hecho de aquella tierra un lugar seguro. Sólo que el Wyrms *no* había sido expulsado, se dijo Arroyo Negro. Aquél era el problema, pero nadie quería verlo. Estaba rodeado por seres hostiles, aquéllos que lo habían conocido desde niño y no lo veían como un guerrero de Gaia sino como a su maldito. Nada de lo que Meneghwo dijera podría cambiar eso.

Gradualmente, con burlona lentitud, Evert Nube de Muerte abandonó la forma de hombre y adoptó su gran forma Crinos, veteada de blanco. Arroyo Negro era más grande pero volvió a sentirse como un cachorro, un niño desobediente que ha enfurecido a sus mayores.

—No hay corrupción —gruñó Nube de Muerte—. No hay más corrupción que tú.

Arroyo Negro no había retrocedido un paso pero ahora se encontraba al borde del pánico. Al asomarse a la ardiente mirada de su padre, no vio furia en sus ojos verdes: sólo un odio violento, ávido de sangre. «*La furia y el odio no son una misma cosa* — le había dicho Búho—. *Debes servirte de la primera sin sucumbir al segundo*». Sacó fuerzas de la sabiduría del espíritu. A lo largo de su vida, jamás había vivido de acuerdo a estas palabras. Pero tampoco lo habían hecho los demás. Ni tampoco Nube de Muerte. El alfa había odiado al metis desde que Arroyo Negro tenía uso de memoria. Puede que la manera en que lo había tratado estuviera justificada, puede que no. Pero aquella noche Arroyo Negro estaba allí para luchar por el futuro, no para volver a librar las batallas perdidas del pasado.

—He venido —dijo— para que los Garou puedan limpiar esta tierra de una infección que tú ni siquiera admitirás que existe. Ya no eres digno de liderar al Clan del Claro Aullante, Evert Nube de Muerte. Te desafío.

—No habrá ningún desafío, abominación —gruñó Nube de Muerte—. He sido misericordioso contigo una vez —alzó un puño hacia los cielos y gritó a sus seguidores—. ¡Matadlo! Libradnos de su pestilencia.

Arroyo Negro se preparó para recibir ataques desde todas direcciones... pero no se produjo ninguno. Claudia Permanece Firme sujetaba del brazo a Astillabedules, quien estaba preparado para avanzar. Cynthia Oreja Suelta y Ladra-a-las-Sombras miraban a los otros dos.

Canción de Víspera se adelantó pero se detuvo al ver que nadie lo secundaba.

—Esta noche no habrá ningún lobo espíritu que lo salve —dijo para tratar de alentar a los demás.

—Los Garou no matan a los Garou —dijo Permanece Firme—. Se ha lanzado un desafío. El bien del túmulo demanda que reciba respuesta.

—¡Es un exiliado! —insistió Canción de Víspera.

Permanece Firme no cedió y los demás estaban demasiado aturdidos para actuar contra ella. Nunca hasta entonces se había opuesto al alfa.

A pesar de las maldiciones y exhortaciones de Canción de Víspera, Nube de Muerte, extrañamente, actuó con más calma. Al ver que el ataque no se producía y que la Guardiana había considerado válido el desafío de Arroyo Negro, bajó el puño.

—¡Mátalo! —le gritó Canción de Víspera—. ¡Si no fuera por él, Galia seguiría con vida!

Pero el espectro de Galia Hija de la Lluvia había perdido su poder y con él se había ido la voluntad de resistir de Nube de Muerte.

Arroyo Negro, alentado por el apoyo de Claudia —a su causa, si no a él— se acercó a su padre.

—Abajo, Evert —Nube de Muerte, privado de su pasión, gruñó y enseñó los

dientes a pesar de todo—. Abajo —volvió a decir Arroyo Negro, conteniendo el impulso de arrastrar al Garou de un lado a otro del túmulo. Aquél no era el propósito de su desafío—. Cede y podremos combatir juntos al Wyrn... padre.

Era la primera vez que Arroyo Negro le llamaba eso en su presencia. Por un momento se contemplaron el uno al otro, con las miradas trabadas. Entonces Nube de Muerte le escupió en el ojo a Arroyo Negro y le dio un zarpazo en el rostro.

Arroyo Negro retrocedió tambaleándose. Se llevó una mano a la mejilla y durante varios segundos miró la sangre derramada por su propio progenitor. El odio y el triunfo contraían el rostro de Nube de Muerte.

—Márchate —dijo éste— o no habrá más misericordia.

Arroyo Negro avanzó de nuevo.

—Tú *nunca* me has mostrado misericordia —dijo. Quería decir más, había mucho más que decir, muchas cosas que nunca podría decir, pero su desafío no era cosa del pasado sino del futuro. El futuro a partir de ese momento. Arroyo Negro echó la mano atrás y propinó a su padre un solo y poderoso golpe.

Nube de Muerte salió despedido hacia atrás por la fuerza del impacto, con el pecho y el rostro abiertos y sangrando. Fue a caer cerca del arroyo. Durante un momento trató de levantarse, pero la voluntad le falló. Abatido por su propia necesidad, la indignidad y la vergüenza fueron más de lo que pudo soportar. Se quedó tirado en el barro.

Los demás miraron en silencio a Arroyo Negro. Éste les devolvió sus miradas, lentamente, una tras otra. Se volvió hacia Nube de Muerte y dijo:

—Puedes quedarte si es para combatir al Wyrn a mi lado. Si no, vete de aquí —volvió a mirar a los demás Garou—. Y lo mismo os digo a todos. Aceptad mi liderazgo o marchaos.

Claudia Permanece Firme dio un paso hacia él. En forma de mujer, se inclinó.

—He servido como Guardiana durante... demasiado tiempo como para acordarme. Me volví complaciente, como todos nosotros, y no vi el mal que debió de ser claro. Le he fallado a mi clan y a los espíritus. Le he fallado a los Garou. Le he fallado a Gaia. Así que renuncio para que puedas nombrar a un Guardián de tu elección.

—No podría elegir a uno mejor que tú —dijo Arroyo Negro sin vacilar—. Todos hemos cometido errores pero desde esta noche seremos incansables. Volveremos a ser dignos de las atenciones y la amistad de los espíritus.

Como desafío al Wyrn, Arroyo Negro elevó su aullido a Hermana Luna, quien aún estaba en lo alto del cielo nocturno. Uno por uno, los demás se le unieron: Claudia Permanece Firme y Ladra-a-las-Sombras y luego Astillabedules y Cynthia Oreja Suelta.

Mientras sus voces se entretejían, uno solo entre todos ellos, Canción de Víspera

ayudó a Nube de Muerte a ponerse en pie y los dos juntos se alejaron tambaleándose hacia el frío.

GHERBOD FLEMING. Escritor de novelas de fantasía enmarcadas en el universo de *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming es un seudónimo, y su verdadero nombre es John H. Steele. Nació en 1962 y en la actualidad vive con su mujer y tres gatos, posiblemente, en Atlanta, aunque, debido a que quiere mantener su vida privada en secreto, poco más se sabe, tanto de sus inicios en la literatura, como de sus inquietudes más básicas. Según sus más allegados, nunca ha sido empleado o ha recibido emolumento alguno de la Agencia Central de Inteligencia (a.k.a CIA), lo que no nos da demasiadas pistas acerca de sus afiliaciones, filias o fobias.

Tras mucho tiempo escribiendo relatos para los más variados fanzines, pasó al terreno profesional colaborando en varios módulos y suplementos de White Wolf, hasta que decidió, gracias a la buena aceptación que tuvo en la empresa, en 1997, la propuesta de su primera novela, *El abogado del diablo*, dedicarse sólo a escribir narrativa. Las buenas ventas posteriores de la trilogía avalaron su decisión así que, desde entonces, sólo ha escrito novelas de *Vampiro* en el *Mundo de tinieblas*.

A primeros de 1999 se comenzó a publicar, en Estados Unidos, la macrosaga, de libros de lectura independiente, *Novelas de clan*, que dedica una novela a cada uno de los clanes de vampiros del *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming fue co-escritor de la serie (junto a Stewart Wieck), y escribió cinco de ellas: *Gangrel*, *Ventrue*, *Assamita*, *Brujah* y *Nosferatu*.

Notas

[1] En el original en papel figura traducido como «whiskey». El motivo por el que se ha cambiado es para que concuerde con los volúmenes anteriores de la saga, pues la editorial original utilizó a traductores diferentes para estos volúmenes y existen algunas discrepancias que se ha decidido homogeneizar. (N. del E. D.) <<

[2] En el original en papel figura traducido como «Cervecería de Murphy». El motivo por el que se ha cambiado es para que concuerde con el volumen siguiente (Cazador y presa: Jurado) pues la editorial original utilizó a traductores diferentes para esta serie y existen algunas discrepancias que se ha decidido homogeneizar. (N. del E. D.)

<<

[3] En el original en papel figura traducido como «Lechuza». El motivo por el que se ha cambiado es para que concuerde con el volumen siguiente (Cazador y presa: Jurado) y el material del juego de rol, pues la editorial original utilizó a traductores diferentes para esta serie y para el material del juego de rol, y existen algunas discrepancias que se ha decidido homogeneizar.(N. del E. D.) <<